

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO

CAMPAÑAS EN LOS PIRINEOS

A FINALES DEL SIGLO XVIII

1793-95

TOMO III-CAMPAÑA DE CATALUÑA

VOLUMEN I



INTRODUCCIÓN	7
--------------------	---

PARTE PRIMERA

Antecedentes

CAPÍTULO I.—El teatro de las operaciones.—Reseña geográfica de Cataluña ...	17
CAPÍTULO II.—Teatro de las operaciones.—Reseña geográfica de Cataluña (continuación)	37
CAPÍTULO III.—Breves consideraciones sobre la historia de Cataluña	61
CAPÍTULO IV.—La opinión pública española al comenzar el año 1794	75
CAPÍTULO V.—La situación francesa al comenzar el año 1794	91
CAPÍTULO VI.—El alto mando de los ejércitos español y francés durante la campaña de 1794 en los Pirineos Orientales	103
CAPÍTULO VII.—Los contingentes militares y la organización y estado de los ejércitos al iniciarse la campaña de 1794	123
CAPÍTULO VIII.—El sistema defensivo español en la zona de los Pirineos catalanes	133

PARTE SEGUNDA

EL PROCESO POLÍTICO MILITAR.—DESARROLLO DE LAS OPERACIONES MILITARES DURANTE EL AÑO 1794

CAPÍTULO I.—La situación en ambos campos en los primeros meses del año 1794	153
CAPÍTULO II.—Los acontecimientos militares antes de 1.º de mayo	167
CAPÍTULO III.—Última expedición de Dagobert a la Cerdaña	187
CAPÍTULO IV.—El Conde de la Unión se hace cargo de su puesto como Capitán General y General en Jefe del Ejército de operaciones en el Rosellón.—Un buen plan de campaña ideado por el General Dugommier que no llega a realizarse	203
CAPÍTULO V.—El General Augereau en los Aspres	213
CAPÍTULO VI.—Dugommier ataca al campo de Boulou	221
CAPÍTULO VII.—El Ejército español abandona el campo de Boulou y repasa los Pirineos	237
CAPÍTULO VIII.—La situación a raíz de la retirada de Boulou.—Combate de la fundición de la Muga	257

CAPÍTULO IX.—Los franceses recuperan las plazas costeras del Golfo de León.	283
CAPÍTULO X.—Los franceses recuperan las plazas costeras del Golfo de León (continuación)	299
CAPÍTULO XI.—Invasión de Cataluña por el ejército francés	313
CAPÍTULO XII.—Invasión de Cataluña por el ejército francés (continuación).	327
CAPÍTULO XIII.—La expedición a Ripoll	345
CAPÍTULO XIV.—Expedición española a Cerdaña	361
CAPÍTULO XV.—Realización de las operaciones durante el mes de julio y primeros días de agosto	273
CAPÍTULO XVI.—Combate de San Lorenzo de la Muga	395
CAPÍTULO XVII.—Rectificación de los frentes y rendición de la fortaleza de Bellegarde	419
CAPÍTULO XVIII.—Nuevo periodo de suspensión de las hostilidades.—Iniciación de negociaciones para la paz entre España y Francia.—Preparativos para posteriores acciones de guerra por ambas partes	439
CAPÍTULO XIX.—Consideraciones sobre la evolución del pensamiento catalán durante la campaña de 1794.—Características de la intervención de Cataluña en la misma	461
CAPÍTULO XX.—Ofensiva francesa contra las líneas fortificadas del frente de Figueras	477
CAPÍTULO XXI.—Ofensiva francesa contra las líneas fortificadas de Figueras.—Primera batalla	489
CAPÍTULO XXII.—Perignon General en Jefe del ejército francés de los Pirineos Orientales.—Preparativos para una nueva batalla.—Iniciación de la misma.—Ataque de la derecha francesa contra la izquierda española. Ataque central.—Retirada del ejército español a Gerona	509
CAPÍTULO XXIII.—Segunda batalla de las líneas de Figueras (continuación). Brillante actuación de la derecha española al mando del General Vives.	529
CAPÍTULO XXIV.—Capitulación de Figueras	545
CAPÍTULO XXV.—La situación de ambos campos tras la rendición del castillo de San Fernando de Figueras y la terminación de la campaña en 1794 en Cataluña	563

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO

CAMPAÑAS EN LOS PIRINEOS

A FINALES DEL SIGLO XVIII

1793-95

TOMO III-CAMPAÑA DE CATALUÑA

VOLUMEN I



ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO

CAMPAÑAS EN LOS PIRINEOS

A FINALES DEL SIGLO XVIII

1793-95

TOMO III-CAMPAÑA DE CATALUÑA

VOLUMEN I



Campaña en los Pirineos a finales del siglo XVIII

Guerra de España con la Revolución Francesa
1793 - 1795

TOMO III
CAMPAÑA DE CATALUÑA
1794-1795

Servicio Histórico Militar
MADRID
1 9 5 4

«Los que, como Dugommier, creyeron explotable el resentimiento de Cataluña contra el unitarismo español, y soñaron con que les sacara réditos el unitarismo francés, desconocieron en absoluto la psicología y la historia catalanas y hubieron de aprender la lección a fuerza de sangre.»

ANGEL OSSORIO: *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra de España con la República Francesa (1793-1795)*.

«La proximidad del peligro había puesto en zozobra a toda Cataluña, que, como un solo hombre, se levantó para oponer al ejército francés una tenaz resistencia. Formáronse en las poblaciones cabeza de partido juntas de armamento y defensa. El corregimiento de esta villa, al igual que los demás, también se puso sobre las armas y organizó su correspondiente somatén, con cuyo auxilio lograrse rechazar al extranjero hasta la frontera.»

Apuntes históricos de Villafranca del Panadés y su comarca. Págs. 129 y 131.

«Los franceses, encerrados entre los Pirineos y el ejército español, teniendo a espaldas a Bellegarde, cuyo fuego domina el paso de los Pirineos por el camino directo, se hubieran encontrado en una posición muy desventajosa, sobre todo si sus enemigos hubiesen atacado vigorosamente y con fuerza imponente.»

Histoire de la guerre entre la France et l'Espagne pendant les années de la Revolution Française 1793, 1794 et partie de 1795, par LOUIS DE MARCILLAC.

«Lo que hay más asombroso es que en todos los pueblos y aldeas que recorrimos no encontramos ningún habitante: lo mismo ocurrió en Ribas, no quedó en esta ciudad ni un solo individuo.»

DOPPET: *Memorias*, pág. 284.

«Estos aldeanos (1) están tan fuertemente unidos a sus viles compatriotas los españoles, que no esperan más que el momento para unirse a ellos. Hemos de fusilar a uno, cogido con las armas en la mano en San Lorenzo de la Muga.»

CHUQUET: *Dugommier*.

«Así vivió Gerona y así se encontró Cataluña, forzada a obrar por sí

»Al reintegrarse en su personalidad moral, salvó a España. Aceptamos el hecho como enseñanza y como símbolo.»

OSSORIO Y GALLARDO: *Obra citada*.

(1) Se refiere a los naturales del Rosellón.

«Los que, como Dugommier, creyeron explotable el resentimiento de Cataluña contra el unitarismo español, y soñaron con que les sacara réditos el unitarismo francés, desconocieron en absoluto la psicología y la historia catalanas y hubieron de aprender la lección a fuerza de sangre.»

ANGEL OSSORIO: *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra de España con la República Francesa* (1793-1795).

«La proximidad del peligro había puesto en zozobra a toda Cataluña, que, como un solo hombre, se levantó para oponer al ejército francés una tenaz resistencia. Formáronse en las poblaciones cabeza de partido juntas de armamento y defensa. El corregimiento de esta villa, al igual que los demás, también se puso sobre las armas y organizó su correspondiente somatén, con cuyo auxilio lograrse rechazar al extranjero hasta la frontera.»

Apuntes históricos de Villafranca del Panadés y su comarca. Págs. 129 y 131.

«Los franceses, encerrados entre los Pirineos y el ejército español, teniendo a espaldas a Bellegarde, cuyo fuego domina el paso de los Pirineos por el camino directo, se hubieran encontrado en una posición muy desventajosa, sobre todo si sus enemigos hubiesen atacado vigorosamente y con fuerza imponente.»

Histoire de la guerre entre la France et l'Espagne pendant les années de la Revolution Française 1793, 1794 et partie de 1795, par LOUIS DE MARCILLAC.

«Lo que hay más asombroso es que en todos los pueblos y aldeas que recorrimos no encontramos ningún habitante: lo mismo ocurrió en Ribas; no quedó en esta ciudad ni un solo individuo.»

DOPPET: *Memorias*, pág. 284.

«Estos aldeanos (1) están tan fuertemente unidos a sus viles compatriotas los españoles, que no esperan más que el momento para unirse a ellos. Hemos de fusilar a uno, cogido con las armas en la mano en San Lorenzo de la Muga.»

CHUQUET: *Dugommier*.

«Así vivió Gerona y así se encontró Cataluña, forzada a obrar por sí

»Al reintegrarse en su personalidad moral, salvó a España. Aceptamos el hecho como enseñanza y como símbolo.»

OSSORIO Y GALLARDO: *Obra citada*.

(1) Se refiere a los naturales del Rosellón.

INTRODUCCION



A ofrecido este SERVICIO HISTORICO MILITAR al conocimiento público, tanto civil como profesional, en los dos tomos anteriores a este que hoy publicamos, los antecedentes necesarios para una percepción clara y oportuna de la naturaleza y situación de cuantos elementos importantes habían de intervenir en la guerra de España con la Revolución Francesa, o en otros términos, en las campañas que hubieron de desarrollarse en los Pirineos a finales del siglo XVIII (1793-1795); estudio, todo él, comprensivo del Tomo I, llevándose a cabo en la redacción del Tomo II, la exposición detallada y crítica de las operaciones militares, desarrolladas en la comarca del Rosellón a consecuencia de haber invadido nuestras tropas, al mando del ilustre General don Antonio Ricardos, esta hermosa y poblada región transpirenaica.

En este tercero, la campaña de Cataluña, motivada por la invasión, a su vez, de nuestro territorio por las tropas francesas, propósito favorecido por el abandono que nuestro ejército lleva a cabo de cuantas posiciones había tan brillantemente conquistado en la comarca del Rosellón, será objeto, igualmente, de detenido estudio; conservándose en su redacción el mismo criterio y plan de exposición que hubimos de seguir al reseñar los hechos de esta primera campaña en territorio francés (1).

Lamentable, e incluso enojoso, resulta para el lector español, revivir el recuerdo de unos episodios nada favorables al éxito de nuestras armas, y a causa de los cuales, el orgullo nacional, no puede menos de sentirse abatido viendo a un ejército que, como el nuestro, había finalizado el año 1793, encerrando a los revolucionarios franceses en el recinto de la plaza de Perpiñán, al abrigo de las murallas de la ciudad y de las fortificaciones del Campo de la Unión, al comenzar el nuevo año de 1794, se ve atacado por el vencido enemigo, y, en precipitada marcha a través de las asperezas de la agreste montaña, retorna al territorio nacional, teniendo que contener, no sin dificultad, un avance que ame-

(1) La extensión que ha sido preciso dar al estudio y a la redacción de este Tomo fuerza a subdividirlo en dos partes separadas.

naza con la pérdida de la importante y floreciente región catalana; hecho que tal vez, se hubiera realizado, al no sentirse ésta, conmovida en lo más profundo de su ser, levantándose airada contra todo propósito de entrega, dando así a las demás regiones españolas, un alto ejemplo de fortaleza, de dignidad y de amor a la Patria; logrando, gracias a su actitud, salvar el honor nacional y conservar la integridad de España en todos sus aspectos.

Y, al tener que hacer estas declaraciones, una vez más hemos de reiterar nuestra exhortación a un conocimiento exacto de esta guerra, y a la estimación debida de las provechosas enseñanzas que, para el tiempo presente, guardan los acontecimientos de esta lucha que nos ocupa, porque, en efecto, en pocas como en ella, podrán apreciarse las estrechas relaciones entre la política del país y el desarrollo del proceso bélico, de la moral pública con la moral del ejército; en una palabra, de los factores morales con los físicos de todo género.

Nos damos perfecta cuenta al llegar a este punto de que, una observación puede hacérsenos, es a saber: la de que, poco podemos decir de nuevo, en materia tan estudiada por casi todos los tratadistas militares y sobre principios de arte militar de general conocimiento. Pero a ello objetaremos que, en el momento presente, no son las consideraciones doctrinales las que nosotros perseguimos, sino, tan sólo, el poner de relieve la viva realidad de unos hechos que, hoy, más que nunca, conviene no tener olvidados. No son teorías nuevas, ni geniales investigaciones, las que pueden interesarnos, y sí poner, una vez más de manifiesto la permanencia de unos principios que fueron consagrados en las obras de aquellos maestros del arte militar como Rustov, Rocquancourt, el Mariscal de Sajonia, Turena, el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, el Rey Federico II de Prusia, el Emperador Napoleón I, el Archiduque Carlos, Jomini, Von Bernhardt y el maestro de maestros del arte militar, el famoso Clausewitz y al lado de estos nombres, otros muchos que pudiéramos citar.

Porque la *vivencia* de estos principios en los tiempos actuales, la *vigencia* de estas leyes fundamentales que rigen el proceso de la guerra, es hoy, más que nunca, una palpitante realidad. Con sobrada razón y acertado juicio, un escritor militar español, el General Benavides, recogiendo las enseñanzas de la primera Guerra Europea, ha podido decir en un interesante libro, en el que se pone de manifiesto la *supervivencia de Napoleón I* en la guerra moderna, como: «el principio de concordancia entre la política y la guerra afecta una ley de naturaleza: LA ARMONIA». Y, por esta razón, sigue diciendo: «la inspiración u orientación de la política no se concreta, en lo que atañe a la guerra, solamente a la acción de las armas, sino que también se muestra, en otros asuntos relacionados con la campaña, trato a los prisioneros, divulgación tendenciosa de noticias e informes en la zona de guerra y en país enemigo, administración del territorio ocupado, encomendada al Mando Militar hasta que pueda hacerse civilmente, etc., etc.».

En resumen : «El Mando Militar no debe perseguir objetivos que no hayan sido señalados por la política, ni sobrepasar o alterar las finalidades que ésta se haya propuesto lograr por la acción guerrera; y la Política debe asesorarse de aquél, para el mejor logro de esas finalidades.»

No quiere el General Benavides que estos conceptos queden flotando en el ánimo del lector como una interpretación puramente personal de los hechos que se analizan, y, por ello, como valioso testimonio en relación con lo antedicho, reproduce algunos párrafos del interesante trabajo del Coronel alemán Constantino Hierl, titulado : «Los grandes problemas del mando», «Política y estrategia», «Estudio clausewitziano para las circunstancias modernas». En este libro se declara que, «la Política y Mando Militar, no son cosas distintas o contradictorias y que el Mando es la Política, valiéndose de medios militares y acondicionada por la naturaleza de la guerra».

Mas esta declaración no la hace Hierl sino después de citar la frase de Clausewitz que afirma «no ser la guerra algo independiente, sino siendo ella, por el contrario, un instrumento de la Política». Y del escritor germano sigue transcribiendo : «En rigor se dice *algo* completamente distinto de lo que se quiere decir cuando, como frecuentemente ocurre, se habla de la *perniciosa influencia* de la política en la dirección de la guerra. No es esa influencia, sino la política la que tiene que ser reprochada. Si la política es aceptada, es decir, si cumple su cometido, la guerra no puede hacer más que beneficiarse de ella, y si no ocurre así, es que la política hállese equivocada» (1).

Sin duda alguna, el General Benavides, no se da suficientemente satisfecho con cuanto se ha expuesto, para juzgar bien sentada la exactitud de las enseñanzas deducidas de todas estas referencias y, por ello, del citado Coronel Hierl, recoge este nuevo e interesante concepto : «El General deberá conducir a la victoria las fuerzas combatientes y apoyándose en ellas, el político hará otro tanto con todo el pueblo. De ahí, por consiguiente, la necesidad de que todo aquel que dirija a uno de éstos en la guerra posea un fino instinto militar». ¡Sabia recomendación de un profesional de la guerra que hemos de reconocer tan acertada como aquella otra de su ilustre paisano, el indiscutible maestro Clausewitz, declarando que : «La primera, la mayor, la más decisiva prueba de capacidad que pueden dar el Estadista y el General es la de conocer qué clase de guerra se emprende !»

Estas y otras muchas leyes que han de regir el desarrollo de la acción militar, pueden verse, íntegramente observadas por el interesante proceso de las campañas que estamos estudiando y, en general, en todas las mantenidas por la Revolución Francesa con las Potencias coaligadas, en las cuales el resultado de las mismas no responde al contenido

(1) Advirtamos el desinterés y el acierto con que los escritores militares tratan de este asunto.

y naturaleza de los elementos puestos en juego, ni, mucho menos, a los planes de guerra, a los métodos de ataque y defensa que hubieron de ponerse en acción, al juego de los distintos factores que, en aquella lucha intervinieron. Sin duda alguna las causas determinantes del triunfo de los ejércitos franceses no obedecen a principios de *lógica funcional*, ni de técnica guerrera. Saltaron por encima de las teorías y de todos los reglamentos.

Y este concepto nuestro no es una afirmación aventurada, porque ella se desprende de los propios escritos de los historiadores y tratadistas militares franceses. Y, si como apunta Roquancourt, comentando las victorias de Valmy y de Jemmapes: «Estas victorias de un ejército de algunos días contra adversarios disciplinados y aguerridos, sólo pueden atribuirse a causas morales y a la sagacidad de sus Jefes». ¿Puede darse una prueba más evidente de esta influencia de los factores morales, de las fuerzas políticas, en el desarrollo de estas campañas, objeto de nuestro estudio?

Y, en resumir de cuentas, el hecho no puede estar más justificado, pues, según declaración del propio historiador que acabamos de citar: «habían reconocido los Generales franceses, que, sujetando a una simetría alemana y manteniendo durante el combate a pie firme y en formación lineal a soldados cuyo anhelo era lanzarse a la conquista de las baterías enemigas, apagarían su valor y entibiarían ese entusiasmo, único que puede suplir a la falta de instrucción; habían reconocido perfectamente que, lejos de encadenar a los campeones de la libertad, convenía, por el contrario, favorecer sus arranques, abandonándoles a sus respectivas inspiraciones. A ejemplo de los franceses del siglo XVI, los *hijos de la Patria* se esparcían a la desbandada, bajo la protección de las baterías y del corto número de batallones y escuadrones que sabían maniobrar y combatir con arreglo a la ordenanza».

«Siendo este género de guerra el más a propósito para promover y mantener la emulación, pronto aprendieron a unirse, a agruparse contra la caballería y a aprovechar los obstáculos del terreno para aproximarse al enemigo con un fuego que estaba mucho mejor dirigido, por cuanto que, el entusiasmo, apartando todo sentimiento de inquietud y de temor, dábales mucha mayor seguridad y fijeza... En esta táctica apropiada al carácter nacional y, principalmente, a las pasiones de la época, se encuentra el secreto de las primeras victorias de la República. Aun cuando los extranjeros lo hubieran adivinado, jamás hubieran podido oponer ventajosamente a ella, otra semejante, porque el estado moral de sus tropas se oponía a ello de un modo absoluto y porque, en tales ejércitos, las pasiones citadas estaban muertas. Estas causas eran las consecuencias de un sentido capital que a todos dominaba: el *amor a la Patria* (1); este amor, que entonces, como en la actualidad hacía so-

(1) Los franceses han creído siempre, equivocadamente, ser este amor exclusivo de ellos.

portar las privaciones y dominar los sentimientos más horribles por la salvación de los hogares y de las instituciones (1).»

Mas esta última afirmación de Roquancourt no puede ser admitida como rigurosamente cierta, por nosotros los españoles, pues cabalmente, estas campañas, sostenidas con los soldados de la Revolución, ponen de manifiesto que, por lo menos, los nuestros, se hallaban en condiciones de enfrentarse con ventaja con sus enemigos, siempre que estuviesen bien mandados y se encontraran en condiciones de combatibilidad, no siendo menor su amor (a la Patria) a sus creencias y a su Rey. Y hagamos constar que la realidad de este hecho hemos de verla manifiesta, más que en ninguna otra ocasión, en la campaña de 1795 en Cataluña, pues en ella, no obstante los triunfos republicanos en el año anterior, y a pesar de la ventajosa situación de sus ejércitos establecidos a lo largo de la línea del Fluviá, según franca declaración del escritor francés Fervel, «todo anunciaba que la campaña a mediados del año que se cita (1795) iba a recrudecerse en condiciones favorables al triunfo de las armas españolas.»

No es posible desconocerlo o negarlo. Eran precisamente los soldados españoles, aquellos que con su serenidad de ánimo, su fortaleza en el ataque, su disciplina y buen orden, podían dar al traste con esa nueva táctica de la confusión, del griterío, del desbordamiento pasional, del entusiasmo. Un día, había de llegar en que fuesen los españoles, como luego los ingleses y los rusos, los que con su táctica, fundamentalmente opuesta a la francesa, hicieran ineficaces aquel vigoroso empuje de las columnas del ejército napoleónico, victoriosas en tantos campos de batalla y tantas acciones de guerra dignas, sin duda alguna, de admiración y de encomio.

Hechas estas consideraciones se impone referirnos ahora a la política de España en aquella ocasión.

Para Godoy, aquello de que, «la primera, la mayor, la más decisiva prueba de capacidad que pueda dar el Estadista y el General, es la de conocer qué clase de guerra emprende», no parece que fuera advertido por la precocidad política de tan aventajado personaje, aunque, siempre cabe admitir que, el torrente desbordado de los hechos le arrollasen, sin concederle margen alguno para poder imponer sus propias determinaciones. Juicio que nos creemos en el caso de emitir, ante el hecho evidente de que, si es cierto que, en un principio, la declaración de guerra de España a la República Francesa vino a dar plena satisfacción al anhelo popular, bien pronto hubo de manifestarse, por desgracia, no ser ya muy grande el entusiasmo de la población civil por su continuación, ni muy firme su propósito de seguir cooperando de un modo efectivo.

Por otra parte, tampoco parece que este improvisado dirigente de la

(1) A este propósito, Roquancourt indica que, para el que quiera ver un conjunto de hechos y luminosas reflexiones sobre las causas de las primeras victorias de las armas republicanas, puede leer las memorias del ilustre Mariscal Saint Cyr.

política española, pudiera o tuviera en cuenta, aquella norma de conducta político-militar que, años más tarde, debía dejar consagrada como un principio de guerra el General Von Bernhardt, asegurando que : «si es necesario poner el fin militar tan alto como lo permitan los armamentos y la situación política general, no menos hay que tener en cuenta que es preciso graduar cuidadosamente el alcance del fin militar para que no resulte éste, imposible por desproporcionado ya a las fuerzas de que se dispone, o a la situación en que se está». Sabio principio que, no hay por qué advertir, es tan sólo aplicable a las guerras de tipo nacional, mas no a las que motivadas por el desequilibrio del orden social, revisten un carácter decisivo, al representar de un modo absoluto, la defensa de la propia vida del País y el mantenimiento del culto a sus más fecundos y supremos Ideales. Y es lamentable que el Duque de Alcudia desconociese, o no pudiera poner en acción, cuantos principios de Política Militar o de arte de la guerra acabamos de exponer, porque en pocas ocasiones como en esta que vamos a estudiar, se han puesto más de manifiesto las estrechas relaciones entre las decisiones de los Gobiernos, el ambiente y las vibraciones de la Moral pública y el desarrollo de las operaciones del campo de batalla. En esta campaña de Cataluña, todo ese complicado juego de los factores morales y de las fuerzas y elementos materiales, toda esa sutil influencia de los *imponderables*, ha de manifestarse en toda su amplitud e intensidad. En pocas como en esta campaña, veremos al ejército en íntimo contacto con el alma del País, abatido y descompuesto cuando falta el aliento y el apoyo de los poderes públicos y de las voluntades ciudadanas, reanimado, vigoroso, vencedor cuando se siente asistido e impulsado por la firmeza de la Política, y por el entusiasmo de la Nación.

Ya en páginas anteriores en el texto de los dos tomos anteriormente publicados hubimos de dar cuenta de la especial actitud de Cataluña en el desarrollo de esta guerra con la Revolución Francesa : su señaladísima posición entre todas las regiones españolas ; su actitud francamente resuelta y patriótica, dispuesta a toda clase de esfuerzos y de sacrificios ; su decidido propósito de mantener, en toda su integridad, la independencia del territorio nacional, y el honor y el prestigio de Cataluña y de España.

El Diario de Barcelona, del 8 de diciembre, exclamaba con acento vibrante «¡ CATALUNA DESPIERTA !», y añadía : «¡ acuérdate que nunca te has dejado pisar impunemente los campos de este Principado !. ¡ Catalanes, vuestra Patria está en peligro, las familias precisadas a desterrarse de sus hogares por no caer en manos de aquellos profanos, lo dice del modo más expreso, y, si bien atiendes, Barcelona refugiándose en tus brazos, te manifiesta que, en tu amparo pone toda su confianza !». Sin duda alguna, los franceses que creyeron contar con la adhesión de los catalanes para facilitar la invasión de España o la realización de sus planes de desmembración nacional, estaban comple-

tamente equivocados. No hay en aquel movimiento de enérgica defensa del pueblo catalán ante la invasión francesa, nada que pueda sugerir la sospecha de una defección, ni siquiera de un estado de vacilación, y, si bien es cierto que, ante la ineficacia de las apelaciones al gobierno de España, completamente infructuosas, la población del Principado comienza a dirigir sus exhortaciones y llamamientos a la *Nación Catalana*, este concepto parece estar plasmado dentro del sentido de Monarquía española.

Apelando en esta ocasión, como lo hemos hecho en otras muchas a las enseñanzas y datos que nos proporciona la obra de Ossorio y Gallardo, en ésta, figura la copia de una hoja impresa y publicada por aquellos días en Barcelona, en la que, en el idioma del país, se hace un llamamiento a los jóvenes patriotas, animándoles a *prender las armas* ante la amenaza de la invasión francesa, y, si bien es cierto que, al hacerlo en espontáneas e ingenuas *novas coblas*, éstas van dirigidas a la *Nación Catalana*, tengamos también en cuenta que, como ellas mismas advierten, el esfuerzo ha de ser encaminado a la defensa de *nostre Deu, Ley, Patria, Rey, personas, Bens, familias y casas*, es decir de cuantos ideales y de cuantos elementos constituyen en su conjunto la *auténtica Patria*.

En las *novas coblas* los sentimientos del pueblo catalán no pueden estar mejor reflejados. Ellas son algo así como una florecencia del alma popular: La razón del llamamiento no puede ser más legítima:

Aquells Francesos malvats
son nostres majors contraris,
han comés tantas maldats
alevosas, y execrables.

Son los franceses en efecto los mayores enemigos, y es un hecho comprobado que los hijos de la revolución no son un vivo ejemplo de moderación, de fraternidad, ni de *buenas costumbres*. Acudir al llamamiento es un deber de todo buen catalán. Las coplas lo declaran sin reserva alguna:

Es precis de anari tots
los que som bons per las armas,
hils que coratge no aurán
contribuirán pagantnos

Y hay algo más que tener que observar en estas coplas populares; algo que es expresión viva y exacta del espíritu catalán y que ponen de manifiesto la esencial diferencia entre los ideales que animan a los soldados de España y a los *patriotas* franceses, en esta trascendental cruzada. Todos cuantos catalanes entren a formar parte de nuestro ejército han de:

Amar à Deu de tot cor,
llealtat los uns als altres,
estar ben obedients
à tots aquells quens comandan.

El contraste no puede estar más bien marcado: ante la impiedad y la profanación, *amar a Deu de tot cor*; frente al recelo y al odio de

unos contra otros, *la lealtad*, y, por último, frente a la rebeldía y la indisciplina, *estar bien obedientes a todos aquellos que han de mandar*.

Mas para que estas novas coblas vengan a reflejar, en toda su actitud y lozanía, los variados aspectos del alma catalana, si en ellas se tiene, ante todo y sobre todo, en cuenta los factores de orden moral, no se olvidan tampoco aquellos que hacen referencia a las necesidades materiales y así se advierte que a todo incorporado :

Un pa de munició
nos darán dia per altre,
bonas marmitas farem
de arrós, carn, y cansalada

Y por si todo esto no fuera suficiente a satisfacer las exigencias de un buen apetito y de una naturaleza vigorosa y juvenil.

Al sarre no ha de faltar
lhangonisa, botifarra
pa, y formatge també
bent plena la carabassa

Y advirtamos que todas estas provisiones no tienden a satisfacer apetencias que calificaríamos de viciosas, sino que son reclamadas por una imperiosa necesidad: los combatientes de la Santa Causa han de hallarse bien alimentados y provistos de toda clase de pertrechos de guerra :

Perque si entrám én combát
y aquest molt temps durava,
nons atrapés descuydats
hils aliments nons faltasen.

Sin duda alguna, toda la idealidad y el buen sentido del pueblo catalán, está reflejado en estas *novas coblas*. Estimamos lealmente que son muy dignas de ser conocidas y tenidas en cuenta.

Comprendemos que, después de lo anteriormente expuesto se impone ya dar fin a esta introducción y entrar de lleno en el estudio de la campaña objeto de este tomo, mas antes de hacerlo así, advertiremos a nuestros lectores que, el plan general de trabajo de la presente obra, ha sido el mismo que el de los dos tomos anteriores, y así dedicaremos, la primera parte al conocimiento del teatro de las operaciones, es decir, de las regiones septentrionales de Cataluña, de la situación política y social de Francia y de España, al iniciarse las operaciones, de la organización, contingentes y demás extremos en la composición de ambos ejércitos beligerantes; de la personalidad de los altos mandos y, finalmente, del sistema defensivo español en este sector meridional de los Pirineos orientales.

Una vez realizado este trabajo, comprensivo de la primera parte, en la segunda, ha de desarrollarse el correspondiente al proceso histórico-militar. Reflejar del modo más exacto el aspecto y características de los hechos, dando, en lo posible, una sensación de vida y de realidad, según lo hemos intentado al tratar de la campaña del Rosellón, ha sido nuestro constante propósito.

PARTE PRIMERA

Antecedentes

CAPITULO PRIMERO

El teatro de las operaciones

Reseña geográfica de Cataluña



Si ante un mapa de la Península Ibérica, abrazamos en conjunto su representación geográfica, Cataluña aparece como el trozo terminal, al E. de la cornisa pirenaica, pudiéndonosela considerar como un triángulo rectángulo cuyos vértices fueran: el punto de inflexión de la cadena que por el N. del valle de Arán, limita su extensión; el cabo de Cervera o Cerbére y la desembocadura del río Cenja, frontero con el Reino de Valencia.

No ignoramos los fundados reparos que pueden hacerse a semejante comparación, pero aceptándola por un momento, como recurso para una pronta y breve determinación de los elementos que han de ser estudiados, haremos observar que, admitiendo tal semejanza, correspondería el vértice del ángulo recto, al primero de los antes citados, al N. y al Oeste del bellísimo valle escondido en el seno de la zona montañosa, quedando constituidos por consiguiente los dos catetos, por el sector oriental de la cordillera pirenaica, el más pequeño, y por la frontera occidental de la región catalana que, arrancando del Pirineo se encamina hacia el S., por el curso del Noguera Ribagorzana, hasta cerca de su confluencia con el Segre, el mayor, siguiendo luego el trazado de una línea que, cruzando el Ebro junto a Fayón, y continuando por el extremo occidental del Maestrazgo, termina en el valle del pequeño río Cenja. La hipotenusa del rectángulo así formado, corresponde a la costa mediterránea, en el trozo comprendido desde el Cabo Cerbére o Cervera, hasta la citada desembocadura de este río.

SITUACION GEOGRAFICA.—El territorio catalán así constituido, hállase situado en la superficie esférica del globo terráqueo, entre los paralelos 40° 32' 13" y 42° 50' de latitud N. y los meridianos 19° 30" y 3° 20' de longitud E. del meridiano de Greenwich. Ocupa por lo tanto una situación geográfica privilegiada, desde todos los puntos de vista.

EXTENSION TERRITORIAL.—En 1794, el principado catalán, ocupaba el mismo territorio que hoy corresponde a las cuatro provincias de Lérida, Gerona, Barcelona y Tarragona, y según los datos más recientes, la extensión de esta comarca representa un total de 32.196,50 kms.² No obstante lo macizo de su conformación, la extensión de la costa, desde el Cabo Cerbére hasta la desembocadura del Cenja, es más que suficiente a darla un carácter eminentemente marítimo.

FRONTERA HISPANO-FRANCESA EN EL SECTOR DE LOS PIRINEOS ORIENTALES O CATALANES.—Declara el Comandante Niox, del Ejército francés, que: «en los Pirineos los pastores de la vertiente española han avanzado siempre en las montañas más allá de lo que lo han hecho los de la vertiente francesa; la pobreza de ciertas partes de Aragón, les arrastraba a buscar en la otra vertiente, los recursos y la frescura de los pastos que, los montañeses franceses, encontraban con más facilidad en sus valles sin apartarse de ellos».

«Los primeros se han atribuido, frecuentemente, con detrimento de los segundos, la posesión de pastos en la vertiente N.; y los límites de las parroquias, habiendo sido generalmente el adoptado por límite político, ha dado lugar por una toma de posesión, así confirmada, a la fijación de la frontera.

Semejante declaración de un escritor francés, se presta desde luego a interesantes consideraciones, pudiendo encontrarse en ella, la razón del hecho positivo de que, en efecto, la frontera hispano-francesa deje, dentro de nuestro territorio, valles enteros como el de Arán, correspondientes a la vertiente francesa o localidades como la de Llivia, en territorio francés. Y es, por otros conceptos, verdaderamente admirable, que, una necesidad sentida por unos pobladores de determinada comarca, y apoyada por una ocupación territorial, haya sido reconocida como derecho de propiedad efectivo sin apelar, acaso, al fallo sangriento de las armas. Nadie podrá negar que, hecho semejante, habla muy en favor del buen sentido y de la nobleza de corazón de los habitantes de ambas fronteras.

En el Tomo I de esta obra general, al tratar de los *Antecedentes*, dimos cuenta de la disposición general que afecta a la frontera de que estamos tratando, tanto en la época en que hubieron de desarrollarse los acontecimientos que vamos a describir, como en la actualidad. Si recordamos cuanto allí expusimos, creemos que muy bien pudiéramos considerar la frontera hispano-francesa, en el sector de los Pirineos orientales, como susceptible de ser distribuida en cuatro tramos, perfectamente definidos; son a saber: 1.º el comprendido desde el valle de Arán a la frontera andorrana; 2.º, el correspondiente a esta frontera, hasta la Cerdaña; 3.º, desde esta comarca hasta el Coll de Perthus, y, finalmente, el terminal, desde este Coll hasta el cabo Cervera o Cerbère en la costa mediterránea.

En general la frontera coincide, según sabemos, con la cresta principal o divisoria de las aguas, salvo en algunos trozos que, en este sector catalán, quedan reducidos a tres: el del valle de Arán, el correspondiente a la república de Andorra, y por último, el que cruza la Cerdaña francesa o valle del alto Segre. En el pimer tramo, la línea fronteriza hállase establecida a lo largo de una cresta secundaria, que, por el O. y el N., bordea el primero de los valles citados y doblando en ángulo casi recto hacia el E., y después de haber dado paso a las aguas del Garona, marcha a recobrar la cresta principal en el pico de

Mauberne, situado antes del puerto y pico de Orlés y del monte Vallier.

La frontera continúa por esta cresta principal hasta el pico de Bareites, antes de la Coma Pedrosa, que inicia la frontera andorrana, la cual descende hacia el S., por la divisoria entre las aguas del Balira y las del Noguera Pallaresa, para doblar, cerca de la confluencia de este río con el Segre, hacia el NE., a lo largo de un robusto cañón, que separa los dos valles de Andorra y del Segre.

Desde el llano de la Cerdaña y la amplia entalladura del Coll de la Perche, o de la Percha, marcha la frontera a recoger la cresta principal de los auténticos Pirineos Orientales, prolongación, según sabemos, de la sierra de Cadí, y por ella, continúa hasta el Coll de Perthus, paso, el más importante, establecido por la naturaleza entre ambas vertientes, desde el Coll de Perthus hasta el Coll Cerbére, es la cresta de los montes Alberes la determinante de la frontera hispano-francesa.

Entrando de lleno en el detalle de este sector de la frontera de los Pirineos catalanes, haremos observar cómo, en efecto, iníciase en una cresta secundaria que, arrancando de la principal, se dirige hacia el N. desde la Portela Blanca y el Pico de Escaletes o de la Picarde, Pico de Hutecade del Portillón (1.808) y Bacanère (2.195) hasta el Pico Burat, en el Monte Sacaub (2.178). Desde este punto, la frontera dobla hacia el SE., bordeando el valle de Arán por el N., cruzando el Garona en el Pont del Rey, y continuando por los Montes Cravère (2.658) el Pico Mauberne (2.880), el Puerto y Pico de Orlés o de Orla (2.363) que da paso del valle del Iez, afluente del Arriège, al alto valle del Noguera Pallaresa, el Monte Vallier (2.839), el Pico de Aula (2.483), el Paso de Salat (2.052) y el Monte Tun, a partir del cual, dejando al N. las fuentes del Salat, sigue por el Pico de Ustou (2.138), por el de Cetescons (2.840), el Pico de Montcalme (3.080) y el de los Estats (3.141), descendiendo por esta parte la frontera, bordeando el Valle del Vic de Sos, afluente por la izquierda del citado río Arriège.

Sigue la frontera hacia el S., después de haber pasado por los Picos de Moustiry, Montroig, Coullac, Guilou, de Artigue de Bouet, y ya en el Bareites, se inicia la frontera andorrana, la que, siguiendo por la línea divisoria entre los valles del Balira y del Noguera Pallaresa, cruza por la Coma Pedrosa (2.945), la del Llempe y, descendiendo hasta muy cerca de la confluencia del Balira con el Segre, dobla hacia el NE., para cruzar el primero de dichos dos ríos, describiendo una curva muy pronunciada, tras de la cual, encamínase hacia el NE., a lo largo de la cresta de un robusto contrafuerte que limita, por el S., el valle de Andorra. Jalonan esta frontera hispano-andorrana los Pirineos de Piedrafita (2.753), Tossa Plana (2.907), Pico de la Muga, Mont Malus y Puerto de Maranges o de Courts. penetrando, luego, en la provincia de Girona, y abandonando la cresta principal del Pirineo, en el Pico Negro (2.812) y en el Camp-Carlos (2.914).

Ya en el valle del Segre o de la Cerdaña, separándose como hemos

dicho de la divisoria principal, marcha a buscar la margen derecha del río Carol o Querol, siguiendo por ella hasta llegar a las inmediaciones de Puigcerdá, pasando entre esta localidad y la de Bourg Madame, doblando luego hacia el S., cruza el Segre en el Puente de las Guinguetes, y marcha a buscar de nuevo la cresta principal del Pirineo por la margen derecha del arroyo Vilallovent, la Sierra de la Gorra Blanca y el Coll de Tossas; alcanzando, en el Pico Dorrial (1.800), los Pirineos Orientales, que aparecen como prolongación de la Sierra de Cadí, entre los valles del Tet y del Ter.

En su dirección NE., la frontera corre a lo largo de esta línea montañosa, hallándose jalonada por los Picos de Eyna, del Puigmal (2.909) del Gigante (2.888), Coma de Vaca (2.605), Pico de la Dona o Donya (2.714), Pico de Costabona (2.464), tras el cual la frontera dobla hacia el SE., pasando por el Coll de Ares (1.350), la Bague de Bordellat (1.550) y el Pico de las Masanas, y por las Rocas Talal y el Pla de la Muga. Desde el Pico de las Masanas a la Cruz del Canonge la frontera no coincide con la cresta montañosa, pues desciende hacia el S. en busca del alto valle del río Muga, por el que sigue hasta su confluencia con el Ruimayor, volviendo a tornar hacia el N. hasta la Cruz del Canonge y el Monte Capell (1.194), desde cuyo punto marcha hacia el NE., por la divisoria entre las aguas del Tech y las del Muga, jalonada por los Picos del Tourou, de las Salinas, de la Faix de Francia, del Ras de Monchet, del Coll del Portell, el de Panissar o Cuesta de las Panisas, y, finalmente, el Coll de Perthus, paso, el principal, de los Pirineos Orientales.

A partir del Coll de Perthus, la frontera sigue la línea montañosa de los Montes Alberes, continuando hacia el E. a través de los tres Termés, Picos del Faun, de los Pradets, de la Carbasera, hasta el Pico Sallifore, y siguiendo el ramal que de este macizo se encamina hacia el mar, por el Pico Jordá, termina en el Cabo Cerbére, en la costa mediterránea.

FRONTERA OCCIDENTAL CATALANA.—Esta frontera separa Cataluña de Aragón y se dirige, al dejar la frontera francesa, en dirección hacia el S. pasando al E. del imponente macizo de la Maladetta (3.354), del Pico de Aneto (3.404), de los Montes Malditos (3.320), y, después de alcanzar la cúspide del Pico de Mullerás con más de 3.000 metros de altura, baja, rápidamente, a encontrar el río Noguera Ribagorzana, a una altitud no inferior a 1.200 metros. A lo largo de las quebradas gargantas del estrecho valle de dicho río, marcha derechamente hacia el S., abriéndose paso por la Sierra de Montsech, entre altos y verticales acantilados, hasta que, en llegando a la presa del canal de Piñana y descender a un amplio llano, cambia por completo el aspecto del paisaje. Entra así en el llano de Lérida, describiendo un gran arco, para ir a buscar el Cinca, al S. de Fraga. Durante un corto trecho, la frontera coincide con el curso de este río, hasta su afluencia

al Segre, y, a partir de aquí, continúa su marcha hacia el S., en línea sinuosa que atraviesa el Ebro, cerca de Fayón, para ascender por los valles del Matarraña y del Algar, cuyo curso remonta, subiendo por los Puertos de Beceite hasta el alto de Tossal del Rey, a partir del cual dobla hacia el SE., empezando a descender por la crestería de los montes, hasta llegar al valle de Cenja, siguiendo el curso de este río hasta su desembocadura en el Mediterráneo.

COSTA MEDITERRANEA CATALANA.—La costa catalana, que desde la Punta de Cerbére hasta la desembocadura del Cenja, viene a constituir, como indicamos en un principio, la hipotenusa del triángulo rectángulo formado por la región catalana, tiene, en general, un perfil bastante uniforme, dirigiéndose primero de N. a S., y, luego, en la mayor parte de su extensión, de NE. a S. Generalmente se acostumbra a dividir en dos partes esta costa, con las designaciones de costa de Levante, la situada al N. de la desembocadura del Llobregat, y del Poniente, la que se extiende al S. de la misma. No deja de existir cierta diferencia entre una y otra, pues, en tanto que la primera afecta un perfil convexo, el de la segunda, es ligeramente cóncavo.

El litoral catalán está lleno de encantos naturales, pues hay en él trozos verdaderamente bellos y, algunos, altamente pintorescos, como el llamado de la Costa Brava. Es de un color grisáceo y de una conformación áspera y rocosa, en su primera parte, y, así, el macizo del Cabo de Creus, punto más oriental de la Península, es árido, imponente, de una belleza hosca y salvaje, en contraste con la del Cabo de Norceo, no lejos de él, pues éste es, sin duda alguna, uno de los más hermosos, tanto por su magnitud como por su conformación y vivo color.

Empieza en este Cabo de Norceo, el encantador golfo de Rosas, que se extiende hasta las islas Medas. Ofreciendo, en su parte central, un arco gracioso y perfecto en forma de amplia playa, limitada a uno y otro lado por dos brazos montañosos resistentes. Al O. del golfo de Rosas, la fértil y risueña llanura del Ampurdán, se muestra como un extenso jardín, cercado, al N., por un lejano anfiteatro de azuladas montañas.

Frente a las islas Medas, y después de los acantilados de Montgó, comienza otra playa, extendida hasta Bagur. Es en ella, por donde desemboca el río Ter; comenzando, al S. de Bagur, la citada Costa Brava. En la actualidad este trozo de la costa catalana es uno de los puntos de veraneo más notables de España. El mar penetra dentro de los brazos rocosos formando graciosas calas o pequeñas bahías, donde la intensa luz que ilumina estas comarcas mediterráneas matiza de los más vivos colores la superficie de las rocas y la transparencia de unas aguas frecuentemente tibias y tranquilas. Punto saliente de esta costa es el cabo de San Sebastián asiento del faro y de una antigua ermita.

Después de Palamós, la costa desciende hasta formar la playa de Vall d'Aró, haciéndose nuevamente abrupta en San Feliú de Guixols. Es éste el último tramo de la Costa Brava que hasta la pintoresca villa de Tossa, se muestra elevada y de grisáceo aspecto, y luego, más baja, coloreada y abierta, con anchas bahías animadas por la vegetación y por pintorescas poblaciones como las de Lloret y Blanes.

No interesa a nuestro objeto seguir describiendo la constitución de esta costa catalana, dada la escasa intervención que, en la campaña que nos ocupa, tuvo nuestra escuadra. Aunque, en algunos puntos pueda parecer esta costa áspera y accidentada, en general ofrece un carácter suave y en alto grado atrayente y risueño; hallándose casi toda ella cubierta de variados cultivos, de bellos pueblos y aldeas y de poblaciones de tanta importancia como las de Barcelona, Tarragona y Tortosa, a no gran distancia.

LONGITUD DE LAS TRES FRONTERAS CATALANAS.—La extensión o longitud de las fronteras que hemos estudiado viene a ser, en términos generales, de 230 kilómetros la del Norte; de 262 kilómetros, la frontera occidental, y de 305 kilómetros la correspondiente a la costa. Pero dadas las sinuosidades de las líneas fronterizas que hemos señalado, muy bien puede estimarse que la longitud efectiva de la frontera pirenaica alcanza los 335 kilómetros, siendo la del sector occidental de 317 kilómetros, y de 415 kilómetros la de la costa.

CONSIDERACION QUE MERECE LA RESEÑA GEOGRÁFICA ANTERIORMENTE EXPUESTA.—Una vez puesta de manifiesto la situación de Cataluña en la superficie de la tierra, su extensión territorial, sus líneas fronterizas, la longitud de las mismas, creemos oportuno transcribir aquí un concepto que, sobre la significación general de todos estos datos, aparece impreso en la Geografía Universal del «Instituto Gallach de Librería y Ediciones de Barcelona», y que es debido al historiador Carlos Pi Suñer: «El límite no muy preciso de Poniente, declara este escritor, hace que Cataluña no constituya una verdadera unidad geográfica; sin embargo, la misma forma triangular, el hecho de que el límite occidental, en su mayor parte, esté determinado por corrientes fluviales, y, en sus extremos, por macizos montañosos, le dan, desde el punto de vista físico, una cierta unidad, que la historia y la vida social han hecho, en el aspecto humano, definida y completa.»

Ahora bien, para la total y exacta apreciación de este concepto sintético, haremos observar que este mismo escritor, al hablar de las afinidades geográficas de la región catalana con otras limítrofes, expone lo siguiente:

«Situada Cataluña en el extremo Norte oriental de la Península, tiene con las regiones vecinas las afinidades geográficas propias del medio en que radica. Es, ante todo, una región mediterránea y pirenaica. Como mediterránea presenta, por ejemplo, aquellas *rivieres* señaladas

por Vidal de la Blache en distintos puntos del litoral del mar latino, zonas de actividad económica múltiple y compleja, y, por lo tanto, muy pobladas, de las cuales, la costa de Levante constituye un ejemplar representativo. Por otra parte, todo el litoral catalán, en sus mismos contrastes, tiene un carácter marcadamente mediterráneo. En cuanto al medio pirenaico, Cataluña presenta muchos de los trazos característicos de los países de montaña, y aspectos comunes a los de las otras regiones situadas a ambas vertientes de la misma cordillera.»

«Pero, como es lógico, la mayor afinidad se encuentra en la línea de soldadura con la Península, en el límite Oeste, que, como se sabe, es el más impreciso y menos acusado. La zona occidental de Cataluña pertenece, geográficamente, a una región natural distinta que la mediterránea, a la del valle del Ebro, y esta unidad geográfica motiva, naturalmente, una interdependencia económica. Lérida y sus comarcas reciben, por lo tanto, la influencia del Aragón central, pero, a su vez, influyen poderosamente en una extensa zona del mismo. Por esta afinidad y relación, Lérida, capital de la Cataluña del Oeste, es el centro geográfico de la zona oriental del Valle del Ebro.»

«Este río es otra causa de relación, derivada del hecho de que atraviesa Cataluña procedente de otras regiones, y de que su desembocadura se encuentra en el litoral catalán. Si fuese navegable para buques de cierto tonelaje, esta relación sería más fuerte e intensa. Pero aun no siéndolo, es evidente que la salida al mar de todo el valle interior del Ebro (más allá de Lérida), que la tiene en Tarragona, viene señalada, geográficamente por el curso del río, y no es otra que Tortosa y el puerto de San Carlos de la Rápita. Estas son las afinidades y relaciones geográficas en la zona occidental.»

«El límite Sur es corto, y, en su mayor parte, montañoso. A pesar de ello, en las comarcas limítrofes las afinidades son numerosas e innegables, tanto que se pasa, insensiblemente, sin cambio brusco, de Cataluña meridional a Valencia septentrional. La comunidad étnica y lingüística hacen más estrecha la relación geográfica de vecindad entre ambas.»

«Aunque no pertenecen al campo de la Geografía Física, deben también señalarse las relaciones de carácter económico y social con las regiones españolas. Como se indicará en el capítulo correspondiente, Cataluña realiza con ellas un comercio activo, a base de intercambio, pues si las vende gran cantidad de sus manufacturas, les compra por mayor valor en cereales, ganado y otros productos. De manera que es a la vez para España centro productor de ciertos artículos e importante mercado de consumo de otros. Además, en el orden social, Barcelona constituye un fuerte centro de inmigración, como veremos, asimismo, más adelante. Un gran porcentaje de su población procede de las provincias próximas a Cataluña, y también de algunas más lejanas. Y si bien este fenómeno, como los de carácter comercial, no constituye una afinidad geo-

gráfica física, representan una forma de relación muy interesante en el aspecto de la Geografía humana.»

CARACTERISTICAS PROPIAS DE LA REGION CATALANA. SU FORMACION GEOLOGICA.—Antes de entrar de lleno en el estudio detenido de la orografía e hidrografía del país, juzgamos del más alto interés transcribir aquí, previamente, cuanto acerca de las condiciones naturales del territorio catalán y naturaleza del mismo se expone en la Geografía Universal del Instituto Gallach antes citado :

«El terreno de Cataluña es, en general, quebrado y montañoso. El relieve es irregular y accidentado en la mayor parte del territorio, y sólo cuenta con pocos llanos de alguna extensión : el Ampurdán, el Campo de Tarragona, el Delta del Ebro y el llano de Urgel, el mayor de todos. La superficie llana representa sólo la tercera parte del total, y está comprendida entre macizos montañosos que pueden agruparse en dos grandes sistemas : uno, formado por los Pirineos y sierras derivadas, que comprende toda la zona septentrional del territorio, y otro, paralelo a la costa, constituido por dos cadenas de montañas, una de ellas próxima al mar, y la otra más interior. Entre las estribaciones montañosas corren numerosos ríos, que nacen en los altos valles. Los de la zona oriental desembocan en el Mediterráneo, y los de la occidental llevan sus aguas al Segre, que las conduce al Ebro.»

«Físicamente, Cataluña presenta una gran diferenciación. El terreno es accidentado y ofrece en la extensión relativamente reducida de su territorio aspectos muy diferentes. A la variedad geográfica corresponde la compleja multiplicidad geológica. Por esto ha podido decir Hernández Pacheco que su composición geológica es tal vez de las más complejas de la Península Ibérica, que ya la tiene en su conjunto tan complicada. En el territorio catalán se encuentran, entremezclados y muy próximos, terrenos de todas las edades geológicas.»

«La compleja diversidad resultante es signo de una larga y trabajada formación geológica. La de Cataluña ha sido estudiada y pueden fijarse sus líneas principales. Es probable que, en los tiempos más remotos, en la era arcaica, sobresalieran ya en su territorio del océano que cubrían casi totalmente el mundo, algunos islotes formados por lo que, más tarde, habían de ser la pequeña península que termina en el Cabo de Creus, el Canigó y el grupo montañoso del Puigmal. Grandes movimientos tectónicos ensancharon, en la era primaria, los primitivos islotes arcaicos, uniéndose los unos a los otros en dos masas de tierra firme, la del Norte y la del litoral, dejando entre ellas una depresión cubierta por las aguas, estrecha en su extremo Este, y que iba ensanchándose hacia el Occidente. Esta primera estructura es ya como un avance de la definitiva de Cataluña, y por esto Marcel Chevalier, al cual seguimos en la sistematización de la tectónica catalana, ha podido dar todo su valor e importancia a los grandes movimientos hercinianos del período final de la era primaria, los cuales originaron el conjunto de pliegues monta-

ñosos primitivos de los Pirineos, del Montseny y de la cordillera litoral; siendo también debido a ellos la formación del geosinclinal central, al cual iban a depositar sus sedimentos los mares secundarios y mesonulíticos. A estos grandes movimientos orogénicos se debe la estructura arquitectural del país; dieron lugar al conjunto de pliegues de fondo, encima de los cuales fueron a depositarse los sedimentos terciarios y secundarios, que, ondulados y plegados a su vez más tarde, motivaron el nacimiento de otras líneas de montañas y una mayor complejidad en el relieve del terreno.»

«En la edad secundaria parece que hubo en el territorio catalán un largo período de reposo. Continúa la misma configuración general anterior, si bien hay una serie de oscilaciones, hundimientos y emersiones que hacen variar los límites de la parte cubierta por el mar. Al final de esta época se habían formado ya dos grandes fajas de tierra unida en las antiguas masas del Norte y del Este, dejando, entre ellas, la depresión central.»

«Más tarde, en la época terciaria, tuvieron lugar los movimientos pirenaicos, cuya amplitud motivó modificaciones importantes en el aspecto del suelo; los pliegues pirenaicos vinieron a sobreponerse a los hercinianos anteriores, pero formando con ellos un ángulo agudo y coincidiendo de dirección en la cordillera litoral, formando una zona montañosa que limitaba al mar interior. Durante este tiempo los macizos montañosos estuvieron sometidos a una intensa desagregación aérea, que redujo considerablemente su masa, y cuyos sedimentos contribuyeron a llenar la depresión central. Las ondulaciones de la edad pirenaica pertenecen aún a verdaderos pliegues de fondo, que vinieron a añadirse a los primeros hercinianos. A ellos debe el Montseny una parte de su origen, ya que han formado el principal alzamiento de los Pirineos catalanes, dándoles su arquitectura general.»

«Los movimientos orogénicos posteriores o de la edad alpina que ocasionaron la formación de las sierras, no alcanzaron en Cataluña la amplitud y la complejidad que tuvieron en otras regiones mediterráneas. Su efecto se hizo sentir, pero sin producir grandes modificaciones. La acción principal se produjo sobre los sedimentos terciarios, depositados en el geosinclinal interior y sometidos a las presiones orogénicas provocadas por la aproximación de las dos masas resistentes de los Pirineos y cordilleras de Levante. Estos dos macizos formaron como los brazos de unas grandes tenazas que comprimieron los sedimentos plásticos depositados en la depresión central, obligándoles a ondularse y plegarse y dando origen a una serie de pliegues, fallas, alzamientos y hundimientos, sobre todo en el vértice Norte oriental, donde las compresiones fueron más intensas, los plegamientos más acentuados y las grietas más numerosas y profundas, lo que explica la tectónica tan accidentada de esas comarcas.»

«La serie de movimientos geológicos fué dando al territorio catalán su forma y relieve definitivos, encuadrados por las dos grandes nerva-

duras montañosas. En el Este la faja de tierras continuaba más allá de los límites de la costa actual, formando el continente catalanoblear, que, más tarde, fué fragmentándose, y se hundió tal vez en dos o tres etapas, quedando limitada Cataluña por la línea de la costa mediterránea. Por otra parte, el alzamiento de la depresión central hizo desaparecer el mar interior, de manera que, en los últimos tiempos de la edad terciaria, Cataluña tenía en su conjunto la configuración actual, salvo algunas entradas, bastante profundas, que presentaba la costa, y que fueron vaciándose y rellenando, a consecuencia de un suave alzamiento general en la época cuaternaria.»

OROGRAFIA.—Una vez realizada la anterior descripción de las condiciones naturales de la región catalana, y puesto de manifiesto las características geogénicas de la misma, estamos ya en el caso de entrar de lleno en el estudio de la orografía y de la hidrografía de tanta importancia en el desarrollo de las operaciones militares. Refiriéndose al conjunto orográfico de Cataluña, el Coronel Rudtorffer, en su «Geografía Militar de Europa», resume en pocas líneas el carácter general del terreno que nos ocupa: «Las montañas catalanas están surcadas en todos sentidos por los afluentes del Ebro y por pequeños ríos que desembocan en el mar; la mayor parte de ellos no son más que torrentes encajonados en lechos de rocas. Todo el país está lleno de valles estrechos, de pasos escarpados, de rocas y de montañas selváticas, entremezcladas con pequeños llanos, en los que la fusión de las nieves en la primavera interrumpe en general las comunicaciones. Los contrafuertes que los separan no son muy altos; su superficie está llena de bosques y, algunas veces, cultivada. Los canales de riego, los setos, jardines, plantaciones de olivos y árboles frutales que se multiplican en todas partes, hacen que, aun los lugares menos accidentados, presenten un terreno cortado, lo que, unido a los numerosos torrentes que las aguas pluviales engruesan en pocas horas y que no atraviesan ningún puente, hace que toda esta región sea muy fácil de defender.»

Si la presencia de un mapa geológico nos da la sensación de un verdadero mosaico, al ver en él estampados casi todos los colores representativos de las distintas clases de terrenos, la observación de un mapa orográfico nos causa otra impresión semejante contemplando aquel intrincado laberinto de montañas, valles y ríos en él representados. Pero aun siendo así, un detenido estudio de este conjunto orográfico, aunque a primera vista parezca imposible definirlo en sus rasgos generales dada su complejidad, nos permite distinguir una serie de elementos morfológicos o de nevaduras principales que, correspondiendo a los grandes movimientos tectónicos, vienen a establecer un sistema general de disposición de los mismos.

Desde luego, el accidente orográfico más significado de semejante conjunto montañoso está representado por la cadena pirenaica. Casi la mitad oriental de los montes Pirineos corresponde a la frontera ca-

talana, y de esta importante y robusta cadena montañosa arrancan las que, en dirección más o menos franca hacia el Sur, en busca de las aguas mediterráneas o de las del curso del Ebro, forman un abigarrado y denso conjunto de montañas en notable contraste con las uniformes pendientes y risueñas llanuras de la vertiente francesa. Por cuanto acaba de exponerse se podrá muy bien comprender con qué razón, si los Pirineos pueden considerarse como genuinamente españoles dentro de este carácter general, Cataluña tiene derecho a estimarlos, en gran parte, como suyos.

Las descripciones que hemos hecho con carácter general en el Tomo I, al tratar de la frontera francoespañola y el estudio llevado a cabo del sector oriental de los Pirineos ístmicos, así como de la vertiente Norte francesa, teatro de las operaciones en la anterior campaña del Rosellón, nos han permitido adquirir un conocimiento bastante detallado de tan importante línea montañosa. Mas desarrolladas las campañas de los años 1794-95 en territorio catalán, el nuevo teatro de las operaciones nos fuerza a renovar, y en ciertos puntos ampliar o detallar, la descripción morfológica de los Pirineos orientales y de su vertiente meridional.

Los Pirineos catalanes pueden dividirse en dos secciones, perfectamente definidas por la depresión de la Cerdaña, que, a manera de una lengua de tierra llana, corta, de Norte a Sur, la línea montañosa, constituyendo la más franca comunicación entre ambas vertientes. El tramo occidental así formado aparece unido estrechamente a los Pirineos centrales o aragoneses. El tramo oriental, a partir del Coll de Perthus, sigue determinado, según sabemos, por la línea de los montes Alberes, que, a las proximidades de la costa, en el monte Saillifore, se fracciona en distintos ramales, en la conocida forma de pata de ganso. Ramales, todos ellos, que van a terminar en los acantilados de la costa, constituyendo los cabos Cervera, Creus, Norfeo y otros de menos importancia.

Recordaremos que en el valle de Arán, o sea, hacia el centro de los montes Pirineos que cubren el istmo de nuestra península Ibérica, existe una, como rotura de la cadena, y como si las dos ramas así formadas, hubiesen girado a partir de sus extremos, en sentido contrario, éste hubo de quedar asentado entre las mismas. Pero, la separación entre ambas ramas de la cordillera pirenaica no es absoluta, y la primera, o más septentrional, aparece unida a la segunda, o meridional, por elementos montañosos como los de Piedrafita, Puerto de la Bonaigua, Pico Basiero (2.902), Colomés (2.930), Comolo Forno (3.072), los Montes Malditos (3.404) y la Maladetta (3.354), de la que parte el ramal que, a través del Puerto de Benasque (2.448), se dirige hacia el N., bordeando el valle de Arán por el Portillón (1.308) y el Pico de Bacanère (2.178).

En este nudo central de la cordillera pirenaica, la naturaleza ha desplegado cuadros espléndidos de una belleza incomparable, de un aspecto salvaje y duramente agreste, que no se nos ofrece en los demás valles, tanto orientales como occidentales, destacando, entre todos, el gran macizo de la Maladetta con su forma imponente y sus enormes

masas de hielo. De este modo, tal macizo, viene a constituir como un hito que establece una marcada distinción entre el Pirineo aragonés y el Pirineo catalán, pues en éste, ya no se encuentran masas de hielos permanentes, como acontece en algunas cumbres del Pirineo aragonés, aparte del antes indicado de la Maladetta. En Cataluña, sólo de cuando en cuando, aparecen algunas pequeñas extensiones de nieve congelada (congestes), las cuales duran más o menos, según el grado de humedad general del año.

Ahora bien, no se crea por esto que, los Pirineos catalanes no ofrecen casi en su totalidad, un aspecto también fuerte y vigoroso, como los centrales o aragoneses, pues asimismo, podemos admirar en ellos, picos destacados, altas moles graníticas y elevadas planicies herbáceas, donde pacen a millares las reses del ganado durante el verano. En el seno de la masa montañosa aparecen profundas hondonadas en forma de U, y también anchos valles formados por los antiguos glaciares cuaternarios. Finalmente, haremos observar, que mientras estos valles u hondonadas se muestran en la zona alta, los valles profundos y estrechos dominados por masas calcáreas o de esquistos formando paredes áridas y pedregosas, suelen ser poco o nada fértiles. Y no dejaremos de indicar que la alta zona pirenaica española posee también hermosos y severos paisajes lacustres, aunque, desde luego, carecen de la grandiosidad de los alpinos.

La primera rama o tramo, desde el valle de Arán hasta la Cerdaña, presenta, como pudimos observar al describir la frontera, masas montañosas considerables, como las de los Picos Certescons, Montcalm, de Estats, de Monteixo, Coma Pedrosa, Estanyó, con elevaciones en el Montcalm y en el Pico de los Estats de 3.080 y 3.141 metros y, según hubimos ya de indicar, desde el Pico de Fortargente, la cordillera, pasado el Coll de Puig Moren, se prolonga por el macizo de Carlite y del Puigperic, de 2.921 metros y 2.870, respectivamente, hallándose situados estos elementos montañosos al N. del valle de Andorra.

Recordaremos también que, al describir en el Tomo II la vertiente norte de los Pirineos orientales, indicamos cómo el Pico de Carlite, así como el de Peric, separaba las fuentes del Aude y del Tet de las del Ariège. En este Pico de Carlite, termina el tramo montañoso que estamos considerando, dominante del Coll de la Perche y del valle del Alto Segre.

Del otro lado de este valle, la cadena montañosa vuelve a manifestarse todavía elevada y robusta, formando la divisoria entre los valles del Tet y sus afluentes de la izquierda, el Mantet y el Hoja, y los del Ter y su afluente de la derecha, el Rigart. Como sabemos, el Pico Doria, el Puygmal, el de Finistrelles, el de Eyna, el de Géant, Coma de Vaca, da la Donya y de Cortabona, muestran las mayores elevaciones, alcanzando, en el Puygmal, los 2.909 metros. Igualmente recordarán nuestros lectores cómo hubimos de hacer observar más de una vez, que del Pico de Cortabona se desprende un robusto ramal que encaminándose hacia

el NE., entre los valles del Tet y del Tech, viene a caer sobre las llanuras del Rosellón, mostrando la imponente masa del Canigó de 2.785 m.

A partir de Cortabona la cresta montañosa que sigue en dirección hacia el E. va disminuyendo en robustez y altitud, alcanzando, según recordaremos, altitudes que no pasan de los 1.500 m. Más allá del Coll de Perthus la cresta de los Pirineos pierde sus características imponentes y majestuosas, y la línea de los Alberes, según la descripción que hicimos de ello en el citado Tomo II de nuestra obra, no es más que una línea de mesetas onduladas, que pueden considerarse terminadas en el macizo costero del Saisfore. Recordemos cómo los Albères se componen de dos partes bien diferenciadas, y casi iguales en longitud: la primera, al O. bifurcada; la segunda, al E., rectilínea. El Pico Niculous, es el centro y punto culminante de este cañón que viene a marcar el ángulo de la horquilla.

Los Pirineos en su extremo oriental, destacan la pequeña sierra de Rosas, que, limitando por el N. la bella bahía de este nombre, viene a formar del otro lado, al dejar caer uno de sus ramales en el mar, el cabo de Creus, extremidad la más oriental de nuestra Península.

De la robusta masa de los Pirineos, se destacan las numerosas y variadas cadenas que, en dirección marcadamente encaminada hacia el S., cubren toda la extensión del territorio catalán, haciendo de él, un dedalo de alturas, valles y pequeñas llanuras. De entre éstas, cabe señalar como las más importantes, las que ya conocemos de los llanos de Urgel, en la provincia de Lérida, y del Ampurdán, en la de Gerona; pudiendo citarse también los de Barcelona, Llobregat, Panadés, Bagés, Vich, Campo de Tarragona y comarca de Tortosa. De todos modos, en su conjunto, estas partes llanas constituyen una mínima parte del territorio que nos ocupa.

De los contrafuertes y ramales que parten de la cadena principal, el más importante de todos, constituyendo lo que el catalán Aulestia definía como la columna vertebral de Cataluña, es la cadena de montañas que, a continuación del Puygmál y del Pico Dorria, más allá del Coll de Tosas, sigue en dirección SE., constituyendo la divisoria entre los valles del Segre y del Llobregat, pudiendo considerársela en todo este tramo, como formando un elemento único de la cresta pirenaica. La sierra de Cadí, alcanza en el Pico de la Baridana 2.638 metros de altura; en el Puygmál, 2.535. Este Pico, al NE., y el de la Baridana, constituyen los extremos de la sierra que estamos considerando.

En su dirección hacia el SO., la sierra de Bert forma la continuación de la sierra de Cadí, que puede considerársela prolongada en un sentido francamente hacia el S. por la sierra de Pinós hasta las inmediaciones de Calaf, después de haber pasado por San Lloréns dels Piteus y Solsona. Del otro lado del río Segre, la sierra de Cadí, parece continuarse por la del Bou Mort (2.074) y por la de Cornelí, entre el Noguera Pallaresa y el Segre, y, doblando hacia el NO., por la Sierra del Montsech, que ofrece, en su parte media una profunda entalladura para dar paso

al Noguera Ribagorzana quedando enlazada con el antemural pirenaico de las sierras del Guara y de la Peña, por las de la Carrodilla, San Martín, San Benito, y sierra de Belcez.

Las sierras de Montclús (1.018) y de Montroig (1.041) siguen formando hacia el S. del Montsech las divisorias entre el Noguera Pallaresa y el Noguera Ribagorzana. Más allá de Calaf la sierra de Cadí pasa por encima de Cervera con el nombre de la Segarra, conservando este nombre hasta tomar el de sierra de Pradet, puede considerarse como el extremo meridional de la espina dorsal catalana. Numerosos contrafuertes parten de ella en dirección más o menos pronunciada hacia el E., constituyendo la divisoria de los diversos valles que entallan el suelo catalán. El primero es el que, arrancando por encima de Castellar de Nuch, forma la divisoria entre los ríos Llobregat y Ter, bajando, en dirección NS., hasta Berga. Los demás se limitan a formar las barrancadas del alto Llobregat, las mesetas de Vallsebre y Fumanya y la de San Pedro, cerca de Manresa, sirviendo de divisoria entre el Cardoner y el Llobregat, y la de Busa que separa la Vall d'ora de la anterior. Del otro lado del Llobregat los estribos son cortos, pero sumamente ásperos, formando estrechos barrancos que vierten sus aguas en el Segre.

De la sierra de Cadí, a la altura de Calaf, parte un contrafuerte que, en dirección OE., y con los nombres de sierra de Castellfullit, Forn del Vidre y Massana, termina en la montaña ya citada del Montserrat, la que levantada, bruscamente, a gran altura, aparece como una formidable fortaleza natural, sobre el curso inferior del Llobregat. Este estribo separa las aguas del Noya, de las del Cardoner.

De la sierra de Pradet, se desprenden infinitos contrafuertes, formando valles y barrancos, cuyos últimos estribos van a perderse en el valle del Ebro. En Bellprat arranca de la Segarra el primero, que con el nombre de sierra de Bufaganya, llega de NO. a SE. al Puig de Montagut, donde se divide en otros tres. El más oriental pasa por encima de la Llacuna, por Coll de Ordal, toma el nombre de sierra de Arambrunyá y la Mola, terminando en Castelldefels y costa de Garraf, cerca de la desembocadura del Llobregat; el segundo, por San Jaime de Domenys llega hasta Bellver y Cunit, y el tercero, por Rodonyá y Mas-Lloréns, avanza también al mar. Entre estas sierras corren los ríos Foix, que riega el Penedés, comarca rica y fértil cuyo centro es Villafranca; el torrente de Montagut, que pasa por Vendrell, y el río Gayá. Más adelante las sierras de Comavert, Coll de Lilla y Coll de Cabra, por un lado, y la del Tallat por el otro, encierran la Conca de Barberá, cuyo río, Anguera, afluye al Francolí. Las sierras de Comavert y Coll de Lilla se prolongan hasta el mar, cerca de Altafulla, dividiendo las aguas del Gayá y Francolí.

Entre el Cadí y el mar, las derivaciones pirenaicas forman las sierras y montes de Montgrony y Matamala, Caballera y Copsacosta, de Magdalena y de Ayats, picos de Puigsacalm (1.515 m.) y Bassegoda (1.343 m.)

y Montañas de la Mare de Déu del Mont (1.225 m.). Desde el Taga (2.027 m.) y sierra Caballera, hacia el E., el macizo se hace, en su conjunto, cada vez menos denso, así como sus cimas tienen menos elevación, terminando en la sierra de Rosas (672 m.).

Ahora bien, en el conjunto montañoso que estamos considerando, cabe señalar una serie de grupos que vienen a dibujar dos líneas paralelas a la costa, separadas por una pequeña depresión. Fórmense así dos cadenas, una interior y otra costera, y, que, realmente, merece este nombre, pues, en general, va bordeando el litoral mediterráneo, pudiéndose señalar en ellas dos características bien definidas, pues, en tanto que esta última afecta una mayor continuidad de constitución, manifestada ésta, por suaves ondulaciones, la del interior, forma núcleos más quebrados y abruptos con picos más elevados, pero dispuestos en masas o macizos independientes.

La cadena del litoral está formada, de N. a S., por los montes de Torroella de Montgrí, las Gabarras (533 m.), la sierra de Montnegre, (793 m.), y la de Montalt, las de San Mateu (504 m.) y de Matas, las montañas del Tibidabo (531 m.), el macizo de Garraf con el Puig de la Morella (595 m.), las sierras de Montferri y de Balaguer, los montes de Creu de Santos (943) y de Cant de Gall y la sierra de Montsiá (762 m.). La cadena interior la forman las sierras del Montseny (1.740 m.) y de las Guillerías (1.200 m.), los montes de San Lloréns (1.094 m.) y Montserrat (1.238 m.), la sierra de Brufaganya y el pico de Montagut (593 m.), las sierras de Comavert y del Tallat, las sierras de la Llena y del Montsant (1.071 m.), la de Prades (960 m.) y los montes de Llavería (928 m.), viniendo a juntarse, en el macizo montañoso de la orilla N. del Ebro, las dos cadenas: litoral e interior.

Recordaremos, al terminar esta descripción de la orografía catalana en su sector oriental, que en contraposición a las sierras de Cadí y cadena vertebral que se extiende a lo largo de la vertiente meridional, en la del N. del macizo montañoso por encima del Coll de la Pèrcha, se destaca la cadena de los montes Corbières, que, en un principio, encaminados hacia el N., pronto doblan hacia el E., bordeando de este modo la llanura del Rosellón, para terminar en el promontorio de Leucate, en las costas del golfo de León. Y recordemos también, que a este propósito, según lo indica Fervel: «el Rosellón y Cataluña son, por así decirlo, dos provincias aisladas y separadas del territorio de que proceden, por dos largas ramas montañosas que parten, precisamente, de los dos macizos frente a Mont Louis».

Del otro lado del valle del Segre, en el sector occidental catalán, la zona montañosa tiene una anchura considerable y está formada por una serie de contrafuertes que arrancan del Pirineo en franca dirección hacia el S., formando la divisoria de los valles que, en esta misma dirección, abren paso a los afluentes que van a verter sus aguas en el cauce caudaloso del Ebro. El más oriental de estos contrafuertes es el que ya conocemos entre los cursos del Segre y de su afluente el Balira, el cual,

arrancando del pico de Carlite (2.921 m.), corre en dirección SO. constituyendo el límite de la Cerdaña, desde el Coll de la Percha, hasta más allá de Seo de Urgel, en la confluencia de los ríos que acabamos de citar. En este cañón indicamos como alturas más importantes las del pico Negre (2.812 m.), las del Campcardos (2.914 m.), la Tosa Plana (2.907 m.), la montaña de Piedrafita (2.553 m.).

Como se ve por todos estos datos, es elevada y robusta la cresta montañosa que separa el valle de Andorra de la Cerdaña española, debiendo hacer observar cómo, entre las dos ramas que constituyen el Balira, el ramal de separación de las aguas, arrancando del pico de Serrère (2.920 m.), presenta las elevaciones del Estanyó (2.908 m.) y el pico de Casamanya (2.754 m.). Del macizo formado por el pico de Moncalm (3.080 m.), el de los Estast (3.141 m.), Monteixo (2.904 m.) y la Coma Pedrosa (2.945 m.) se desprende una línea de montañas que, entre los valles del Segre y del Noguera Pallaresa, hállase jalonada por el pico de Saloria (2.793 m.), el de Ordoza, el de Ras de Conques (2.130 metros) el de Orri (2.435 m.), Rocamora (1.854 m.), la montaña de Arés (1.504 m.), la sierra del Bou Mont (2.074 m.) y la de Cornelí, cuyas estribaciones meridionales vienen a enlazarse con los septentrionales de la sierra del Montsech.

La sierra de Campirme y el Montrouty, separan el valle del alto Noguera Pallaresa del de su afluente el Cardós, en tanto que la divisoria entre las aguas del Noguera Pallaresa y del Noguera Ribagorzana, está constituida por una serie de elevados y robustos macizos montañosos, que, alzándose al S. del pico Mauberne (2.880 m.), el monte Vallier (2.839 m.) y el pico de Aula (2.485 m.), hállase prolongada, en dirección al mediodía, por la sierra de Piedrafita, en la que se destaca la Roca Blanca (2.758 m.), el pico de Bonaiga (2.072 m.) a continuación del cual álzase otra masa montañosa culminada en los picos, Basiero (2.902 m.), Colomés (2.930 m.), Peña Alta (3.007 m.) y Comoloforno (3.082 m.).

El macizo de los Encantados, con alturas en el pico Peguera de 2.982 metros, destaca, en la dirección citada, la montaña de Montsech (2.881 metros) y la sierra de Aveni (1.476 m.), entre el citado Noguera Pallaresa y su afluente el Flamiselle, que afluye antes de Tremp, en la Poble de Segur. Otra línea montañosa desprendida del citado macizo de los Encantados, separa los valles del Noguera Pallaresa y de su afluente, primero, y, luego, entre las dos Nogueras, marchando, a lo largo de la sierra de Llevata (2.755 m.), de Montiverri (1.733 m.), San Gervasio (1.831 metros), sierra Telleras (1.676 m.), Montllova (1.145 m.), cuyos contrafuertes meridionales vienen a dar con los septentrionales de la sierra del Montsech. Entre esta línea montañosa y las de Arés, Bou Mort y Cornelí, entre el Noguera Pallaresa y el Segre, hállase establecida la famosa Conca del Tremp, por cuyo fondo discurren las aguas del Pallaresa.

Finalmente los macizos de la Maladetta (3.312 m.), de Anetto (3.404

metros), y de la Mativierna (3.067 m.), que, en su conjunto, reciben la denominación de los *Montes Malditos*, separan los valles del Noguera Ribagorzana del río Esera, afluente del Cinca, así como el del Isabena, aparece separado de la cuenca del Noguera Ribagorzana por las sierras de Sis (1.773 m.), las Tozallas de Cacijas (1.355 m.) y las de Monesma (1.230 m.), alzándose ya más al S. de la sierra del Montsech.

Todas estas líneas montañosas van a terminar en el valle del Ebro, frente a los últimos escarpados de un ramal de la cordillera Ibérica que, penetrando en Cataluña por el SO., completa el sistema orográfico que estamos describiendo. De este modo, la orografía catalana queda enlazada con el sistema ibérico o central, sin otra solución de continuidad que la que viene a representar el curso inferior del Ebro.

Porque, en efecto, del macizo formado por el llamado nudo de Albarracín, del que se destacan, en diversas direcciones, los montes Universales, la sierra de Albarracín y la de Javalambre, que en su conjunto constituyen la llamada serranía de Cuenca, esta última lanza hacia el N., el ramal que hemos indicado, el cual cubre el terreno llamado del Maestrazgo, formando las sierras de Caro y de Pandols, y en el que se destacan los puertos de Beceite y del Tossal del Rey (1.394 m.).

En una observación final, abrazando en conjunto la morfología del territorio que estamos describiendo, es fácil apreciar en él dos partes perfectamente señaladas y cuyo límite de separación muy bien pudiera considerársele determinado por la cadena que, desprendida de la cresta principal, viene a ser como la espina dorsal del mismo. Una zona oriental o marítima: LA VIEJA CATALUÑA, comprensiva de las provincias de Barcelona y Gerona, y, otra, LA NUEVA, que lo es, a su vez, de las de Lérida y Tarragona, interior o continental la primera y marítima la segunda. Advertiremos, sin embargo, que la cadena iniciada por la sierra de Cadí, no es, históricamente, la línea divisoria de las dos Cataluñas, sino que, esta delimitación corresponde al curso del Llobregat.

Por cuanto acaba de exponerse, es fácil darse cuenta de la gran importancia que reviste el sistema orográfico catalán, desde el punto de vista de las operaciones militares, así como, también, en lo que hace referencia a los órdenes de la vida, histórico, social y político, de tan destacada región española.

CAPITULO II

El teatro de las operaciones

Reseña geográfica de Cataluña

(Continuación)



Hay simetría entre los valles que se adosan en una y otra vertiente de los Pirineos orientales», expone Fervel en su conocida obra tantas veces citada por nosotros. En ambas, efectivamente, los valles que se aproximan al centro de la gran cadena pirenaica corren perpendicularmente a ésta, en tanto que, los valles vecinos al mar, tienen una tendencia, más o menos pronunciada, al paralelismo. Por añadidura, de cada una de las vertientes del nudo de Mont-Louis se destaca un contrafuerte que, señalando la línea de demarcación de cada sistema, viene a envolver el del N. al Rosellón y el del S. la parte de Cataluña, que calificamos de *vieja*. Son, como se recordará, los montes Corbières y la sierra de Cadí, respectivamente. No puede darse, por lo tanto, una mayor semejanza en la disposición de las dos partes de este sistema orográfico.

Hay que reconocer, como lo hace el escritor militar francés que citamos, la existencia de dos regiones en la hidrografía de Cataluña: la de los valles transversales y la de los valles laterales. Abarca la primera los recorridos por los ríos Esera, Noguera Ribagorzana, Noguera Pallaresa, todos ellos afluentes del Segre. Mas como quiera que esta zona de terreno no desempeñó apenas papel alguno en las campañas que vamos a estudiar, no hemos de hacer de ellos otra cosa que una ligera descripción.

La región de los valles laterales comprende los del Llobregat, el Ter, el Fluviá y el Muga, ríos todos ellos que, descendiendo de la cresta principal, se dirigen en un principio hacia el sur, para doblar más tarde en dirección al E. Esta zona de los valles es designada por el historiador citado con el calificativo de *la gran cuenca catalana*, afirmando que, topográficamente, y sobre todo desde el punto de vista militar, la Cataluña propiamente dicha se encuentra por completo encerrada dentro de este recinto, aunque políticamente su territorio se extienda mucho más allá del Segre y del Ebro. Y advertiremos también que, a ser cierto el testimonio de Fervel, se ha dicho del Principado catalán que él constituía *la plaza de armas de la Península*. Desde luego, concepto tal resulta inapropiado, aunque reconozcamos siempre, desde el primer momento, cómo desde el punto de vista de la defensa de España, Cataluña constituye uno de sus baluartes más fuertes e importantes. Y, en efecto, la historia militar de nuestra Patria así lo confirma.

REGION DE LOS VALLES TRANSVERSALES.—El valle más

occidental de esta región es el de Benasque, surcado por el río Esera, pero, hallándose todo él comprendido en territorio aragonés, no nos hemos de ocupar de su descripción por ahora.

Valle del Noguera Ribagorzana

Los antiguos romanos llamaron a este río *Nucaria Riparcurciensis*, teniendo su origen en las vertientes orientales de los Montes Malditos, en las fuentes de Noguera y en el fondo del salvaje barranco labrado en el monte Mulleres, a 1.870 m. de altitud, en el límite mismo de la provincia de Lérida con la de Huesca.

Todo el valle del Noguera Ribagorzana es desarrollado en una serie de depósitos en la característica forma de un rosario, al presentar una serie de ensanchamientos unas veces, y de angosturas otras, a modo de las cuentas y enganches que éste tiene. De este modo le vemos salir de la angostura comprendida entre el citado pico de Mulleres y los de Tallada o Cexan, dirigiéndose primeramente hacia el SE., y luego, a unos diez kilómetros del Hospital de Viella, hacia el S., continuando así por un estrecho cauce sin otra expansión que la pequeña llanura de Forcall hasta Senet, recogiendo las aguas de los numerosos arroyos y torrentes, unas veces despeñados y otras suavemente descendidos de las cumbres pirenaicas.

El Noguera Ribagorzana recibe el tributo de las Salanques y de su afluente el Rugueno o río Bueno, alimentado por los estanques de Anglés, ambos nacidos en la abrupta y desierta comarca de Aneto.

Más abajo de Senet, el valle que nos ocupa vuelve a estrecharse, formando el pintoresco salto de su nombre, yendo a atravesar más tarde las verdes praderas de la comarca de Beno (Huesca), siendo éste el primer y principal ensanchamiento del valle del Noguera Ribagorzana. Después de correr por el desfiladero de Forcat, penetra en la extensa llanura del valle de Vilayers, cubierta de verdes praderas y surcada por dos torrentes que afluyen frente a Miravet. En su dirección hacia el S., el Noguera Ribagorzana atraviesa la sierra del Montsech, penetrando en los llanos de Lérida y afluyendo al Segre, un poco aguas arriba de esta ciudad. Como recordaremos, este río, en casi todo su curso, constituye el límite político entre Cataluña y Aragón, siendo su recorrido de unos 150 kilómetros.

Valle del Noguera Pallaresa.

Nace en el Prat de Véret (1.880 m.), en las faldas de las montañas que limitan, por el E., el valle de Arán, y encaminándose en esta dirección, describe una pronunciada curva bordeando el conjunto de montañas designado con el nombre general de Piedrafit. En su marcha hacia el S. atraviesa la comarca del Pallás, dejando en la orilla izquierda al importante pueblo de Esterri de Ansó. Después de recibir el tri-

buto del Cardós y del Vall Ferrera, nacido el primero, en el lago de Feltrescons, y el segundo en la Coma Pedrosa, penetra, más allá de Rialp, en la conca de Tremp, recibiendo por la derecha las aguas del Flami-sell, que descendientes de las vertientes meridionales del grupo montañoso de Los Encantados afluyen al Pallaresa, en la Poble de Segur. Pene-trando en la conca de referencia, pasa junto a la localidad que le da nombre y desciende de la misma atravesando la sierra del Montsech por una estrecha garganta, yendo a verter sus aguas en el Segre, frente a Camarasa. El recorrido del río que nos ocupa es de 146 kilómetros.

Como es de todos sabido, en la actualidad el valle que describimos es uno de los más importantes de la región catalana, a causa de sus grandes aprovechamientos hidroeléctricos.

Valle del Segre

Es éste el mayor y acaso el más importante de los valles catalanes. Como indicamos tiene sus fuentes en la cresta principal, en las pen-dientes del coll de Finestrelles, al N. del Puigmall. Dirigiéndose prime-ramente hacia el O. y luego hacia el N., atraviesa el macizo de Mont-Louis. A partir de Llo, tuerce hacia el O., pasando por Saillaguses, y penetrando luego en la pequeña demarcación del pueblo de Llivia, perteneciente a España no obstante hallarse enclavado en territorio francés.

A partir de aquí, el Segre se encamina hacia el SO., en dirección a la frontera franco-española, a la que alcanza en el puente llamado de Les Ginguettes, ante el pueblillo de Hix y a las inmediaciones de la bella población de Puigcerdá frente a la francesa de Bourg Madame.

El río cuyo valle estamos describiendo encuéntrase en esta parte de su alto curso en medio de una extensa llanura, después de un recorrido de 12 kilómetros. Es la Cerdaña la más bella de las grandes llanuras pi-renaicas, según hubimos de exponer anteriormente, y en ella recibe el Segre el tributo del Carol, descendiendo de la meseta de Puig Moren, al O. del Pico de Carlitte. Describiendo una gran curva, para doblar luego hacia el S., al llegar a Isovol penetra en una estrecha garganta, continuando así hasta el puente de Bach, dejando a su izquierda la an-tigua plaza fuerte de Bellver y las pequeñas localidades de San Martín, Montellá y Bar y las de Prulláns y La Martinet en la margen derecha.

En toda esta estrecha garganta el cauce del Segre sigue la dirección EO., pero más allá del puente de Bach dobla bruscamente hacia el S., pasando por Seo de Urgel, capital de la comarca. Apenas ha dejado esta localidad, afluye el Balira, descendiendo del valle de Andorra, y siem-pre encajonado, al llegar a Castellnou y Tiurana, marca un nueva in-clinación hacia el SE., llegando a Balaguer después de recibir el tributo del Noguera Pallaresa por su orilla derecha y del Llobregós y Sio por la izquierda. A partir de Balaguer el valle del Segre penetra en los lla-

nos de Lérida, y después de recoger las aguas del Noguera Ribagorzana y del Cinca vierte las de su ancho y caudaloso cauce en el Ebro, junto a Fayón.

La longitud de su curso es de 250 km., y al recibir las aguas del Balira, de los dos Nogueras y del Cinca, el caudal del Segre es bastante considerable, habiendo sido, en todo tiempo, muy aprovechable para el riego de las fértiles llanuras por que atraviesa.

REGION DE LOS VALLES LATERALES.—Es la que más nos interesa conocer, por cuanto en ella se desarrollaron las acciones más importantes de la campaña de Cataluña, que vamos a estudiar. Por consiguiente, los valles del Llobregat, del Ter, del Fluviá y del Muga han de ser objeto, por nuestra parte, de una especial atención. Las cuencas de todos ellos constituyen en su conjunto la cuenca catalana del Mediterráneo, y la laboriosidad y el estímulo de los naturales del país han hecho de los mismos verdaderas fuentes de progreso y de riqueza.

Valle del Llobregat

Creemos ocioso declarar cómo este río es, por excelencia, el *río catalán*, constituyendo la arteria de la provincia de Barcelona, verdadero centro de gravedad de toda la vida de la región que estamos considerando.

El Llobregat nace de unas fuentes caudalosas que, formando pintorescas cascadas, hállanse a 5 kilómetros de Castellar del Nuch, a 1.295 metros de altura. La cuenca del Llobregat queda limitada por la línea montañosa que bordea por el S. el valle del Ter, desde la sierra de Cadí al Cabo Bagur, y por la que se prolonga hacia el O., constituida por la sierra de Compte, para terminar en la sierra de Tosas.

En trazos generales podemos afirmar de la cuenca del Llobregat que constituye una estrecha zona de terreno, alargada en franca orientación de N. a S. Los principales afluentes de la derecha son la Riera de Rus, que baja del Pla de Aroles, el Riutort, el Bastareñi, que afluye cerca de Bagá, la Riera Saldés, que lo hace cerca de Guardiola y las de Sargantana, Peguera y Metgé, que pasa por Berga, el torrente Balsareni y la Riera de Ruidors.

Pero el más importante de los afluentes del Llobregat es, por la derecha, el río Cardoner, el cual desciende de la sierra de Cadí, en la provincia de Lérida, para penetrar en seguida en la de Barcelona, pasando por Cardona, Sarriá y Manresa, afluyendo al río que estamos describiendo no lejos de esta importantísima localidad del Principado. En su marcado curso hacia el S. bordea, pasado Monistrol, las últimas estribaciones orientales de la montaña de Montserrat y, después de recibir el tributo del Noya, desemboca en el mar, al S. de la montaña de Montjuich, junto al Prat de Llobregat, pasando en esta última parte de su

recorrido por Molins del Rey y San Feliú del mismo nombre. La longitud del Llobregat es de 160 km.; la del Cardener, 87 km., y la del Noya, 60 km.; y, como dato interesante, hemos de hacer observar cómo las cuencas de estos tres ríos suman una extensión de 7.545 km.² es decir, cerca de la cuarta parte de la que corresponde a la totalidad de Cataluña.

Los afluentes de la izquierda del Llobregat son el río Arija, la riera de Marlés, la de Gavarresa y el Gabarrés, que afluye al río principal más abajo de Manresa. Más hacia el S. continúan afluyendo otros ríos que, como los de Rubí, Valvidriera y Gelabers, tienen muy escasa importancia.

Río Ter

El río Ter nace en las faldas meridionales de la cresta principal del Pirineo, a 2.325 m. de altura, al pie del pico de la Dona, cerca de la Esquena d'Ase y del Puig de Bastiment, iniciando su marcha en dirección hacia el S. para doblar, más tarde, hacia el SE. al llegar a Murens, entre el Gra de Fajol y el Puig dels Lladres, recibiendo por la izquierda el tributo del torrente del Murens y el de la Portella, recolectores de las aguas del Pirineo procedentes de las cumbres de la Esquena d'Ase hasta la Portella de Nuret. Desde aquí tuerce otra vez en dirección al S., precipitándose por el desfiladero de Murens, en donde recibe el caudal del torrente Armadá, que baja del N.NE. por la garganta de su nombre y al salir de ésta únese al Ter el Orri, nacido en el Gra de Fajol, en el extremo septentrional de la sierra de Castellar. A partir de aquí vuelve a inclinarse en dirección SE., juntándosele el torrente de Carboners, recolector de las aguas de la roca Colom, de la Cima de la Llosa y del Collado de Mendanya. Al llegar a Setcases afluye al Ter el torrente de Vall Llobre. En esta dirección, hacia el SE., pasa por San Martín de Villalonga, por Llanas, llegando a Camprodón, situado en la orilla izquierda, en la confluencia del río que describimos con su afluente el Riu Tors, que habiendo nacido en la vertiente SE. del monte de Costa Bona, lleva al río principal el caudal de los torrentes de Cusacha, Pregón, Favert y otros varios.

Desde Camprodón el río Ter corre hacia el S., siguiendo en esta dirección hasta Santa Pau de Seguries, describiendo una curva muy pronunciada, para encaminarse hacia el SO., pasando por San Juan de las Abadesas, y llegando a Ripoll, frente al cual recibe por la derecha el tributo del río Freser, descendido de las cumbres pirenaicas. El Freser nace a 2.400 m., recogiendo las aguas de las vertientes meridionales del Pico de Bastiments y del Infierno, y en su marcha hacia el SO. penetra en la fosa del Gigant, pasando por Arqués y la estrecha garganta abierta entre las montañas de Torreneules y de Balandrán. Al partir de ésta se le junta el torrente Nuria, colector de todas las aguas descendidas de las montañas de Murieres, Noufont, pico de Eyna, Coll

de Finistrelle y Puigmal. Entra luego en la garganta del Cremat y, salido de ella, llega a Ribas, en donde recibe las aguas del Rigart, descendido del Puig de la Llansada y, como las de éste, las procedentes de las faldas orientales de la divisoria establecida entre la cuenca del Llobregat y la del río que estamos considerando.

Desde Ribas, el Fresser corre en dirección SE., engrosado por el gran torrente del Llobre y el del Merders. En la orilla izquierda afluye al Fresser el torrente Bruguera. Ya desde aquí el Fresser corre a verter sus aguas en el Ter, junto a Ripoll.

El Ter, corriendo en la dirección que antes indicamos, llega hasta Manlleu, al N. de Vich, doblando ya desde aquí hacia el E. y penetrando en la comarca, hoy correspondiente a la provincia de Gerona. Por la derecha afluye al Ter el río Mayor, colector de las aguas de la vertiente N. de la sierra de Montseny y, atravesando una comarca llena de poblados, llega a Amer, recibiendo por la izquierda al Bruguent y al Oso. El brusco cambio de dirección que realiza el río que nos ocupa doblando francamente hacia el E. en la dirección NS. que desde Ripoll traía, se realiza no lejos del lugar donde asienta la antigua e importante población de Vich. En esta nueva dirección, y más abajo de Amer y de Anglés, el Ter corre encajonado por las estribaciones de la línea montañosa de las Guillerías, y cuando llega a Gerona—la noble y heroica plaza edificada a una y otra orilla del Onyar—, el río que describimos marca una suave inclinación hacia el NE., penetrando en el bajo Ampurdán, pasando por Vergés, Torroella de Montgrí y desembocando, por fin, en el Mediterráneo, frente a las islas Medas, al S. del golfo de Rosas.

La costa es, en esta parte, baja y pantanosa, formándose lagunas como la llamada Estanque de Ullastret, que, rebasando algunas veces su natural envase, inunda las tierras costeras.

Llámase a esta parte de la costa Playa de Pals, y en ella desemboca el Ter, después de un curso muy irregular de unos 167 km., abarcando toda su cuenca una superficie de 3.411 km.², algo más, por lo tanto, de la décima parte de la total de Cataluña, y en la que se destacan, como afluentes más importantes del río principal, el Fresser, el Gurri, la Riera Mayor, el Onyar, el Ges, el Bruguent y el Terri.

Curso del Fluví

Este río nace en el Grau de Olot, en el recodo que forma hacia el N.E. la sierra que separa su cuenca de la del Ter, en la vertiente septentrional. Este río, cuya longitud es de 84 km. y su cuenca de unos 1.000'032 km.², marcha en su origen hacia el N., pasando por San Esteban de Bas y las Presas y recogiendo muchos torrentes, procedentes casi en su mayoría de la sierra de Ayats, del Puigcalm y de la sierra de la Magdalena; descollando entre todos estos afluentes, la ribera de la Coromina o de la Faja, y el río Gurri o de Sayest, debiendo ad-

vertirse que en esta parte alta de su curso el Fluviá había sido en otro tiempo un estanque a causa de haberle cerrado el paso las erupciones volcánicas que existieron en esta parte, las cuales, al perder su actividad, constituyeron una masa de terreno que, sufriendo el constante trabajo de las aguas así depositadas, hubieron de labrarse, a través de los siglos, una salida, hoy denominada Paso de Cudella. En una dirección general hacia el N. marcha el río hasta llegar a Olot, otra de las viejas e interesantes localidades catalanas, habiendo recibido el tributo del Ravell que, a su vez, al pasar por el pueblo de San Cristóbal de Fons, recoge las aguas del torrente de los Deses.

Más arriba de Olot el Fluviá describe una gran curva, para doblar hacia el E., y después de hacer pasar por junto a esta localidad su pequeño caudal, corre encajonado, entre murallas de basalto, hasta cerca de Castellfullit, punto en el cual afluyen por la izquierda el río Carre-ra y por la derecha el Turunell.

Desde Castellfullit, describiendo frecuentes meandros, el Fluviá marcha en dirección hacia el E. perfectamente marcada, y al llegar a San Jaume del Llera recibe el tributo del río de este nombre, descendido del Pirineo después de haber recogido, a su vez, el tributo del Oix, procedente del Val de Bach y del Anyot, procedente del Coll de Falgar. Antes de llegar a Besalú afluye a él el Gumenell.

Por la derecha el Fluviá recoge las aguas del Cor, procedente del Coll de Finestra, en la divisoria entre el río que describimos y el Ter inferior, recogiendo el tributo del Sort, que nace en el pico de Rocacorva.

Desde Besalú hasta Báscara, ya en plena llanura del Ampurdán, la cuenca del río que describimos se estrecha, sobre todo por la orilla izquierda o ribera septentrional, así como también por la margen derecha, y en esta forma prosigue hasta Báscara, a cuyas inmediaciones se halla el paso de la carretera internacional que, desde Figueras y por la Junquera, marcha al Coll de Perthus. En todo su recorrido por la llanura del Ampurdán hasta su desembocadura en el golfo de Rosas, junto al pintoresco pueblo de San Pedro Pescador, el río se desliza suavemente por entre campos de verdura, cubiertos de numerosas huertas, que, juntamente con la profusión de pueblos y masías extendidos por todas partes dan a la comarca un encantador aspecto, lleno de belleza y de vida.

Desde Besalú hasta su desembocadura en el mar, el Fluviá cruza por entre los términos de Farás, Esponellá, Vilert, Espinalvessa, Canyelles, Orfens, Parets, Romanyá, Báscara, Calabuig, Sant Miquel de Fluviá, Vilarobau y San Pére Pescador. De las poblaciones edificadas en una y otra margen citaremos, como las más notables, las de Olot, en la izquierda, y Castellfullit de la Roca en la derecha. Este último es un pintoresco pueblo, asentado en lo alto de un pedestal basáltico cortado a pico y presentando por ello un soberbio aspecto. Este basamento basáltico ha sido formado por corrientes de lava que al quedar en reposo y separadas por grandes intervalos de tiempo hoy se muestran como capas superpuestas, perfectamente acusadas en el plano del escarpado, que a mo-

do de una muralla ciclópea se yergue altiva sobre el lecho del río, que lame suavemente sus pies. Las negras columnas del basalto solidificado revelan su origen volcánico.

Haremos observar, finalmente, que de los afluentes del Fluviá el más importante, por la orilla izquierda, es el que viene formado por la confluencia de los tres ríos, el Oix, el Llera o Lierca y el Anyot, y por la derecha el Cor. Indicaremos asimismo que los meandros más pronunciados del Fluviá hallanse formados en el tramo comprendido desde Vilort antes de Bascara hasta Vilarobau, punto de paso de la carretera que, desde Gerona, atraviesa el bajo Ampurdán, marchando a Castellón de Ampurias y cruzando más tarde el Muga por el puente de Castellón. Al S. de la desembocadura del Fluviá y del pueblo de San Pedro Pescador se halla el puerto de La Escala y las ruinas de la que fué ciudad romana de Ampurias.

Cuenca del Muga

Nace este río al pie del Pirineo, casi en la misma línea fronteriza entre el Coll de Falguera y el Mont Negre, a 1.525 ms. de altura, en el punto denominado Casa de la Palla. Corre primeramente hacia el E., con ligera inclinación hacia el S., continuando en esta dirección hasta su desembocadura en el estanque de Castellón de Ampurias y en las marismas que cubren por esta parte el Golfo de Rosas. En la primera parte de su recorrido, recibiendo el tributo de numerosos arroyos desprendidos de las montañas, pasa por Albanya y San Lorenzo de la Muga, describiendo en todo este recorrido una amplia curva dirigida hacia el NE. Después de afluir a él el Armera, el Muga corre en dirección SE., conservándola hasta su desembocadura en el Estanque de Castellón de Ampurias.

El Armera nace en el Coll de la Creu, pasando por Tapis y dejando a su izquierda, y a no mucha distancia, a Massanet. El Muga, en su marcha general hacia el E., pasa por Boadella, Escaula, siendo atravesado por la carretera de Figueras al Coll de Perthus en el puente de Molins; más tarde vierte en él el Llobregat (no hay que confundirlo con el Llobregat que desemboca al S. de Barcelona), alimentado por el tributo del Ricardell y del Torrellas, al que afluye igualmente el Ortina, nacido en las proximidades del Coll de Banyuls, y al que se une el Merdars, después de pasar por Espolla y Mollet. Unido el Ortina al Llobregat frente a Perelada, éste no tarda en verter su caudal en el Muga, que después de recoger por su derecha las aguas del Manol y pasar por Castellón de Ampurias, según hemos dicho antes, desemboca en el Golfo de Rosas.

El Manol tiene sus fuentes en la divisoria entre los valles, o mejor dicho entre las cuencas del Fluviá y del Muga, a las proximidades del pueblo de Llorona y del pico denominado Nuestra Señora del Mont, de 1.230 ms., y atraviesa una comarca donde se hallan establecidos varios pueblos de escasa importancia, como son los de la Estela, Sistella, Vi-

lanant, Vinyonet, Vilafant, en la orilla izquierda; Illadó, Tarabaus, en la derecha. A partir del punto en donde la carretera de Gerona a Figueras cruza el Manol, éste, describiendo un ángulo casi recto, tuerce hacia el NE., y después de pasar por Vilasacra afluye al Muga frente a Vilañova, edificada en la orilla izquierda del Muga. Entre los valles del Manol y del Muga se encuentra establecida la bella población de Figueras, defendida por la fortaleza o castillo de San Fernando. El recorrido del Muga es de 52 kms. Tanto este río como su afluente el Manol son temibles en las grandes avenidas.

EL PAISAJE CATALAN.—Expuestos los caracteres generales de la topografía del territorio catalán, antes de entrar en el estudio de las comarcas principales nos creemos en el caso de transcribir aquí lo que, acerca del paisaje propio de esta región se expone en la Geografía Universal del Instituto Gallach por el señor Pi y Suñer:

«La gran diferenciación geológica del territorio catalán es causa de que se encuentren en él una gran diversidad de paisajes. Resumiremos, por su interés, las descripciones dadas por Marcel Chevalier de sus principales tipos.

«Cataluña tiene, especialmente en los Pirineos, admirables paisajes de montaña, aunque muy diversos, según se trate de la vertiente francesa o de la meridional. En la primera, por el aire húmedo que viene del Atlántico y las lluvias frecuentes y nieve duradera, la vegetación forestal es densa y lozana. En cambio, en la vertiente mediterránea la atmósfera conserva una pureza y limpidez mucho mayores, las lluvias son menos frecuentes, la sequedad más intensa, la luminosidad más viva y la vegetación poco abundante. Varía asimismo el paisaje, según la naturaleza del terreno. En las masas calcáreas o formadas de esquistos dominan los valles profundos y estrechos, poco fértiles y de paredes áridas y pedregosas. En las moles graníticas el aspecto cambia, y las hondonadas más frescas y húmedas están cubiertas de vegetación, que continúa en las laderas con la mancha oscura de los bosques de coníferas. Hay en las altas cimas amontonamientos caóticos de fragmentos rocosos de todos tamaños y de varios colores, y paisajes glaciares, inmensos anfiteatros como vastos circos rodeados de crestas montañosas, siempre salvajes y áridas. Y hay, además, los lagos de aguas limpias y claras, y las altiplanicies donde en el verano crece la hierba, corta pero espesa y abundante, de un verde suave y pálido.»

«Los paisajes de las sierras tienen un aspecto especial que las distingue de los otros paisajes de montaña. Sus rocas son de origen más reciente, y por esto el aspecto es más colorido y también más abrupto. Los grandes movimientos y repliegues orogénicos han introducido en el paisaje elementos que, en gran parte, se conservan. Persisten las grietas y fallas, los flancos abruptos y se ven fuertes dislocaciones que rompen y dividen las cadenas de montañas. Son paisajes ásperos, quebrados, de fuertes contrastes, muy numerosos en Cataluña, porque las sierras ocupan una gran parte del país.»

«En los paisajes hercinianos la forma ya no está dominada por los movimientos orogénicos y tienen mayor importancia los agentes atmosféricos que desde la época primaria han ido desagregando y destruyendo las rocas de estas antiguas montañas. Todo se ha ido nivelando, y hoy día se ven sólo paisajes de forma suave, que tienen el encanto de las cosas antiguas; montañas bajas y onduladas que han perdido el ímpetu brutal de la juventud de las sierras y la sublimidad salvaje de los grandes montes pirenaicos. Constituidos únicamente por rocas cristalinas y paleozoicas, han conservado un aspecto austero. Su color, en general, es mate y gris, y están cubiertos, con mucha frecuencia de árboles de hoja persistente.»

«Los paisajes de los llanos, cubiertos en general de vegetación, son más monótonos y regulares que los de montaña. En Cataluña no se encuentran grandes llanuras que se extiendan sin ninguna ondulación hasta perderse de vista; hay algunos llanos, pero limitados por horizontes próximos y definidos. Sus paisajes pueden agruparse en dos tipos distintos. Los primeros, formados por los sedimentos terciarios, son secos, tienen un color vivo, tierras rojas en las que predomina la viña y crece el olivo entre algunos cultivos; los segundos, en los aluviones cuaternarios, son fértiles y están cultivados intensivamente. Presentan variaciones en el color, que se armonizan desde el verde oscuro al verde vivo y claro; de entre los campos sobresalen grupos de arbustos, líneas de árboles y cañaverales al lado de las acequias de riego. En estos llanos el paisaje humano se ha sobrepuesto con mucha frecuencia al natural, pues el hombre ha buscado estas regiones para establecerse, atraído por la fertilidad del suelo y la facilidad de comunicaciones.»

«Los paisajes del litoral catalán son muy variados y dependen de la naturaleza de la costa. Hay acanflados abruptos y profundas ensenadas debidas a fallas y grietas del terreno; pequeñas y luminosas bahías con el arco cóncavo de su playa; montañas bajas y onduladas que extienden hasta el mar el tapiz de sus árboles y cultivos, entre los cuales destaca la blancura de sus pueblos y caseríos; largas playas arenosas que limitan fértiles llanos, que terminan a los lejos en una línea de montañas. Y hay aún, como característicos de la costa, los paisajes de las dunas, fijadas por plantaciones arbóreas; y los de los deltas, formados en la desembocadura de los ríos, de tierras bajas y pantanosas, en general estériles y saladas en la proximidad del mar, donde abundan los estanques y dunas, y en cambio muy fértiles e intensamente cultivadas en la zona cubierta por los aluviones fluviales.»

No faltan tampoco en Cataluña los paisajes volcánicos con su estructura, color y vegetación característicos. Se presentan con el aspecto de volcanes extinguidos y derrames de lava solidificada, convertidos, desde tiempos remotísimos, en basaltos que forman bellas columnatas prismáticas. Cuando la lava ha conservado la rugosidad de la piedra en fusión, son estériles, áridos y rocosos, pero en la mayoría los

basaltos descompuestos dan origen a un terreno fértil, y presentan cultivos, prados y grupos de árboles. Aunque los montes volcánicos tienen casi siempre un color sombrío, el verde pálido de las plantas cultivadas, que crecen muchas veces en el mismo cráter extinguido, dan una gran suavidad a estos paisajes.

«La importancia que tienen los ríos en Cataluña explica el número y variedad de los paisajes fluviales. En el curso superior de los ríos son de tipo torrencial; el valle, muy estrecho, está lleno de detritus de todas clases y de piedras desgastadas y pulidas; las vertientes son rectas y escarpadas, y por el fondo corren y saltan las aguas, veloces y ruidosas. Lo abrupto del terreno, la sucesión de rocas y cascadas, hacen el paisaje salvaje y pintoresco. Después, en la zona media del río, el valle se hace más ancho y llano, escurriéndose las aguas por su cauce, de cantos rodados y arena. En los aluviones fértiles de la hondonada verdean los prados, los cultivos y los árboles de ribera. Cuando los ríos llegan a su curso inferior, los valles se ensanchan aún más, y muchas veces la corriente atraviesa vastos llanos bien cultivados, que forman grandes extensiones de regadío.»

«Los paisajes son la manifestación externa del terreno, y revelan su composición, su estructura, su historia geológica, es decir, todo lo que se refiere a la geografía física. Pero con las poblaciones, los caseríos, la sistematización del terreno, los mismos cultivos, las obras hidráulicas y los caminos se manifiesta asimismo en el paisaje, el elemento humano, las transformaciones debidas al trabajo del hombre y la continuidad de la vida colectiva. Es, pues, interesante el estudio del paisaje que se nos ofrece, en su doble aspecto físico y humano, como una síntesis geográfica.»

LA COMARCA. SU VALOR Y REPRESENTACION EN LA VIDA Y EN LA GEOGRAFIA DEL PRINCIPADO DE CATALUÑA.—Las características topográficas y geológicas del territorio catalán, que hemos estudiado, el conjunto de pueblos que en ella habitan, las tradiciones populares y su influencia en el desarrollo histórico del país, todos ellos, en armonía con los elementos sociales y económicos en relaciones más o menos directas, pero siempre valiosas y determinativas, han dado al factor *comarca*, en Cataluña, una significación propia de marcada importancia. Juzgamos innecesario advertir que esta significación comarcal afecta grados y manifestaciones de variado carácter, y así, en tanto que hay comarcas perfectamente definidas en su extensión y en sus límites, hay otras que, en cambio, no cabe ni definir las ni concederlas una personalidad bien marcada.

Empezando por el N. y siguiendo una relación de los más significados del Occidente al Oriente, el primer valle que se encuentra en la zona Septentrional, constituyendo la comarca del Ribagorza, es el del Noguera de este nombre; y al N. del mismo, y del otro lado de la cresta principal, el de Arán, afecta lo que pudiéramos llamar una per-

sonalidad propia. Según sabemos, al E. de la Ribagorza se halla la comarca del Pallars, que vierte las aguas de sus montañas en el Noguera Pallaresa.

Viene después la cuenca alta del Segre, formada por un pintoresco llano de la Cerdaña, que da asiento a su bella capital: Puigcerdá. Es encantador en el verano el aspecto de esta florida llanura, rodeada de elevadas y macizas montañas. En su curso hacia el S., el Segre penetra en la comarca de Urgellet, cuya capital y centro es la Seo de Urgel. En relación con esta comarca hállase comprendido el valle de Andorra, atravesado por el Balira, afluente de la derecha del Segre, según indicamos varias veces en páginas anteriores.

Del otro lado de la sierra de Cadí existen dos comarcas no muy bien caracterizadas, cuales son la Garrotxa y la Montaña, formada la primera por la cuenca media del Fluviá, en tanto que la Montaña comprende su cuenca alta, teniendo a Olot por centro de la misma.

Más allá, en el extremo oriental, aparece una de las comarcas con más acentuada personalidad de Cataluña; es ésta el Ampurdán, cuya capital es Figueras, subdividida, a su vez, en alto y bajo Ampurdán, que corresponden a las cuencas del Muga y del Fluviá, el primero, y a las del bajo Ter el segundo. Pueden considerarse formando parte de esta zona de altas comarcas la del Ripollet, que comprende la alta cuenca del Ter y la del Fresser, teniendo por capital a Ripoll. Recordaremos que situados al N. del Ripollet los valles en que asientan Camprodón y Ribas, correspondientes al curso superior del Ter, aunque su extensión sea pequeña, por las características topográficas que afectan pueden muy bien considerárseles como comarcas independientes y definidas.

Muchas son las que pudiéramos citar en una zona secundaria al S. de la que hemos considerado extendida, de E. a O., paralelamente al Pirineo; pero no habiendo figurado como campos de batalla en la guerra que estamos considerando, no entraremos en su descripción detallada. Tan sólo indicaremos la llamada de la Selva, cuya capital es Gerona, pero comarca que algunos consideran subdividida en otras dos; la del Gironés, comprensiva de la cuenca superior del Ter, y la de las Guillerías, en la central del mismo. Citaremos igualmente el llano de Vich, designado con el nombre de *Ausona* en la antigüedad, y asiento de esta histórica e importante población; las del Llusanés al N., el Mollanés al S.; al O. del Llano de Vich y el grupo de comarcas de la cuenca media y alta del Llobregat y del Cardoner. Indicaremos finalmente, como una comarca digna de mención desde nuestro punto de vista histórico, el llano de Lérida, extendido, como sabemos, en la cuenca inferior del Segre.

El llano de Barcelona, la comarca del Vallés, la Segarra, el Panadés, la del Priorato, la de Gandesá, constituyen un conjunto de comarcas que prestan al Principado catalán un carácter especialísimo. Pero, como hemos dicho antes, todas estas comarcas no interesan a nuestro ob-

jeto en el presente trabajo. Vamos, por consiguiente, a dar una ligera reseña de las comarcas más principales vecinas del Pirineo, dejando a un lado la del Ribagorza, el Pallars y el valle de Arán.

Comarca del Urgellet

Se ha dicho de esta comarca que es muy singular en distintos aspectos, y efectivamente lo es, tanto desde los puntos de vista topográfico, tradicional e histórico, como desde otros muchos que no dejan de tener importancia. Sabemos que en el centro del Urgellet asienta el hermoso llano de la Seo de Urgel, regado por las ricas vegas del río Segre, y de su afluente el Valira. En el Tomo II de esta obra, al tratar de la «Campana del Rosellón» y de las operaciones llevadas a cabo en la comarca de la Cerdaña durante el año 1793, hicimos referencia a la llanura que nos ocupa, presentándola como una extensión de terreno magníficamente cultivada, a punto de que pueda decirse de ella que es una dilatada alfombra de verde esmeralda, tejida de huertos y campos de labor, cercada por altas montañas que, si bien están escasas de vegetación arbórea, aparecen, en cambio, cubiertas de matorrales, a excepción de alguno que otro tupido bosque, en las faldas del Cadí o en el valle de Castellbó. Hállase tan bien trabajada esta comarca que los campos de labor llegan hasta muy alto, pudiéndoselos ver en los carasoles de la sierra, y no sin que en ellos aparezcan establecidas algunas agrupaciones humanas.

«Entrando en la comarca por el lado de la Cerdaña, en Aristot, comienzan a verse algunos olivares y viñedos raquíticos. Sobre todo, hay graderías de diminutos campos de labor donde se cultiva un poco la viña : al verla arraigar en aquellos empinados carasoles, uno, no sabe de qué admirarse más : si de la avaricia de la tierra o de la laboriosidad de aquellas pobres gentes que la cultivan, pues, aparte del esfuerzo material que representa el construir tantos metros de pared seca, parece que hayan subido la tierra allí, a puñados, para hacerla producir.» (Violant y Simorra, «El Pirineo Español».) Bien puede decirse de ella, con verdadera admiración, que tierra más apovechada y más regada de amargo sudor no se encuentra en todo el Pirineo. Los viñedos y los olivos, y los árboles frutales, se desarrollan en el llano del Urgellet, y en las laderas de las sierras que le sirven de cinturón.

Según sabemos, el Urgellet se encuentra en relación con los valles de Andorra, de la Cerdaña y del Cardenet, lindando por el Sur con los territorios de Urgel. Es una comarca accidentada, cuyo nivel oscila entre los 690 metros, que tiene la Seo, y los 2.600, de las cumbres del Cadí, de la sierra del Port y la del Boumont; montañas, estas últimas, que las separan del Pallars y de Andorra, y en la que abundan los pastos y los bosques de pino y abeto, en las partes altas, y los cultivos agrícolas y los árboles frutales, en las bajas del llano.

Andorra

El valle de Andorra que, en su conjunto, forma la alta cuenca del río Valira, ofrecen el aspecto árido, salvaje y agreste de casi todos los enclavados en el extremo oriental de los altos Pirineos. Tan sólo, en donde los ensanchamientos del terreno forman depósitos fluviales más copiosos, aparecen las praderas. En el llano verdean los prados; en las cumbres, los pastos, y en los altos montes crecen los pinos, los pinabetes y hasta los avellanos, entre las masas rocosas que, por todas partes, se muestran. Aunque independientes políticamente, los andorranos vivían, y viven hoy, tranquilos, explotando la ganadería principalmente, en pequeñas localidades de puro aspecto pirenaico. Los andorranos son auténticamente catalanes, no distinguiéndose, en nada, de sus vecinos del Urgellet.

La Cerdaña

No hemos de repetir aquí lo que de esta comarca expusimos en páginas anteriores. Podemos asegurar que es la más bella de las grandes llanuras pirenaicas, y ésta, se dice en la obra que hemos citado, «cómo en otros tiempos constituyó el fondo de un lago amplísimo», no así en la actualidad, en la que es una suave extensión de terrenos cercada por un cinturón de montañas de escasa población arbórea, con pinos que sobrepasan de 1.500 metros. Este inmenso óvalo de barreras que la ciñen está solamente cortado por la vía natural de las aguas, o sea, por el curso del río Segre, que marcha a lo largo de las gargantas de Marinet y la canal del Baridá, en dirección a la Seo. En la parte oriental, la barrera montañosa se abate en el amplio collado de la Percha, por donde pasaba la antigua calzada romana, «strata ceretana»; antigua vía, de gran importancia estratégica y utilidad práctica, ya en tiempo prerromano.

»La zona alta de la comarca, donde está dicho collado, es desapacible buena parte del año. Soplan allí los vientos sin encontrar estorbo, son impetuosos, y no crece ni un árbol por aquella depresión. Sólo el césped raquíutico colorea un poco sus lomas venteadas y desiertas.» (R. Violant. Obra citada.) «En el fondo del valle, en cambio, dominan los prados, donde las mansas vacas y los confiados potros pacen tranquilos; abundan también los huertos, cuajados de riquísimos perales, manzanos y otros árboles de hoja caediza. En las terrazas inferiores que ciñen la llanura, ricos campos de cultivo de pan, nuevos huertos y más árboles frutales esmaltan el paisaje de tonos coloreados, aunque más áridos que el del fondo aluvial. Por los flancos superiores, en fin, cerca ya de las cumbres que rodean la comarca, abundan los bosques de coníferas, sobre todo en la parte oriental, mezclándose, a veces, con la zona de pastos de verano, que mantienen nume-

rosos rebaños de ganado lanar. El ceretano, si bien practica la agricultura, incluso en gran escala, es, ante todo, ganadero.

»Típicas agrupaciones humanas, con muchas casas de bello estilo pirenaico, agrupadas en torno al clásico campanario románico, animan la ribera del Segre, especialmente hacia Martinet. La capital de la comarca, Puigcerdá, contempla tan espléndida llanura desde lo alto de un cerro, muy cerca de la frontera, que divide políticamente la comarca en dos partes. Pero, aunque actualmente la Cerdaña sea mitad española y mitad francesa, fisiográfica y étnicamente, toda ella es una sola cosa: *catalana*, como las otras comarcas vecinas.»

Valles de Ribes, Camprodón, Ripollés, La Garrotxa

No hemos de entrar en la descripción detallada de todas estas comarcas naturales, extendidas en las faldas meridionales del Pirineo, y entre los contrafuertes que de ellas se desprenden. De todas ellas, la Garrotxa constituye un elemento definido por un extenso y dilatado territorio, en su mayor parte montañoso y agreste. Se le ha dividido en tres grandes demarcaciones: Alta Garrotxa, que comprende los altos valles del río Lierca y de la ribera de Borró, tributario del Fluviá; Carrotxa del Ampurdán, que abarca los valles superiores del río Muga y de sus afluentes, Manol y Armera, y la Baja Garrotxa, incluida en los valles del Fluviá, desde Castellfullit a Serriñá.

«La región del Lierca y del Borró es un conjunto fisiográfico, enérgico y fuerte, de sierras y abismos de formas extrañas, y angostos y agrestes valles poblados de vigorosa vegetación. En las empinadas vertientes de los abismos se abren, a menudo, cuevas y espeluncas, refugio de buitres, águilas y otras grandes aves de rapiña.

»El punto culminante de los valles de Lierca es el pico de Montfalgars, de 1.610 metros sobre el mar. Y todo el territorio, muy escabroso y truncado, forma enormes terrazas, fuertemente empinadas unas sobre otras, como gigantescas graderías. Escondidas en tan agrestes lugares se encuentran pequeñas agrupaciones humanas, cuyos moradores se dedican a la agricultura, a la ganadería y a la explotación de los bosques. Las comarcas más productivas y llanas son las de la ribera de Oix y parte de las de Baget, Tortellá y Montagut, donde se recoge mucha fruta. La caza es aquí abundante.

»La Garrotxa ampurdanesa, o Terrafort del Ampurdán, es igualmente accidentada, y está cruzada de sierras y abismos. Se caracteriza por su tierra arcillosa y de color subido; por esto, sus colindantes la llaman *terra fort*, en contraposición de *terra prim* o tierra fina y arenosa, como llaman al Alto Ampurdán. Pero, con todos esos accidentes, entre sus agrestes montañas se encuentran verdes valles, como el de la Muga, y llanos de rica tierra de labor, como el de Masanet de Cabrenys y Albañá.

»Estos territorios están bañados, principalmente, por el río Muga, que nace en el llano de su nombre, y se va abriendo paso por feraces gargantas que, a menudo, le cierran casi el paso. Los medios de vida son similares a los del valle de Lierca; pero, aquí, el pastoreo es la principal ocupación de los habitantes, que poseen ricos pastos en la parte pirenaica. En esta zona de la Garrotxa, al terminar los *olivets*, más arriba del Lladó, en Llerona, densos bosques de pinos y encinas animan el paisaje seco de tonos claros, poblado de *masos* de piedra tostada, generalmente emplazados en los carasoles de los promontorios. *Masos*, algunos, como el Mas Olives, de tradición probablemente romana.»

Ahora bien, un detalle es preciso poner de manifiesto: «Este extremo del Pirineo oriental (Garrotxa, Ampurdán) no se nos presenta tan bien delimitado como en la zona del Pirineo central. Aquí el aspecto del terruño, la flora, sobre todo los olivares, encinares, alcornocales, se interfieren y confunden en todo el territorio prepirenaico y pirenaico (Llerona, San Jaime de Lierca, Castellfullit de la Roca, etc.).»

«Remontando el valle de Viaña, donde abundan los prados, encinares y maizales, entramos en el valle de Bach, por el collado de su nombre, y el aspecto fisiográfico cambia casi por completo. Allí abundan los prados naturales, los robles, hayas, fresnos, pinos y abetos. En este valle, empero, también se encuentran las habitaciones humanas diseminadas por los campos, en forma de *mansos*, si bien no son tan frecuentes como en la parte meridional, desde Lladó a Olot. Aunque muchos incluyen este valle de Bach en la comarca de Olot, quizá sólo cabe hacerlo desde un punto de vista económico, pues, por el aspecto general del paisaje, más bien forma parte de la zona baja pirenaica del valle de Camprodón, o los altos valles del Ter, y se extiende hasta San Pablo de Seguríes, donde acaba.» (Violant y Simorra, «El Pirineo Español».)

Comarca del Ampurdán

Esta importante zona de terreno, extendida desde los Pirineos hasta el río Tordera, y desde la cuenca del Fluviá hasta el Mediterráneo, merece por nuestra parte una especial atención, pues fué el principal campo de operaciones en el desarrollo de la campaña que vamos a estudiar. Como es del conocimiento general, el Ampurdán tomó su nombre de la antigua *Emporiae*, hoy denominada Ampurias, y, como hubimos de indicarlo anteriormente, encuéntrase dividido en dos partes: *el Alto y el Bajo*.

Hállase el Alto Ampurdán situado en la depresión oriental pirenaica, al NE. de Cataluña, y hállase separado del Vallespir por el Pirineo y los montes Albeñes, constituyendo, por lo tanto, una comarca bordeada por un anfiteatro de montañas abierto al Mediterráneo. Hermoso es, por todos conceptos, el aspecto que presenta la espléndida

llanura que, desde el pie mismo de la línea montañosa pirenaica, viene a perderse hacia el S., hasta los alcornocales de La Selva, y, desde la Garrotxa, hasta el mar. Por dondequiera que es paseada la vista, contémpanse una multitud de olivares, almendros, maizales y otra infinidad de cultivos no menos productivos. Risueños pueblecitos, numerosas viviendas de toda clase aparecen diseminadas por doquier, y en un campo constantemente animado por la presencia de los ganados, que pacen en los prados, y por los trabajadores dedicados al cultivo de las fértiles huertas, o de los bien atendidos campos; dándose, así, una plena sensación de vida y de paz.

Sin duda alguna, con toda razón, ha podido declararse que este paisaje recuerda el aspecto de la vida humana en el otro extremo pirenaico vasconavarro, mas debiendo advertir siempre cómo, a pesar de ello, ofrezca características muy diferentes, cual corresponde a su condición de tierra latina y mediterránea. Y, ya que hemos tocado este punto, haremos recordar que, como los romanos, también los griegos colonizaron esta región, dejando en ella, y sobre todo en los moradores, unos rasgos que, hasta hoy mismo, denotan la influencia helénica desde el punto de vista étnico. «El estudio étnico de la raza ampurdanesa es sumamente curioso, puesto que, en los pueblos del golfo de Rosas, especialmente, se nota la influencia acentuadísima del tipo helénico, que se manifiesta puro después de más de veinticinco siglos. Los rasgos fisonómicos de los moradores del Ampurdán, el ángulo facial, sobre todo, el tono de la voz, la aptitud especial que muchos de ellos muestran por las bellas artes y por el estudio de todos los ramos del saber humano, en los que han descollado de un modo particular; su amor al trabajo y entereza de carácter, acusan una superioridad étnica que no han logrado disminuir los naturales cruzamientos y las influencias externas» (Enciclopedia Universal Ilustrada. Espasa. Tomo V, pág. 270).

Todo, aparte de la naturaleza, como las danzas, los juegos populares, las tradiciones, los mitos, las canciones, y sobre todo la celebrísima danza de la sardana, sin olvidar el antiguo traje popular del país y la barretina, son de carácter griego. El golfo de Rosas es uno de los puntos más característicos de esta influencia griega. Nos atrevemos a afirmar que, excepción hecha de Montserrat con su célebre monasterio, pocas regiones son miradas con tanto interés y cariño por parte de los catalanes como esta comarca del Ampurdán, cuyas producciones agrícolas constituyen un verdadero venero de riqueza (vino, aceite, cereales y forrajes, que son exportados a las otras regiones peninsulares y al extranjero). También las industrias que se derivan de la pesca, y a la que se dedican los pequeños puertos de Llansat, Cadaqués, Rosas, La Escala, Bagur, Palamós, Palafrugell y Tossa, tienen gran desarrollo.

Tal es el Ampurdán, al extremo oriental de la zona pirenaica. Aquí termina suavemente la brava cordillera que, desde el mar Cantábrico, se extiende hasta las azuladas aguas del golfo de León, en el Medite-

rráneo. Y en esta parte, el Pirineo que ya ha perdido grandiosidad en su depresión hacia oriente y el mar, si bien no contiene los imponentes yermos de las grandes altitudes, ni las manchas de nieves perpetuas, se ve decorado, en cambio, por curiosas plantas del tipo mediterráneo, presentando en su mole pronunciadas escotaduras, correspondientes a otros tantos pasos milenarios de la cordillera. «Son las entradas naturales a la ratera ibérica, para todo cuanto se dirija a ella, desde las riberas del Mediterráneo. Por ahí entraron y salieron, desde los más remotos tiempos, ejércitos, invasiones y modas. Sobre todo, los collados de Panisars y Perhus. Por este último pasaron un día los elefantes de Aníbal, camino de Roma...»

CLIMATOLOGIA DE CATALUÑA.—Aunque el clima de Cataluña sea en general benigno, es ocioso advertir que, a causa de la diversidad de condiciones geográficas y topográficas de sus distintas comarcas, resulta muy variado, pero presentando siempre una marcada y fuerte influencia mediterránea. Corresponden al otoño y a la primavera los períodos de las lluvias abundantes, siendo muy duros los inviernos en las altas montañas pirenaicas. Y, en cuanto a la intensidad pluviométrica, ésta va disminuyendo desde la costa a la provincia de Lérida. La temperatura media es de unos 16 grados. No hay por qué advertir que en relación con el clima y el régimen de lluvias se encuentra el desarrollo de la vegetación.

Limitándonos a la climatología de las comarcas vecinas al Pirineo, indicaremos que la Cerdaña, ancha, abierta y baja, formando un hoyo entre montañas, no tiene la lluviosidad de las alturas que la circundan, y, en cambio, está lo bastante elevada para conocer temperaturas montañosas; sobre todo en invierno, cuando las enfrían el ambiente de la comarca o soplan brisas heladas del N. «Se conocen allí la *tramuntana* y el *carcanet*, vientos fuertes; entonces las temperaturas pueden ser extremas, incluso en el llano o ribera. La mínima general, de 10° bajo cero, y en la sombra, 22° bajo cero, en Puigcerdá son casos raros. El invierno, coincidiendo con un período de precipitaciones escasas, tiene muchos días de sol, con cielo claro, casi mediterráneo. La niebla raras veces se asienta en el llano cerdano, a diferencia de lo que sucede en el valle del Rigart, y, especialmente, en el Ter.» (Violant y Simorra, «El Pirineo Español»).

«En Camprodon, el clima invernal es frío en extremo, llegando la temperatura, en la ribera, a 14° y 16° bajo cero. Muy a menudo el río Ritort se hiela completamente, y a veces el mismo Ter, también. La nieve cae copiosamente en las cumbres, y cierra por entero, durante largo tiempo, los límites del panorama. En cambio, clima y temperatura son deliciosos en verano, donde raramente sobrepasa los 25 grados. Las nieblas son raras. El viento más fuerte es el noroeste o *tramontana* de Nuria, como lo llaman allí.

»El clima de la comarca del Ripollés es muy sano, si bien bastante frío en invierno, tanto por las corrientes acanaladas de sus valles como

por el hálito de sus ríos y riberas, del Fresser y del Ter. En verano, en cambio, disfruta esa comarca de una temperatura suave y agradable, pero no tan fresca como la de los vecinos valles de Camprodon y Vidrá.

»Por último, el clima de la Garrotxa, región, aunque montañosa, más cercana al Mediterráneo, es muy templado; las nevadas son de escasa consistencia y el calor es bastante fuerte en verano.»

En cuanto al clima de la comarca del Ampurdán, hemos de indicar, recogiendo los datos suministrados por la Enciclopedia Espasa, que éste es sano, contribuyendo a ello el viento N., denominado en el país *tramontana*. De este, que casi siempre sopla en el Ampurdán, se dice que, desde las noticias de Avieno (s. VI a. de J. C.), que recuerdan el impetuoso viento que combate los lugares y llanuras de Narbona, hasta Séneca que escribió soplabla la *tramontana* con tal violencia que, en la Galia narbonense, derribaba casas, admiraron los antiguos este fenómeno atmosférico, debido a la corriente entre el aire cálido y dilatado en las llanuras del Ampurdán y Narbona y el frío que corre al llenar el vacío desde las elevadas alturas del Pirineo. Los antiguos pobladores del Ampurdán, de origen ibero y griego, llamaron *cirtio* a dicho viento, nombre de una divinidad helénica, a la cual levantaron altares, implorando no faltase dicho viento en la región.

COMUNICACIONES Y PASOS PRINCIPALES.—En el año 1877, el entonces Comandante graduado, Capitán de Ingenieros de nuestro Ejército don Joaquín de la Llave y García, en un interesante trabajo suyo sobre la última guerra en Cataluña (1872-1875), declaraba que: «la red de comunicaciones, si bien va mejorando cada día, dista aún mucho de la que debe llegar a ser para que Cataluña, país rico, industrial y activo, pueda sacar toda la utilidad posible de sus productos». «Malísimo era el estado de las carreteras de Cataluña hasta hace pocos años», afirmaba, sin rebozo, indicando que «casi quedaban reducidas estas vías de comunicación a las tres generales de Valencia, Zaragoza y Francia», mas no dejaba de advertir, igualmente, que ya se habían abierto otras varias, y que continuaban estudiándose muchas más, que habían de librar al país de los costosos e incómodos transportes a lomos de las caballerías.

«Las comarcas poco accidentadas son recorridas en todos sentidos por caminos y carreteras vecinales», seguía informando el escritor que nos ocupa. «En las montuosas hay infinitas sendas difíciles en su mayor parte, pero todas han sido recorridas por columnas que llevaban caballería y artillería de montaña.» Y algo más exponía, digno de ser tenido muy en cuenta: «lo accidentado de todo el país hace que los desfiladeros y posiciones defensivas sean muy numerosos, muchos de ellos se han hecho célebres por acciones de esta y otras guerras. Los más notables son: Castellfullit de la Roca, en la carretera de Gerona a Olot; Coll de Capsacosta, entre Olot y Camprodon; los desfiladeros del Grau, en el camino de Vich a Olot; los de San Quirce, en Vich y

Ripoll; el Congost, entre Granollers y Vich; Coll de Tossas, entre Ribas y Puigcerdá; Puigreig, entre Manresa y Berga; Casa Massana, sobre el Bruch; Martorell, Moncada y Ordal, puertas del llano de Barcelona; los antiguos desfiladeros del alto Segre, desde Balaguer a Seo de Urgel, el de Sanahuja, los de la Conca de Tremp y las entradas del campo de Tarragona, que son: Coll de Santa Cristina, Coll de Cabra, Coll y estrecho de Lilla, Coll de Teixeta y Coll de Balaguer, que conducen, respectivamente, al Panadés, a la conca de Barberá, al alto Francolí, al Priorato y al bajo Ebro.»

Si, en la segunda mitad del siglo XIX, un escritor militar podía manifestar cuanto anteriormente queda escrito acerca de las comunicaciones en el Principado catalán, puede comprenderse lo que éstas serían a finales del siglo XVIII. Si no peores, serían, por lo menos, tan insuficientes. Esta falta de comunicaciones se hacía notar, y, hoy mismo, ocurre otro tanto en la zona que pudiéramos llamar pirenaica o fronteriza. Son nuestras comunicaciones actuales en esta zona, y veamos cómo se expresa Violant y Simorra en su obra «El Pirineo Español»:

«Nuestra cordillera, descontando su zona de Navarra, que se lleva la palma de las comunicaciones por carretera en general, está muy falta de vías para el tránsito rodado.

Cierto que la ribera central de todas las cuencas hidrográficas tiene su carretera más o menos buena, que llega hasta el poblado final de muchos valles. Pero son innumerables las aldeas que aún quedan incomunicadas y cuyos moradores deben hacer muchas leguas de camino, a pie o a caballo, para trasladarse a las poblaciones donde pasan los coches de línea. Además, las mejores carreteras van todas en sentido perpendicular a la cordillera; pero ésta carece casi en absoluto de comunicaciones transversales. En la mayoría de los casos (dejando aparte la ejemplar Navarra), para ir de un valle a otro se tiene que bajar primero a la vertiente meridional pirenaica, para subir luego por la parte que corresponde al lugar en cuestión. Menos mal que muchas empresas particulares han construido caminos forestales para la extracción de la madera, en camiones, aliviando así a muchos pueblos incomunicados. Otro tanto puede decirse de las carreteras construidas por las diferentes empresas hidráulicas que explotan los saltos de aguas pirenaicos.

Es en nuestros días, y aun se sigue notando la falta de comunicaciones dotadas de las características modernas. Habiendo de advertir, como lo hicimos antes, que sólo Navarra ofrece un marcado contraste con las demás regiones, respecto al buen servicio público de que está dotada, pues, en un solo día, se puede ir y venir de Pamplona a todos los valles próximos. Considerándose como zona estratégica la general del Pirineo, el trazado y construcción de toda carretera en esta zona montañosa reclamaba la aprobación del Ramo de Guerra, y se mantenía en éste el criterio de que, la carencia de vías carrozables, si no

aseguraba, por lo menos contribuía a fortalecer la defensa de la línea fronteriza.

Por no dar a este capítulo mayor extensión, remitimos a nuestros lectores al apéndice número 1, en donde damos cuenta de los pasos, vías principales y caminos existentes en la zona de los Pirineos orientales en tiempos de la guerra de España con la República Francesa. En este mismo apéndice se ofrece una sucinta relación de las que establecen la comunicación de la costa catalana con la nación vecina.

CAPITULO III

Breves consideraciones sobre la historia de Cataluña



QUEDAN expuestos en los dos capítulos anteriores los rasgos principales afectados por las características geográficas y topográficas del que había de ser teatro de las operaciones en la campaña que vamos a estudiar; y, según nuestro plan de investigación y exposición de materias, toca hacerlo ahora con cuanto se refiere al factor hombre en su más amplio concepto, dado que, tanto la opinión pública como la moral del país y del Ejército, habían de influir de un modo señaladísimo, por no afirmar que definitivo.

Nos corresponde, por consiguiente, esbozar, aun cuando sea a grandes rasgos, la historia de Cataluña, como base de todo juicio para apreciar el verdadero sentido de la actuación de los catalanes en la lucha entablada, que, como era lógico, había de revestir un carácter de extraordinaria importancia al verse el Principado catalán invadido por las tropas enemigas.

No se trataba ya de una empresa que trascendiera al orden general de las cosas, era una cuestión de vida o muerte para el pueblo catalán, en trance de perder su libertad, y verse objeto del odio y del salvajismo de los sicarios de la Revolución.

La historia de Cataluña afecta, desde el primer momento, dos aspectos esenciales: uno, como elemento propio, específico de su personalidad, y otro, como elemento integrante de la nacionalidad española, como órgano vital de su ser. Mas este trabajo de exposición histórica, no puede ser realizado, ni siquiera en forma breve, por nosotros, atendiendo a razones que están en el ánimo de cuantos lean este libro, no cabiendo suponer que exista lector alguno que ignore la historia de referencia. Dejaremos, pues, en el reposo de lo ya conocido, la designación de los primitivos pobladores de Cataluña, el establecimiento de los helenos en el Ampurdán, el paso de los cartagineses, la dominación de los romanos, la de los visigodos, la de los árabes...

Es del conocimiento general la institución de la Marca Hispánica por Carlomagno, las tradiciones del primitivo Condado de Barcelona, la formación del Principado Catalán, su unión al reino de Aragón, con el matrimonio de Ramón Berenguer IV con Petronila, soberana de este reino, siendo digno de ser tenido en cuenta que, dada la índole batalladora de los aragoneses, ésta se sobrepusiese al espíritu comercial de los catalanes, y así, fuese Aragón el que prestara a la nueva organización estatal, los signos exteriores de la monarquía, y el soberano de

la confederación se llamara simplemente rey de Aragón, aunque al mismo tiempo fuera conde de Barcelona.

Todo iniciado en el conocimiento de la historia de España sabe muy bien que con este Conde, Ramón Berenguer IV de Cataluña, que hubo de adoptar el nombre de Alfonso I en este estado, y de Alfonso II en el de Aragón, se inicia una monarquía catalano-aragonesa que, con Pedro II, empieza a revestir un señalado carácter, alcanzando, con su hijo Jaime I el Conquistador, extraordinaria importancia, y que al término de un período durante el cual la expansión catalano-aragonesa se desarrolla con caracteres épicos en el Mediterráneo y en las comarcas orientales del mismo, tras las luchas de Pedro IV el Ceremonioso con los *ricos homes* del reino, y con la muerte del rey Martín «el Humano» (1410), al no tener éste sucesión directa, hubo de dar fin a su existencia.

Es un hecho inusitado en la historia del Derecho Político, como acaecido en plena Edad Media y como expresión del alto sentido cívico de los pueblos que en él tomaron parte, el Compromiso de Caspe (1412). Este dió la posesión de la corona aragonesa al príncipe castellano, Fernando I de Antequera (1412-1416), estableciendo así una dinastía castellano-aragonesa, que, con el Rey Alfonso V, en cuyo reinado se llevó a cabo la conquista de Nápoles, alcanza su mayor esplendor, y que, finalmente, con Fernando I el Católico, esposo de Isabel de Castilla, deja sentada para siempre la base inconvencible de la nacionalidad española. Cataluña, como elemento integrante del Reino de Aragón, tras de haber abrigado un propósito manifiesto de dominación transpirenaica, toma parte en la reconquista general española, aunque con manifiesto retraso, y, cuando se le agota este recurso, se lanza al mar mediterráneo, para constituir, en la forma que hemos indicado, una nación poderosa. Hay que reconocer que la institución de Cataluña, como una unidad política, afectada de caracteres propios, es una tendencia que se manifiesta, enérgica, y decidida, desde los tiempos de los primeros pobladores hasta los tiempos modernos; mas fué, en plena Edad Media, con motivo de la invasión de los árabes, y de la Reconquista española, cuando dicha tendencia pudo llegar a encarnar, en una realidad palpitante y fecunda. Y es, precisamente, en los caracteres revestidos por esa Reconquista, en los que viene a establecerse una acusada diferencia, no sólo en los verdaderos móviles que hubieran de provocarla, sino en la forma misma de llevarla a cabo.

En la Reconquista española, los orígenes de la nacionalidad catalana afectan desde luego, el mismo carácter de los demás núcleos que hubieron de emprenderla a lo largo de la zona de los Pirineos ístmicos, mas no por lo que respecta a la comarca central, es decir, a la iniciada en las montañas de Asturias. En esta zona montañosa del NE. de nuestra Península, ante el empuje de los hijos del Profeta, los jefes, o caudillos independientes, se acogieron a su abrigo, atentos, únicamente, a conservar sus dominios, y a garantizar de cualquier modo su independencia, manteniéndose en el más completo aislamiento respecto de aque-

Los otros núcleos que la habían iniciado en el sector de los Pirineos cantábricos. El catalán, como el aragonés, no pretende, en modo alguno, tal cual desde el primer momento lo manifiestan los refugiados de Asturias, restaurar aquella monarquía visigótica que había perecido de modo tan decisivo a orillas del Guadalete, según la tradición, o del Barbate o Guadibeca según los historiadores eruditos modernos.

Convengamos en reconocer que los grupos de resistencia pirenaicos no constituyen en sus orígenes, *unidad* política alguna, hasta que, los reyes francos, en su propósito de rechazar y castigar las incursiones de los mahometanos en las comarcas meridionales de Francia, después de haber sido contenida su invasión por Carlos Martell en la célebre batalla de Poitiers, penetrando en territorio español, hubieron de agruparlos bajo su mando, de grado o por fuerza, para formar con ellos la Marca Hispánica, prestándoles una ayuda que imponían las circunstancias.

Esta invasión cristiana por los francos del territorio español a través del Pirineo, que en tiempo de Carlomagno alcanza su mayor intensidad, puede realizarse en este sector oriental del mismo, mucho más fácilmente que en el occidental, en donde el retorno de las huestes francesas ha de experimentar la terrible y legendaria derrota de Roncesvalles, y en la que, como es de casi todos sabido, hubo de perecer el héroe de la leyenda épica francesa, el famoso Roldán. Pero fué en el año 785, después de la venida de Carlomagno, cuando se inicia, realmente, la Reconquista de Cataluña, y es el rey franco el que instituye, con los territorios conquistados a los árabes, en el NE. de España, la referida Marca Hispánica, ensanchando, poco a poco, sus límites territoriales, a punto de que, en el año 814, al heredar Ludovico Pío el vasto imperio de su padre, llegara a comprender ya, los Condados de Barcelona, de Ausonia (Vich), Gerona, Ampurias, Cerdaña, Pallars y Ribagorza, pero condados, estos dos últimos, que pronto se hicieron independientes en tiempos del Conde Ramón I (785) para pasar luego, el primero a Cataluña, y entrar, el segundo, en los dominios del Rey de Aragón (1037).

No es, pues, en efecto, volvemos a repetirlo, la Reconquista Catalana la de la monarquía visigótica. Agregada a Cataluña por Ludovico Pío, la Septimania, formóse una demarcación territorial denominada el Marquesado de Gotia, compuesta de una agregación de condados catalanes, bajo la dependencia, más honorífica que real, del Conde de Barcelona.

La Marca Hispánica es positivamente el origen de Cataluña, como *unidad* política. Esta institución ha sido llevada a cabo por un poder extranjero, sin duda alguna, mas, desde el primer momento, ni los reyes franceses parecen demostrar un gran interés por la Marca Hispánica, ni los habitantes de ésta, una gran devoción por tales soberanos. El carácter hispánico parece establecer, desde el primer momento, una inquebrantable diferenciación. No existe lazo alguno que cordialmente les una. Los chispazos de la rebelión tenían que aparecer prontamente, y, así,

en un período de tiempo que transcurre del año 801 al 874, los condes : Bernardo (asesinado por el propio Emperador Carlos el Calvo) (1), Aladrán y Salomón, intentan romper todo vasallaje con el soberano franco. Durante el gobierno de Bernardo, llevóse a cabo la sublevación del caudillo moro visigótico Arizón, quien, aliándose a los sarracenos, manifestó claramente su propósito de alcanzar una independencia absoluta. En los tiempos del último conde citado, separáronse de la Marca Hispánica los Condados Ultrapirenaicos (865), quedando, por lo tanto, disueltos. En tiempos de Wifredo o Guifré, llamado «el Velloso» (874-898), la débil relación entre los Condes de Barcelona y los Reyes carolingios entra en un período en el que, los primeros, dependen, sólo nominalmente, de los segundos.

Mas la independencia de la Marca Hispánica no llegó a realizarse hasta el gobierno de Borrell II, quien, recobrando a Barcelona, que había caído en poder de los moros, y reparando los daños causados, se negó a reconocer por soberano a Hugo Capeto; negativa que no pudo o no quiso sancionar este Soberano, quedando así, implícitamente, reconocida su total independencia. En el reinado de Berenguer Ramón I (1018-1035), la Marca Hispánica era ya conocida por Condado de Barcelona. Hasta este momento, las guerras sostenidas por los Condes catalanes revisten el carácter de luchas por la defensa del terreno en que viven, no por la reconquista de *algo* que les hubiera pertenecido en siglos anteriores; y los condes catalanes fueron instituidos como tales por un pueblo que vino a la Península, no como recuperador de lo que el árabe le había arrebatado, sino como conquistador de un territorio que ambicionaba poseer.

Mas, no son estas breves referencias históricas las que nos interesan, sino la interpretación del proceso político de un pueblo que logró constituir un estado poderoso, con una historia y una cultura realmente propias, específicas. Y, como no son nuestras opiniones ni nuestros criterios, los que pretendemos imponer en el contenido de esta obra, transcribimos a continuación, los acertados conceptos expresados por Pi y Suñer, en la obra citada, los cuales estimamos como el juicio crítico más breve, pero más *sustancioso*, que ha podido formularse sobre el desarrollo histórico de Cataluña.

La exposición de la historia de Cataluña, por breve y sucinta que sea, ha de arrancar forzosamente de los tiempos prehistóricos, que fueron, particularmente, activos y complejos en lo que hoy es el territorio catalán. Los restos y objetos encontrados en las investigaciones arqueológicas, demuestran que, en las épocas inciertas y remotas del período prehistórico, se fué formando en Cataluña un pueblo que, al entrar en la historia, ofrece ya la mayor parte de los caracteres que perduran al largo de los siglos, hasta hoy. Lo que más tarde se llamará *el pueblo catalán*, y tardará muchos siglos, hasta la Edad Media, en adquirir la conciencia

(1) Este episodio es objeto de una composición poética del insigne poeta Zorrilla, titulada «Ecos de las Montañas».

de tal, se presenta en la autora de la historia, ya formado en sus grandes líneas generales.

«Este pueblo recibió desde los primeros tiempos, la acción colonizadora de los que eran entonces más civilizados. Los focenses se fijaron en su costa. La influencia griega, poco considerable en el aspecto étnico, lo fué mayor en el cultural, y, sobre todo, en el económico. Mucho más importante fué la influencia romana. Durante cerca de cinco siglos formó parte del mundo latino. No es de extrañar, por lo tanto, que la huella fuese honda y definitiva, y que se refleje aún en manifestaciones tan arraigadas como son: el derecho, las costumbres y la lengua. La población colonizada disfrutó de un largo período de paz, muy favorable al progreso de su vida colectiva y actividad económica, floreciendo entonces, como centro de cultura y de comercio, Tarragona. En su conjunto, la dominación romana, favoreció el desarrollo de la civilización, el trabajo y la riqueza».

«Las invasiones de los pueblos bárbaros pusieron fin, de momento, al régimen social vigente. El territorio catalán, como más tarde el resto de la Península, fué dominado por los visigodos. Entonces empezó a dibujarse el régimen feudal que estructuró socialmente a Cataluña en los tiempos medioevales. Los visigodos habían asimilado parte de la civilización latina, y su dominación, en general pacífica, no influyó grandemente sobre la población, que, pasadas las primeras perturbaciones, siguió su evolución social, en forma análoga a la de los demás países del occidente europeo».

«Este lento proceso, fué, en cambio, perturbado totalmente por la invasión sarracena. Llegaron los árabes desde el Africa a la Península y después de conquistarla rápidamente, intentaron pasar a la Galia. Era natural que ejercieran una fuerte presión en Cataluña, que les representaba el camino de Europa, como lo fué también recíprocamente, que los francos contribuyeran con finalidad defensiva a las luchas iniciales de la Reconquista. El territorio catalán quedó ocupado por los árabes, salvo algunos altos valles pirenaicos, difícilmente accesibles. De ellos salieron los guerreros que empezaron a reconquistarlo. Las tierras recuperadas constituyeron la Marca Hispánica, dominio fronterizo de objetivo estratégico para detener el empuje de los árabes. La organización estatal de Cataluña se creó, por lo tanto, como el escudo de Europa, ante las posibles incursiones africanas. La obra tenaz y heroica de la Reconquista peninsular, cerró para siempre a los árabes el camino, de tal manera, que cuando más tarde recrudeció la amenaza, hubo de venir, llevada por los turcos, desde el Oriente».

«La soberanía franca fué debilitándose insensiblemente, y Cataluña se desprendió del tronco carolingio, sin violencias. Al mismo tiempo, el Condado de Barcelona fué consiguiendo la hegemonía sobre los restantes. El esfuerzo más constante en la época condal era el dirigido a la reconquista del territorio, llevado a cabo con tenaz y ruda energía. Pero, paralelamente a la acción guerrera, seguía la de reconstrucción

interior. En este aspecto fué muy favorable la influencia carolingia, aún después de dejarse de ejercer directamente, y a su impulso, el feudalismo fué estructurando la vida social en una forma adecuada a las condiciones del momento».

«Plasmada Cataluña en un pequeño territorio, y creada por un esfuerzo que tuvo inicialmente un gran empuje, tendió desde el primer momento a la expansión, a la cual se le presentaban como posibles, varios caminos. Ninguno fué fácil, ni pudo ser logrado. El contacto, las relaciones y mutuas dependencias con los condados del mediodía francés parecían facilitar la expansión en dicho sentido, pero pronto quedó cerrada esta dirección. Las luchas de la Reconquista señalaban otra en el territorio peninsular, que fué, sin embargo, dificultada, además del retraso cronológico, por factores geográficos y por el convenio tácito, sino impuesto por la misma geografía de reservarse los diferentes reinos peninsulares las zonas que les correspondía hacia el S. Quedaba como única línea de crecimiento, el reino de Valencia, tenazmente defendido por los árabes. Conquistarlo, fué la gloria de Jaime I. Pero, una vez recuperar la tierra valenciana, la expansión peninsular encontró su límite, quedando, por lo tanto, sólo abiertas las rutas del mar».

«La otra conquista de Jaime I, la de Mallorca, es el primer paso en este sentido. En el reinado de leyenda de su hijo, Pedro III, la influencia llega a otra isla, Sicilia, y empieza la epopeya mediterránea, en el curso de la cual los catalanes, dominan Nápoles y Cerdeña, y llevan sus naves y sus soldados hasta Bizancio y Atenas. Y al mismo tiempo se extiende conjuntamente por el Mediterráneo la actividad comercial. Las corporaciones gremiales desarrollan la industria. Instituciones democráticas hacen de Barcelona una verdadera república municipal, de manera que en los últimos siglos de la Edad Media está convertida en una de las ciudades más activas del mundo europeo».

«Al morir Martín el Humano se produce un cambio de dinastía que preludia la decadencia catalana. Cuando Fernando el Católico realiza, por su casamiento con Isabel, la unidad española, Cataluña ya no está en condiciones de ejercer notable influencia en la nueva monarquía. La depresión llega a afectar también a la actividad económica. No la afecta empero tan hondamente, que alcance, salvo en años de carestía inevitables, una extrema gravedad. Mientras la agricultura pasa por un período próspero, la industria y el comercio decaen, pero no desaparecen, y el trabajo sostiene la vida social».

«En la segunda mitad del siglo XVIII se revela un renacimiento del pueblo catalán. Las corrientes generales del pensamiento son más favorables a sus aptitudes. Cataluña, al ritmo de la evolución de la época, renace, sobre todo en el aspecto económico. Se crean las primeras fábricas, la industria se desarrolla rápidamente en Barcelona y otras localidades, y se inicia con intensidad el comercio de ultramar. La nueva ideología resulta simpática al fondo liberal del espíritu catalán, pero, sin embargo, el pueblo, aferrado fuertemente a la tradición, lucha con incansa-

ble energía, primero contra la Convención, y luego, contra los ejércitos napoleónicos, sosteniendo una guerra durísima y constante.

«Restablecida la paz se destacan, en el ochocientos catalán, tres hechos o procesos que lo caracterizan. El primero de carácter económico, es el desarrollo firme y progresivo de la industria, que imprime su sello a la época, y trae aparejada la actividad del comercio y de la marina. El segundo, de aspecto político, lo constituye la lucha de las ideas. Barcelona ve numerosas asonadas y motines, mientras que, en el campo, se enciende la guerra civil. A pesar del flujo y reflujo inevitables, se afirma en el pueblo catalán un sentimiento liberal y democrático. El tercer proceso es artístico y literario. La intelectualidad catalana, fuertemente influida por el romanticismo, estudia el pasado, exalta la tradición, glosa las antiguas leyendas, hace revivir una lengua y crea una literatura, de manera que lo que al principio era sólo inspiración de artista o trabajo de erudito, toma mayor amplitud y adquiere un hondo valor social. Al terminar el siglo, los tres procesos simultáneos convergen y se funden en una conclusión común, la conciencia de la personalidad colectiva».

Un proceso histórico como el que acaba de expresarse, una evolución desarrollada por la influencia de factores étnicos, físicos y morales tan netamente definidos, no podía por menos de dar lugar a la formación de una unidad políticosocial con vida propia, con cultura no menos propia también con potencialidad más que suficiente para la realización de un destino histórico. Todo fué surgiendo en el área catalana como un conjunto vigoroso, dinámico, expansivo, y así llegó a formarse un idioma lleno de entonación y de fuerza expresiva, como cualquier otro de sus hermanos neolatinos; una Literatura y unas Bellas Artes, y, por mejor decir, una cultura verdaderamente espléndida y una riqueza industrial, poderosa y emprendedora.

La exactitud, la realidad de cuanto estamos exponiendo, no puede ser negada por nadie que conozca a fondo la materia de que estamos tratando. Mas si esto es así, ¿cómo puede extrañarnos que un pueblo en estas condiciones no deje de sentirse plenamente capacitado en momentos de exaltación pasional para constituir un conjunto orgánico, con vida y personalidad propias? Pero, ahora bien, ¿qué puede representar esta conciencia íntima de su personalidad poseída por el pueblo catalán?

No cabe desconocer ante las elocuentes enseñanzas de la realidad histórica la importancia grande que el movimiento de 1793 alcanzó en Cataluña. «Cierto, que no fué menor en otras partes de España», pero como ha podido exponerse con toda exactitud y justicia por Ossorio y Gallardo: «Esta analogía en el esfuerzo, sirve para probar con cuanta verdad he dicho que Cataluña subordinó sus sentimientos regionales a necesidades de orden superior, y que el Gobierno tenía allí un venero que, puesto al calor de ideales carísimos a los catalanes, hubiera centuplicado la cuantía y la eficacia de su abnegada bravura».

Mucho pudiéramos seguir hablando acerca de las características que

el proceso histórico ha ido dejando marcadas en la personalidad catalana, pero estimamos que con lo expuesto anteriormente, hay elementos de juicio bastantes para poder interpretar muchos de los episodios de los que vamos a dar detallada cuenta; pero, de todos modos, juzgaríamos que quedaría incompleto nuestro trabajo si no transcribiésemos, a continuación, la síntesis histórica que desde el punto de vista militar expone Fervel, pudiéndosela considerar como la interpretación francesa más autorizada de la misma desde el citado punto de vista.

Las consideraciones geográficas en el aspecto militar llevan al ilustre historiador francés a declarar que, «en armonía con la condición moral de sus habitantes así también, «Cataluña es una tierra clásica de combates y de revueltas, pudiendo resumir toda su historia dentro del cuadro de las sangrientas y memorables luchas que ha sostenido ininterrumpidamente por su independencia desde los tiempos más remotos».

«Sábese los amargos disgustos que causaron a sus primeros conquistadores, a los cartagineses y a los romanos sobre todo, estos temibles montañeses. Recuérdese cómo, a continuación, cuando la ola de los bárbaros penetraba a la vez por todas las brechas del imperio de Occidente, siempre ésta, encontró en los Pirineos orientales un dique insuperable; recuérdese, asimismo, que tan sólo corriéndose a lo largo de la cadena hacia el Oeste es como pudieron encontrar paso para realizar su irrupción en España; y, por último, con gran frecuencia, después de haber inundado la Península, que acababan de arrasar, ir a estrellarse varias veces contra el escollo de Cataluña».

«Un momento envueltas en el huracán que, desde las costas de África a las crestas de los Pirineos, arrastraba con la rapidez del rayo, la dominación enervante de los bárbaros del norte, la indomable provincia, después de sesenta años escasos de una indócil sumisión, desafiaba el alfanje musulmán bajo el cual la Península había de combatir todavía, durante ocho siglos. Es cierto que se había invocado y recibido contra los infieles el apoyo de Carlomagno, apoyo que tiene sus peligros; pues ¡cuántas veces él ha sido la causa de la pérdida de la independencia de las naciones! Pero el reconocimiento de los habitantes de Cataluña hacia el nuevo Emperador de Occidente no adormeció, ni por un instante tan sólo, su celosa vigilancia, y así, estos bravos protegidos no consintieron en reconocer a los condes de Barcelona, instituidos por su todo poderoso libertador, hasta que se les hubo garantizado las más amplias franquicias. Y así, más tarde, consintieron en dejarse gobernar por los Reyes de Aragón, lo fué todavía, y únicamente, después de las condiciones pactadas por virtud de las cuales no se reconocerían en estos reyes más que su condición de Condes de Barcelona, y que, además de sus antiguos privilegios, acumularían los del reino de Aragón, ya singularmente libre en medio de la esclavitud general de Europa. Impacientes todavía con estas ligeras trabas buscaron bien pronto el sustraerse de ellas, encaminándose hacia el Mediterráneo, en donde encontraban un campo más libre. Es de este modo cómo, en la

Edad Media, los catalanes vinieron a ser renombrados navegantes que llevaron a todos lados, a todas las costas lejanas, su inquietud y devoradora actividad».

«Publica Fervel dos notas interesantes, indicando en una de ellas que, para mejor resistir a los árabes, Carlomagno reunió en la cabeza de uno de sus vasallos, Cataluña y todo el litoral del Mediterráneo hasta las bocas del Ródano. Pero después de la muerte del Emperador y de su hijo, un heredero del vasallo en lugar de hacer la guerra a los infieles la hizo a los cristianos y queriendo engrandecer sus estados por el Norte marchó a sitiar Tolosa. Fué entonces, en el año 860, cuando Carlos «el Calvo» subdividió este feudo en dos partes, separadas por los Corbières. La elección de esta frontera constituyó una gran falta que logró no ser reparada hasta ocho siglos más tarde.»

En la otra nota, Fervel hace constar que, en efecto, fué el reino de Aragón el primer estado constitucional de Europa, lo cual da testimonio de la elevada dignidad ciudadana de que estaban poseídos los habitantes de esta brava región española.

Las consideraciones que posteriormente hace el historiador de referencia merecen ser ya acogidas con cierta reserva: «Al salir de este período en el siglo XVI—expone—fué preciso hacer algunas concesiones a los Soberanos que volviendo a representar en el mundo el papel de los romanos, aspiraban a la monarquía universal, y tenían a las puertas de Cataluña, el centro de una dominación que abarcaba los dos hemisferios. Más ni las victorias de Carlos V, ni la sombría y tiránica ambición de Felipe II, no pudieron desarraigar las franquicias de este pequeño pueblo, que así supo resistir las seducciones de la gloria del espíritu de conquista. Siempre, a prueba de estas seducciones, descuidó la más delicada, pero la más peligrosa: la monarquía española descuidó ensayar, en estos rudos vasallos, la concesión de altos empleos, de ricos favores que se agolpaban alrededor de Madrid y colmaban a la blanda y complaciente Castilla. Esta correspondencia abdicaba el resto de independencia que le había quedado y se plegaba bajo el yugo degradante de la Inquisición, en tanto que se quemaban a los inquisidores de las provincias del E. Entonces, cuando una vieja y desdeñosa aversión de raza, que los catalanes habían sentido siempre por los castellanos, cuando vieron añadirse a ellos los abrasadores agravios de la envidia y de los intereses menospreciados, la medida fué colmada, y estallando en una revolución el odio de estos corazones ulcerados, se entregaron a la dominación francesa».

«Pero los hábitos conquistadores de sus liberadores iban mal con un orgullo tan quisquilloso, y volvieron a llamar a sus antiguos dueños. Siempre tan fatigados de éstos como de los otros y, no obstante, demasiado débiles para gobernarse por sí mismos, adoptaron el papel de una constante irresolución, fallando para escapar siempre de sus manos, las esperanzas de cada partido, y doblegándose, en todo momento, a la proximidad del freno castigador. Las almas ardientes y atormentadas

son infieles a sus odios de la víspera, como a sus caprichosas alianzas del día siguiente. Es la prueba del agravio que hace inclinar la balanza».

«Tales eran, entre las exacciones de los magistrados de Madrid y las violencias de las guarniciones francesas, las oscilaciones de los catalanes hasta que un rey francés, llamado por Castilla, vino a darles ocasión de confundir en uno su doble odio. De aquí la causa de la desesperada resistencia a la Casa de Borbón, que causó durante algunos años el asombro y la admiración de Europa, resistencia por la cual los privilegios de Cataluña experimentaron un último y doloroso naufragio, tan doloroso que las víctimas no lo habían todavía perdonado al nombre francés cuando estalló la Revolución. «Mas libre de prejuicios el historiador francés enfoca la interpretación de los hechos acaecidos en el período de la guerra que estamos considerando». Esta Revolución, cuya avidez de propaganda quería hacer de Cataluña una república independiente, pensaba así establecer del otro lado de los montes un arsenal político dentro de una plaza fuerte. Más otras eran las atenciones del Comité del Terror, sin preocuparse de estas poblaciones lejanas, y los termidorianos estaban demasiado deseosos de dar a Europa una prueba de moderación acordando conceder a la España vencida una paz generosa para abordar una cuestión que no había ni aflorado siquiera sus gastos preliminares».

«Los misioneros de la Revolución obtenían fácilmente algunos éxitos en Barcelona y en el litoral; pero, como la *ternura* de los catalanes por la libertad no es en el fondo otra cosa que un amor exclusivo por su absoluta independencia, si participaban de nuestros principios, era para traducirlos a su modo, y, por ellos, no estaban menos dispuestos a rechazar la mano que se les proporcionaba. En vano Dugommier, cuya imaginación se dejaba muchas veces arrastrar por las generosas ilusiones de su corazón, esperó inútilmente el conseguir atraerlos, aprovechando su respeto hacia el culto religioso y la propiedad. Un pueblo adorador de la fuerza llama a la moderación blanda, y si tiene como éste la pasión de la independencia, el estandarte de la fraternidad no es jamás, a sus ojos, otra cosa que la bandera de la dominación extranjera».

»Por esta causa, apenas los catalanes vieron sus hogares amenazados, cuando se sublevaron en un conjunto verdaderamente formidable, y con una confianza en sí mismos que, desde luego, hacía más honor a su patriotismo que a su juicio; pues llegaron a aventurar a Madrid la extraña proposición de *encargarse, ellos solos, de la defensa de su territorio contra la República victoriosa*».

Ante la realidad de estos hechos y de estas circunstancias, Fervel puede declarar, con toda razón, que: «el ejército francés al penetrar en Cataluña iba pues, a verse en el caso no solamente de combatir con las tropas del Rey de España, sino con una vasta y belicosa provincia que también se levantaba en defensa de su nacionalidad». (*L'armée fran-*

caise, en penetrant d'Espagne, mais á une vaste et belliqueuse province qui, elle aussi, se levait pour sa nationalité».

Si esto es así, es necesario convenir, una vez más, en lo equivocado de la suposición francesa de que, al invadir las tropas de la Revolución el Principado catalán, los naturales habían de acogerlos con los brazos abiertos. El patriotismo de los catalanes supo manifestarse en esta ocasión, como en otras muchas, revestido de los más elevados caracteres de *dignidad* y de respeto no sólo a las tradiciones del país sino a las de España entera. ¡Obraron como lo requerían las circunstancias. No cabía hacer más!



CAPITULO IV

La opinión pública española al comenzar el año 1794



UN más que el desarrollo de los acontecimientos en la zona de los Pirineos occidentales, el resultado de la Campaña del Rosellón había operado, en la opinión pública española, un cambio notable: «todas las referencias históricas convienen en que el entusiasmo nacional con que se había recibido la declaración de guerra, en 1793, estaba extinto, o poco menos, a los principios de 1794...» ¿A qué era debido este cambio radical? «los escritores franceses achacan este fenómeno a la propaganda revolucionaria, hábilmente dirigida por los agentes de la Convención». Así lo expone Angel Salcedo Ruiz, en su interesante obra «La época de Goya», y añade: «algo debió haber de esto, pero era tan considerable la masa de los antirrevolucionarios, y tan exiguos, aunque valiosos e influyentes, los elementos en que esta propaganda pudo hacer efecto, al menos indirectamente, que es preciso buscar otras causas».

Nuestro escritor no tarda en dar con ellas, sobre todo, con dos eficacísimas, que, desde luego, saltan a la vista. Una es, el desencanto que produjo la campaña, sobre todo, al convencerse la opinión pública de que nada podía esperarse ya, del rumbo emprendido por los acontecimientos: «Se habían esperado grandes efectos: el vencimiento de la Revolución, los soldados españoles atravesando a tambor batiente el territorio francés, liberando en París a la Familia Real que aún gemía en cautiverio, restableciendo el culto católico y castigando duramente a los jacobinos...». El desencanto no podía ser mayor ni estar más justificado. ¡Tan generosas esperanzas, tan brillantes perspectivas, habían resultado vanas y fantásticas quimeras! «Nada de esto había sucedido: los éxitos del ejército del Rosellón, tan ponderados por la «Gaceta», redujéronse a la ocupación de unos cuantos pueblecitos en la falda septentrional de la cordillera pirenaica», aunque haya que reconocer, y ser claro, que, «dadas las circunstancias y los medios con que había sido realizado este poco, era mucho y tenía insigne mérito, pero mérito del que justiprecian los militares y personas listas y entendidas de otras carreras». Mas, «para la multitud, todo esto era estimado como si no se hubiera hecho nada» y, realmente, tenemos que convenir en que, efectivamente, por lo que se refería al fin político de la guerra, *nada se había hecho*.

Acertada es la indicación que, a este propósito, hace Salcedo Ruiz, al advertir, cómo a todo lo anterior, conviene añadir el hecho incontrastable de que, para la multitud, eran absolutamente desconocidas las

circunstancias de inferioridad en que nos encontrábamos respecto de Francia. (Funesto desconocimiento que parece haber sido, y ser en todo momento, *el caso español*). «Lejos de eso, creía firmemente el pueblo que, España, era muy poderosa, capaz de las más difíciles empresas; y someter a los revolucionarios franceses, antojábase a todos, de las más fáciles». Pero nada de lo presumido se había realizado, y: «todo esto, producía general descontento en la opinión; se sentía la gente, no amilanada sino engañada, veíase flotar algo inexplicable, para los más, una traición. Por lo pronto, nadie se allanaba a nuevos sacrificios, que se consideraban absolutamente estériles».

Tal era la principal causa que había producido tan radical cambio en la opinión pública sobre la guerra. «La segunda se relacionaba con la anterior. En estados de ánimo como el descrito, los pueblos buscan a alguien sobre quien echar la culpa de su desgracia, y ese *alguien*, suele ser el Gobierno. Nosotros, se dice, hemos hecho cuanto estaba de nuestra parte: hemos dado nuestros hijos y nuestro dinero. ¿Por qué, pues, no se ha realizado el milagro? La falta es, seguramente, del Gobierno. Y las miradas se vuelven todas contra el que manda, y, justa o injustamente es acusado de traición, de ignorancia, de incapacidad, de negligencia o de todo a la vez; el caso es personalizar en un objetivo concreto la rabia que todos sienten y salvar el honor colectivo, deshonrando a uno o a varios individuos».

Y no son aventurados los conceptos de Salcedo Ruiz, pues, todo cuanto acabamos de exponer, coincide con lo manifestado por el ilustre General Gómez de Arteche, en su «Historia del reinado de Carlos IV»: «Absorto el ánimo de nuestros gobernantes con los sucesos de la campaña de 1793, pocas, y de muy pequeña importancia, habían sido las resoluciones que tomaran en los demás ramos de la Administración Pública. La guerra no había extendido sus estragos sino a contados lugares del suelo patrio, y éstos, puede decirse, que insignificantes; los intereses coloniales estaban completamente garantidos con haberse estrechado como nunca, los lazos de nuestra alianza con Inglaterra, y la gloria adquirida en los Pirineos por la nación española, única vencedora en la gigantesca lucha de la Francia republicana con la Europa toda, producían esa quietud que, desgraciadamente, iba luego a traducirse en la indiferencia que caracteriza a nuestros compatriotas, y, entonces, a todo país regido por iguales instituciones».

«Porque si es exacto y sumamente honroso, el arranque de los españoles al saber la catástrofe del 21 de enero, en la antigua plaza de Luis XV, después de la Revolución, inspirándose en el espíritu, altamente conservador, de sus mayores, y dejándose llevar de los sentimientos monárquicos y religiosos que forman el fondo de nuestro carácter nacional, también es cierto que, fueron luego aflojando en su empeño o por no ver en riesgo sus hogares, razón la más potente de las explosiones patrióticas, o por los espectáculos que ofrecían el gobierno de la Nación, entregado a manos manifiestamente ineptas, y la Cor-

te, a ojos vistas también, corrompida como nunca se pudiera imaginar. Los donativos, con efecto, disminuían en proporciones alarmantes, si, apareciendo todavía algunos en la «Gaceta», no pocos de ellos, de fecha atrasada y nunca suficientes para compensar los inmensos gastos de la guerra, y la prestación personal se había ya reducido a la forzosa de una quinta, considerándose que las circunstancias no provocaban, como en nuestra enemiga la República francesa, a los alistamientos generales, mejor dicho, al alzamiento en masa decretado por la Convención, y que el Terror hacía efectivo, faltando así, a nuestros ejércitos de la frontera, el alimento necesariamente diario que exigían las bajas de toda índole que en ellos se experimentaban. En la capital de la Monarquía se agitaba, por otro lado, la opinión, si, casi unánime un año antes por la guerra, teniéndola por ineludible para la dignidad de España y el decoro de su Soberano, dividida ahora y dudosa, creyendo en mucha parte satisfechos esos motivos, y preocupada en cuanto a las eventualidades de un futuro envuelto en nieblas y, de todos modos, augurando sacrificios acaso imposibles de resistir. Y como no se veía al Gobierno arbitrar recursos bastantes para hacer frente a tantas y tan perentorias necesidades, torpe, como se mostraba, y sin la conciencia de sus deberes, ni a la Corte variar en su manera de ser, perdiendo el tiempo preciso para dirigir con alguna probabilidad de acierto los asuntos de Estado más importantes y urgentes, en sus acostumbradas cacerías o en las fiestas, unas alegres y otras tristes, consecuencia de lo numeroso de la Familia Real y de las etiquetas palaciegas, comenzaban a decaer los ánimos de su anterior entusiasmo, a desconfiar de sus propias fuerzas, a no reconocer en los gobernantes aquella previsión que había hecho la gloria de los Ensenada y Floridablanca, ni en el Monarca mismo el carácter, los talentos, ni el celo y la actividad de Carlos III, muerto cuando tan necesarias se hacían aquellas sus cualidades más sobresalientes. Es verdad que, como ya hemos dicho en capítulos anteriores, Floridablanca había dejado resueltos los problemas de mayor trascendencia para la agricultura y el comercio, según las ideas y procedimientos de aquellos tiempos; y ni Aranda en los pocos meses de su ministerio, ni Alcudia en los que llevaba de gobernar, como los Secretarios de Despacho, encargados especialmente de la Administración en sus diferentes Ramos, hallaban nada que introducir de nuevo, ni qué modificar. Así es que sólo se atendía a los asuntos del Ejército y, aun en ellos, era rara la variación que se introdujera respecto a sus organismos, limitándose a la creación de algún Cuerpo, a que se agregaban los voluntarios ofrecidos por los pueblos o la Grandeza; al aumento de Compañías en los Batallones de línea y aun al de la Fuerza en todos, sustituyendo las gratificaciones de criados con los Trabantes que tenían plaza de soldados. La organización de la Compañía Americana en el Cuerpo de Guardia de Corps, una ligera reforma en las legiones de emigrados franceses de los Pirineos y Saint-Simón, el establecimiento de una Escuela de Equitación en Madrid, el cambio del paño blanco

por el pardo, en el uniforme de la Infantería, y el de los bucles del peinado por las patillas y las alas de pichón; esto es cuanto le ocurrió a Godoy reformar en el tiempo intermedio de la primera a la segunda campaña de la guerra con la República francesa.»

Todo cuanto anteriormente se expone, entra en la categoría de las cosas innegables, y así puede afirmarse, sin reserva alguna que, al finalizar el año 1793, y comenzar el año de 1794, muy pocos eran los que sentían interés alguno por la guerra que España sostenía a lo largo de los Pirineos. El abandono en que positivamente estaba el Ejército de operaciones lo prueba, como dice el General Gómez de Arteche, la carencia absoluta de decretos o disposiciones referentes al mismo que tuvieran alguna importancia (1); con las anteriormente indicadas poco podrían mejorarse nuestros elementos de guerra, los cuales, con las pérdidas y desgaste naturales ofrecidas por la lucha, iban siendo cada vez más deficientes. Hecho, en esta ocasión, tanto más sensible por cuanto en el campo enemigo constantemente se estaban recibiendo refuerzos de todos órdenes. Dada la situación política y social de nuestra Patria, era lógico que tal fuese la marcha de los acontecimientos. Al frente del Gobierno figuraba un hombre aventurado, uno de esos acariciados por la fortuna, a los que, generalmente, ciega la rápida ascensión de su triunfo. Que Godoy era listo, es cosa que merece ser declarada, pero que, desde el primer momento, estuviese capacitado para ser un perfecto hombre de Estado, esto ya es otra cosa. Con el tiempo adquirió cierta práctica de mando y una facultad de rápido despacho de los asuntos, pero dominado ante la marcha de los acontecimientos por una completa vacilación y una constante duda, sin esperanza alguna en el triunfo de una causa que veía marchar, si no torpemente, por lo menos, de modo dificultoso, todo su acierto consistió en poner a Ricardos y Caro al frente de los Ejércitos, aunque el célebre favorito, en sus Memorias, se atribuya un papel más decisivo y circunstancial.

En tal estado de vacilación y de duda, como veremos más adelante en el relato de la campaña, se llegó a creer fuese una medida indispensable el celebrar una sesión en Madrid, a la que asistieran los tres Generales, Ricardos, el Príncipe de Castellfranco y Caro; que, en efecto, hubo de celebrarse en el Consejo de Estado, el 14 de marzo de 1794, con asistencia, además de los citados, del Conde de Aranda como Decano de este alto organismo, el Duque de Alcudia, el de Almodóvar, el Marqués de Astorga, el del Socorro, Caballero, el Conde de Campo Alange, el de Colomera, el de Campomanes, Valdés, Flores, Gardoqui, Pacheco, Llaguno y Arduaga como Secretario.

De lo que pudo decirse y pasar en este debate no cabe hacer afirmaciones terminantes, pues no existen más fuentes de conocimiento que lo escrito por Muriel, quien asegura que el Conde de Toreno

(1) En efecto, la documentación que figura en el Archivo Militar correspondiente a esta Campaña de 1794 no reviste interés alguno, pues se refiere a comunicaciones de carácter personal o de régimen interior administrativo.

hubo de facilitarle el acta de la célebre sesión, basando en tan autorizado documento su relato, y lo que declara Godoy en sus famosas «Memorias». «Este último no merece ninguna fe» expone Salcedo Ruiz, y añade: «está compuesto con poco arte, o, mejor dicho, amañado con un fin no ya justificativo, sino panegirista, y aun glorificador del personaje inspirador y supuesto autor del libro». La relación de Muriel parece más probable, aunque, por falta de comprobantes, tampoco puede recibir un asentimiento absoluto. Después de todo, la substancia se reduce a que el Conde de Aranda insistía en sus puntos de vista, tantas veces expuestos, contrarios a la guerra, y que Godoy defendió su continuación. Los ánimos se acalararon en la controversia, diferenciando mucho las versiones acerca del punto a que llegó tal acaloramiento. Lo cierto es que el Rey decidió seguir las hostilidades, y que dos horas después del Consejo, recibía el Conde de Aranda la visita del Secretario Anduaga, encargado de recogerle todos los papeles políticos que tuviese, y la del Gobernador de Aranjuez, con orden del Ministro de la Guerra, para que partiese inmediatamente para Jaén en un coche que llevó, al efecto, dicho funcionario.

Ahora bien, si Salcedo Ruiz no se encuentra en condiciones de poder facilitar más noticias acerca de la importante sesión del 14 de marzo de 1794, Gómez de Arteche, en cambio, en la obra que conocemos, facilita una extensa información del mismo, basada en las declaraciones de Muriel. Advertiremos, previamente, que los asistentes a la citada sesión del Consejo de Estado podían llevar, y sin duda alguna llevaban, como elementos fundamentales de juicio, una comunicación que el General Ricardos había dirigido al Gobierno, anunciando que se acentaban grandes desastres dimanados de las malísimas condiciones materiales y morales en que se hallaba el Ejército, y un informe que el Conde de Aranda, que no había podido asistir a las sesiones anteriores del Consejo de Estado, por efecto de una caída, había enviado, el 13 de marzo, explicando en él sus ideas. La información o reseña de Gómez de Arteche no puede ser más interesante y detallada, y, en ella, se dice lo siguiente:

«Si desde antes de declararse la guerra existía en Madrid un partido que no la aprobaba, corto en número y recatado, según las Memorias de Godoy, y compuesto especialmente de gente letrada, jóvenes abogados, profesores de Ciencias y estudiantes, pero sin que les faltara el apoyo de las clases elevadas, ese partido creció, y se hizo más atrevido, al tener noticia de los triunfos alcanzados por la Francia sobre la, en concepto de todos formidable, coalición de las naciones del Norte. No es de extrañar que, al discurrir sobre las consecuencias de aquellas victorias, calculasen sus observadores que vendrían, días antes o después, a extenderse sobre nuestras fronteras, ya que los armamentos de la República, si lentos en un principio y sucesivos, habían acabado por traducirse en uno solo, pero general y simultáneo, parando en una constitución militar, sola también, la de la «Nación armada», como ahora

se la llama. Ese partido de la paz tenía, pues, al pensarse en la futura campaña, muchos e influyentes secuaces, pero, a decir verdad, más que por terminar la lucha con la Francia revolucionaria, de cuyos excesos abominaban, apasionados por ver cuanto antes vencido por ellos, y rechazado por la corte, al presuntuoso y prepotente valido».

«Continuaba dirigiéndolos el Conde de Aranda, consecuente en sus ideas conciliadoras para con la Francia, fuese por sus tan arraigadas aficiones a los iniciadores de la Revolución, aquellos filósofos sus amigos, aun cuando muertos muchos y oscurecidos los demás por el humo sangriento del Terror, fuese por la terquedad que llegó a hacerse proverbial en él. Y como ahora se ofrecía nueva ocasión de mantener sus opiniones ante el Rey, que un año antes las había desatendido, y en el Consejo de Estado, donde creería hallar algún apoyo por razón de presidirlo, las volvió a reproducir con mayor solemnidad, por consiguiente, y esperando una victoria decisiva sobre un rival que mal podía, además, comparársele en carrera, servicios ni respetabilidad.»

«Por más que en el Consejo se trató de plantear la cuestión militar y no la política, era muy difícil, si no imposible, que no se extraviara la discusión sobre ese punto en un cuerpo en que la mayoría de sus miembros de lo que menos debían entender era de las cosas de la guerra, sobre todo de sus procedimientos y planes de campaña. ¿A qué entonces llevar al Consejo esa cuestión, y a qué insistir tanto después de Godoy en que cualquier proposición que se presentara fuera de ese tema sería improcedente y extemporánea? Y sucedió en el Consejo lo que no podía menos de acontecer, lo que la previsión más vulgar debía haber mucho antes adivinado; que surgió la magna cuestión de si aquella guerra era o no impolítica, y si convenía o no proseguirla en los términos que hasta entonces según los resultados de la campaña anterior y la situación respectiva de las naciones que habían tomado parte en ella».

Nuestro ilustre historiador manifiesta que, según lo sospechaba Godoy, abrió el camino a la oposición el Conde de Aranda, comenzándose la discusión a raíz de la lectura del antes mencionado escrito suyo del 3 de marzo. «Aranda declaraba injusta aquella guerra por no conceder a nación alguna derecho para mezclarse en los asuntos interiores de las demás comprometiendo la salud del Estado, por más que, en aquel caso, mediasen intereses de familia sumamente respetables, pero que debían sacrificarse al bienestar de la Patria, ley suprema, decía, ante la cual deben desaparecer los intereses todos y afectaciones particulares. Era, además, impolítica, porque daba lugar a las represalias en igual sentido al que pretendía inclinarse la intervención española, cuando la conveniencia y la historia aconsejaban unirse cada vez más estrechamente a la Francia, para evitar que la Inglaterra, enemiga en un principio de mezclarse en los asuntos de su rival secular, decidida después por el restablecimiento de la monarquía, y dando subsidios importantes a los soberanos y príncipes de Alemania,

armase escuadras numerosas y comprometiese más y más a España, con el intento, esto último sobre todo otro, de destruir el poder marítimo de las dos únicas naciones que, unidas, pudieran hacer sombra al suyo. La Inglaterra no iba a olvidar nuestra conducta para con ella en la América del Norte, y difícilmente, se le presentaría ocasión más propicia para vengarse en las colonias que poseíamos en aquel continente, precisamente algunas muy próximas a las en que, como suyas, podría reunir fuerzas considerables».

«Luego, además de injusta e impolítica, la guerra iba a resultar ruínosa para España, vulnerable, de un lado, en Europa, por ser los ingleses dueños de Gibraltar, y, tener, de otro, una gran base para sus operaciones militares en la Península desde Portugal, que podía, también, considerarse como una provincia de la Gran Bretaña. Todo eso sin contar con el estado lamentable en que se hallaba nuestra Hacienda sobrecargada de una deuda enorme, la ruina de las varias cajas creadas en favor del comercio y para restablecer el crédito, que habían echado por tierra las guerras marítimas anteriores, y los gastos de la campaña pasada que, aun cuando no había exigido empréstitos, y en esto elogiaba la conducta del Gobierno, acabarían por dejar exhausto el Tesoro».

«Añadía el Conde que iba decayendo no poco el espíritu público, el entusiasmo verdaderamente extraordinario, que se había producido con las primeras causas de la guerra; que iban faltando los donativos que tan altos habían puesto el honor y la lealtad de España, y que escaseaban también los enganches voluntarios en nuestra juventud, desanimada, sin duda, con lo pequeño de los resultados de la última campaña, que si había sido muy honrosa para las armas españolas, no lo fructífera ni decisiva que hacía esperar la extraordinaria manifestación del patriotismo de nuestros pueblos en los primeros días de la lucha».

«Es de presumir que al abrirse la sesión del Consejo, Godoy, como dijimos antes, tuviera noticias del escrito del Conde de Aranda, habiéndolo leído con el detenimiento y la atención que merecía un trabajo, cuyo autor y el objeto que lo provocaba, bien merecía que hubiese hecho de él un estudio especial, aunque no fuese más que para refutarlo con el conocimiento y los datos precisos. Por el contrario, no hay ligereza en decir que Godoy casi desconocía el escrito de Aranda, al proponer y conseguir su lectura en el Consejo, pues así consta, por lo que dijo al abrirse la sesión, y porque él mismo lo reconoce y confiesa en sus «Memorias».

El discurso del Conde tenía que producir, necesariamente, efecto en los individuos del Consejo, y, para desvanecerlo, hubo de impugnarlo el Duque de Alcudia, haciéndolo en los términos violentos que debían esperar los que supieran el desacuerdo en que se hallaba con

el General, y el concepto belicoso con que hasta entonces se había pronunciado». (1).

«Diecisiete son las páginas que en el libro del privado ocupa su discurso de contestación al pronunciado por el Conde de Aranda; y si no fuera porque, así como se atribuye a otro la redacción de la voluminosa defensa de su conducta en el gobierno de España, debe también hacerse sospechosa la de esta parte, deberíamos incluir en el catálogo de nuestros primeros oradores al por tantos títulos célebre valido, ministro y puede decirse que dictador. Claro es que en ese discurso, a vueltas de establecer los principios de derecho público que deben regir en las naciones cultas, y sobre que giraba su acción en el Ministerio de Estado de su cargo, como para dar a conocer que no le eran ajenas las grandes cuestiones cuya aplicación corresponde a los verdaderos hombres de Estado, ponía de manifiesto su deseo de la paz, por la que tanto había trabajado, sin lograr, empero, realizar antes, y abrigar ahora, la bella esperanza de conseguirla. Procuró después demostrar que la guerra entonces era necesaria, lo cual equivalía a decir que era justa, pues que si las naciones tienen derecho a que ninguna otra se entrometa en sus asuntos interiores, tampoco ellas deben quebrantar ese principio, y la Francia había sido la primera en olvidarlo; eso sin contar la división profunda, la guerra civil que en su seno se había provocado, y que sólo a fuerza de sangre había conseguido sofocar en Lyon, Tolón y Marsella, pero no todavía en toda la extensión del litoral oceánico entre Burdeos y el Havre. Y como si tuviera presente en el momento en que dictaba aquellas páginas, puesto que antes no era posible, la incomparable oda de don Juan Nicasio Gallego al Dos de Mayo, decía, al recordar la muerte de Luis XVI y las exigencias de la Convención: ¿Qué español pudo dudar en la elección y en la respuesta? ¡Guerra! fué el grito de la nación entera: ¡Guerra! fué también la voz de su monarca poderoso. Esta voz no fué un aullido de fanáticos: fué el Santiago, fué el Cierro España, fué el ¡A ellos! del honor castellano».

«Siguió a esta explosión del sentimiento patrio una larga serie de imprecaciones contra los vándalos, tiranos, monstruos y no sabemos cuántos más epítetos dirigidos a los revolucionarios franceses, así como la profecía del próximo fin del gobierno sanguinario de la Francia, del 9 Thermidor, en una palabra, que él esperaba para restablecer la paz de las naciones y el equilibrio europeo. Pero la situación del día estor-

(1) Es interesante, a título de curiosidad, la noticia que Gómez de Arce da en una nota al efecto: «El conde de Aranda, en su escrito de vindicación poco posterior a aquel suceso, cuenta que, estando en la antecámara de la Reina con algunas personas de la corte, recayó la conversación sobre una promoción próxima de cardenales españoles que S. S. se proponía hacer; y como dijese que el asunto de los Cardenales correspondía al Ministro, el Duque de Alcudia, que se hallaba presente, le contestó: «Ya tendréis ocasión de conocer que en punto a Cardenales soy hombre experto.» El Conde no debió comprender el doble sentido que tenían la palabra y la frase toda del Duque, tomándolas a broma, y se satisfizo con decirle: «Como estáis acostumbrado a montar todos los días en el picadero caballos recelosos, debéis saber, en efecto, manejar bien el látigo.»

baba el que España pidiera, tratara, ni aun aceptase la paz con Francia, no creyendo hubiera un solo compatriota nuestro que se aviniese a poner su firma *«al lado de un Collet d'Herbois, de un Couthon, de un Robespierre o de un Saint Just»* en un tratado que a ella condujesen.

«No podía, pues, acusarse a aquella guerra de injusta ni de impolítica; y en cuanto a los temores que abrigaba el Conde de Aranda, respecto a la Gran Bretaña, manifestó Godoy que ningún suceso posible hallaría desprevenido al Gobierno, el cual, no estando, como era de esperar, solo, nada tendría que temer, siendo de todos modos, si no seguro, probable, por lo menos, el éxito de aquella lucha; y que si contra lo que era de esperar, no acababa pronto el poder de la Convención, en cuyo caso la paz estaba a la puerta, deberían arrostrarse todos los riesgos de la guerra, que, aun cuando fuera desgraciada, «no por eso, concluyó diciendo, no por eso sucumbiremos ni la ley del enemigo será impuesta, porque la España guerrea por su Rey, por sus aras, por sus hogares y su tierra nunca hollada impunemente por el extranjero».

Como podemos ver, de ser todo esto cierto, Godoy como castizo español y gallardo extremeño, vino a dar término a su brillante faena con una certera estocada a fondo. Pero es el caso que el acta de aquella sesión, que Muriel vió y copió, nada dice del discurso de Godoy, sino que, por el contrario, consigna, y aquí copiamos sus palabras: «Concluída la lectura el Duque de Alcudia se volvió inmediatamente hacia el Rey, y le dijo: Señor, este es un papel que merece castigo, y al autor de él se le debe formar causa y nombrar jueces que le condenen, así a él como a varias otras personas que forman sociedades y adoptan ideas contrarias al servicio de V. M., lo cual es un escándalo. Es preciso tomar providencias rigurosas. A los que somos ministros de V. M. nos toca celar mucho estas cosas, y detener la propagación de las malas máximas que se van extendiendo».

Sin duda alguna no hay necesidad de poner de manifiesto el efecto que estas palabras producirían en el ánimo de un hombre tan altivo y de carácter tan duro como el Conde de Aranda. Ateniéndonos a la fuente de información de lo declarado por Muriel, por más que el viejo Conde aragonés procuró dominarse y manifestar que el respeto que le infundía la presencia del Rey, presidente de aquella sesión, su respuesta y los ademanes que hizo, dirigiéndose al tribunal, fueron tales que, si la primera fué breve y convincente, los segundos revistieron caracteres tan amenazadores como la de levantar el puño cerrado con ademán de entablar un combate personal, y dice, a este efecto, el general historiador:

«Entre las versiones tan opuestas de Muriel y el Duque de Alcudia, las dos apasionadas, no es fácil fijar de un modo irrefragable la verdad de las frases, todas agresivas, que se dirigieron los protagonistas de aquella escena tan violenta y tan irrespetuosa, como represen-

tada a presencia del Rey. La de Muriel, sin embargo, ofrece caracteres que le dan grande autoridad y, entre ellos, la de estar no pocas veces conforme con la naturalmente estudiada después de tantos años por el valido en su destierro, sino que, también, por estampar los incidentes producidos por la intervención de varios de los consejeros que los presenciaron y vieron de calmar a los contendientes en polémica tan enojosa y arrancar al Rey la orden de que se guardara una profunda reserva de ella y cesara el escándalo que S. M. parece presenciaba con semblante indiferente, y el mutismo más absoluto. El Conde de Aranda, al contestar a expresiones del Duque en que se le culpaba de ser partidario de la Revolución francesa, hizo presentes sus servicios a la corona, las heridas recibidas por defenderla, los cargos elevadísimos que había ejercido, y su avanzada edad que le había permitido tranquilizar al reino en momentos muy críticos (aludiendo sin duda a la expulsión de los jesuitas y al motín de Esquilache), ascender a capitán general de ejército y a la presidencia del Consejo de Castilla cuando su contrincante acababa de venir al mundo, lo que parece debiera inspirarle más comedimiento delante de S. M. y las personas respetables que allí se encontraban. El Duque contestó con estas palabras, que la historia ha desmentido después: «Es verdad, dijo, que tengo veintiséis años no más; pero trabajo catorce horas cada día, cosa que nadie ha hecho; duermo cuatro horas y fuera de las de comer no dejo de atender a cuanto ocurre».

«Sucedio a esa polémica personal la discusión sobre los procedimientos militares a que debiera atender la campaña futura; y, a consecuencia de un discurso un tanto difuso, según se dice, de Campomanes, por falta de conocimientos militares, se entabló una nueva cuestión sobre si eran o no accesibles los Pirineos Centrales para una invasión francesa, de donde, por haber tomado parte el Rey, desmintiendo a Aranda, y animado con eso el de Alcudia, volvió el Consejo a escuchar y ver, no sin protesta por parte de sus vocales, las mismas recriminaciones y amenazas que momentos antes».

Ya dimos cuenta anteriormente de cómo hubo de terminar la interesante sesión del Consejo de Estado, así como hubimos de hacer observar la discrepancia existente entre las informaciones de Godoy y la de Muriel.

El ilustre general historiador, con el acertado juicio de siempre, expone su comentario acerca de los acontecimientos que acaban de reseñarse:

«En los razonamientos ofrecidos al Consejo por el Conde de Aranda, oponiéndose a la continuación de la guerra, había varios muy fáciles de refutar, como en los datos que adujo, muchos que contradecir. La situación respectiva de Francia y España; los resultados de la campaña anterior, más que en la frontera pirenaica, en las del Norte y Oriente de la novísima República, daban lugar a opiniones ciertamente muy contrarias, pero que, en último término, resultarían opues-

tas a la que con tanta tenacidad mantenía el Conde de Aranda. Si en los Consejos de las naciones que en Italia y Alemania constituían la coalición pudo discutirse la conveniencia o no de continuar la guerra, como celebrados en presencia de sus soberanos logran sus acuerdos mantenerse, cual en España, secretos, e ignorados, por consiguiente, hasta mucho más adelante; pero en Inglaterra, donde la constitución, esencialmente parlamentaria, de sus poderes, tenía que hacer públicas las discusiones más graves, aun las referentes a la paz y a la guerra, se puso a debate en la Cámara de los Pares, al discutir en enero la contestación al discurso de la Corona, la magna cuestión de si entraba en los intereses de la Gran Bretaña el proseguir una lucha que, de una manera u otra, habría de afectarlos gravemente. Hubo oradores, como el Conde de Guildford, el Duque de Norfolk y otros varios, amigos del célebre Mr. Fox, y hasta alguno, como Stanhope, deudo próximo de Mr. Pitt, presidente del Ministerio, que abogaron por la paz bajo condiciones honrosas para la nación, pero siempre reconociendo a los franceses el derecho de constituir el gobierno que mejor les pareciera. De esta base patían los razonamientos de la oposición, la misma que había servido al Conde de Aranda para formular sus ideas conciliadoras en el Consejo de Estado, a cuya última sesión acabamos de referirnos; pero el Gobierno británico, que era precisamente el que más fruto había sacado y esperaba sacar de la guerra con la destrucción, sobre todo, del poder marítimo de la Francia, la defendía con calor. Fundaba su opinión en ese punto el secretario de Estado, lord Granville, en la conducta misma de los franceses, al señalar la Convención pena de muerte para cualquiera de sus miembros que se atreviese a proponer la paz si no se ejecutaba de antemano la evacuación, por parte de las naciones aliadas, de todo el territorio francés; el reconocimiento de la República, una e indivisible, y el de su independencia, fundada en la igualdad y la justicia. En la imposibilidad de acceder a pretensiones tales, formuladas en términos tan altaneros, mucho menos por parte de una potencia que ni había provocado la guerra, ni la hacía sino en un sentido esencialmente defensivo y en apoyo de los intereses más respetables, los de la religión, la monarquía y el honor nacional, la guerra era inevitable en concepto del gobierno inglés, y la continuaría con el mismo vigor con que la había empezado. Así se aprobó por 92 Pares contra 12, y, en la Cámara de los Comunes, por 277 votos contra 59, a pesar de un elocuentísimo discurso de Fox, al que, (y esos números prueban que victoriosamente) contestó Mr. Pitt en nombre del Gobierno».

«Ni era dable, con efecto, otra resolución cuando Francia no cesaba en sus desafueros revolucionarios dentro ni fuera de su territorio. El régimen del Terror no excluía a nadie, la guillotina no se embotaba ni en las cabezas más ilustres ni en las del vulgo. A la ejecución del Rey había seguido el 16 de octubre del año anterior la de María Antonieta, después de catorce meses de cárcel y de todo género de

tormentos y vilipendios, ni tardaría en correr suerte igual, menos merecida, si cabe, Madame Isabel, la amable y benéfica princesa, sin otro motivo que el inextinguible cariño que profesaba a su hermano. Con Malesherbes, De Bailly, De Condorcet, Lavoisier, glorias científicas las más puras de la Francia, subían al cadalso las históricas de la más encumbrada nobleza, sin que por eso se librara el pueblo, en cuyo nombre se ejecutaban matanzas como las de Lyon y Nantes con formas de tan refinada como bárbara crueldad. Si la guillotina no podía dar abasto para satisfacer la sed hipócrita de sangre de los seides de la Convención, se recurría a los fusilamientos en masa; y, cuando todavía no bastaba tan expedita ejecución, se echaba mano de los barcos que, cargados de víctimas, iban a sumergirse en el fondo del mar, a la vista de las ciudades, a cuyo menor castigo se destinaba, por vía de escarmiento, aquel horrendo espectáculo. A más de 30.000 asciende el número de los desgraciados que así sacrificó el Terror en Francia, siempre, por supuesto, invocando los verdugos los dulcísimos nombres de Libertad, Igualdad y Fraternidad, de que tanto se reiría luego el tirano que les deparó la Providencia para su castigo. Pero si eso sucedía en París y las provincias regidas por la Convención, en las invadidas por las armas republicanas eran tales las violencias llevadas a cabo, las muertes, incendios, exacciones y atropellos, aun considerando los ejércitos franceses como el único refugio contra la anarquía y el desorden, que no era de esperar sentimiento ni arranque alguno de conciliación de parte de los pueblos así tratados, ni menos de la de los soberanos que debían ampararlos. Escribía el general Leval: «Mando el ejército al frente de Manheim, y continuamos devastando enteramente este rico país enemigo y transportando cuanto hallamos en cuarenta leguas a la redonda. Hemos enviado ya a Francia 10.000 carros de granos, hierro, cobre, plomo y varios millones de dinero; en suma, no dejamos a los enemigos sino los ojos para llorar».

«¿Cabía, de ese modo, acercarse a la República francesa y tratar con ella?»

«El Conde de Aranda perseguía, de consiguiente, una vaga ilusión al solicitar la paz en momentos en que se hacía imposible, si principalmente por la altanería francesa y los actos de su gobierno, no poco también por el estado de los ánimos en España, cuya irritación, aun cuando no poco calmada en el corto fruto de nuestras victorias de la campaña anterior, se mantenía aún con fuerza suficiente para rechazar todo proyecto de concordia con los atropelladores de la monarquía y de la religión, los dos objetos privilegiados en el corazón de los españoles, pueblo todo sentimiento y despreciando los cálculos del interés material, era de temer se rebelase contra ellos, e inspirándose además, en el espíritu de arrogancia y de dignidad, quizás exagerado, que le caracterizan, llegara a comprometer con las manifestaciones de su siempre enérgica iniciativa a un Gobierno que así se separaba, y el primero,

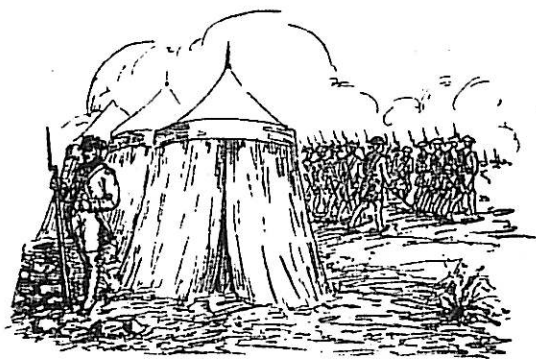
por desgracia de la gran coalición que seguía manteniendo con ese mismo espíritu los principios que antes había proclamado. Era, repetimos, la del veterano general y diplomático, una inspiración en completo desacuerdo con la del país, y se necesitarían golpes muy contundentes para, con ellos, y la certeza de su impotencia, avenirse a desechar las halagüeñas esperanzas que se había forjado al dar a conocer su patriotismo, cual ningún otro pueblo de Europa lo había hecho hasta entonces. El Gobierno, pues, y el Duque de Alcudia, que lo presidía, acertaron, al proponer la continuación de la guerra, y, Carlos IV, al aprobarla, no hizo sino confirmar los sentimientos en que se inspiraba, al comenzar una lucha en que iban aunadas sus afecciones de familia con las que no podrían menos de provocar su espíritu religioso, y el amor a sus pueblos».

«Pero nunca hubo motivo para el tratamiento cruel que se dió al Conde de Aranda. Se le debió contestar, como él decía en sus primeras réplicas a Godoy, exponiéndole los errores que contenía su discurso, ya políticos, ya militares, para que procurase dar sus razones o retractarse de sus asertos cuando oyese otras más fundadas que las suyas; nunca, repetimos, con argumentos de violencia, con el destierro sobre todo y la formación de una causa que rechazaría la conciencia pública, bien penetrada de los grandes servicios que había prestado en su larguísima carrera aquel insigne repúblico».

No hemos de seguir nosotros con el proceso de esta causa, tan sólo diremos que, después de verse sometido el Conde de Aranda a un interrogatorio que Gómez de Arteche califica de tan torpe como injusto e indigno, fué trasladado a Granada y encerrado en el morisco Alcázar de la Alhambra, que como propiedad del patrimonio real, se hallaba entonces bajo la jurisdicción del Ministro de Estado, esto es, del Duque de Alcudia, el enemigo más encarnizado de aquel célebre político, tan alabable por unos conceptos como merecedor de reprobación por otros. Cuando a una de las preguntas que hubo de hacérsele en la práctica del interrogatorio citado, hubo de acusársele de trabajar por los intereses de la Revolución, el Conde contestó: «Nadie en el mundo pensará con más pureza que yo en cuanto a máximas políticas y religiosas, *un Dios, una Fe, un Rey, una Ley*. No responderé otra cosa a esta pregunta». Y a otra de ellas, que se refería al juicio por él emitido acerca de las cualidades de nuestros soldados y de las condiciones en que éstos se hallaban, la contestación no pudo ser más categórica y acertada: «atengámonos sobre esto a las resultas que tenga la guerra. Por ella quedarán justificadas nuestras predicciones».

Expuestas quedan, como pueden ver nuestros lectores, las características de la situación política y social de España, en aquello que pudiera afectar al desarrollo de la guerra que se hallaba entablada. Tal cual se ha expuesto, era el estado de la opinión pública española. Este conocimiento habrá de darnos razón en varias ocasiones del modo de ser de determinados hechos, de la génesis de su aparición y en gene-

ral del desarrollo de las operaciones militares. Pasemos ahora al estudio de estos mismos antecedentes, por lo que respecta a la Francia revolucionaria a principios del año 1794, el segundo de la flamante era republicana, según el calendario que el día 5 de octubre del año anterior había sustituido al gregoriano rompiendo así *con un pasado vergonzoso merecedor del más completo olvido* y creyendo lograr de este modo el poder desvanecer para siempre de las mentes de los ciudadanos libres el recuerdo de cuanto con la religión de Cristo pudiese relacionarse y sin querer reconocer que en el fondo, casi todo el contenido de los principios sustentados por la famosa declaración de los derechos del hombre, no era, en realidad otra cosa que, una *transcripción laica* de los mismos, salvo alguno que otro *añadido* revolucionario requerido por las circunstancias.



CAPITULO V

La situación francesa al comenzar el año 1794



A SITUACION FRANCESA AL COMENZAR EL AÑO

1794.—«El año 1793 había consagrado la victoria de la Revolución. Esta, en los últimos meses de 1793 y primeros de 1794, parecía retroceder como un vencedor después de la victoria, para herir, uno por uno, a los hombres que habían intentado moderarla o estacionarla, empezando por los más inmediatos a ella y terminando por los más lejanos: primero los girondinos y sus partidarios, después los constitucionales, y, por último, los realistas puros. Los primeros odios de los partidos triunfantes, se ceban en los que han estado más inmediatos a sus doctrinas o pasiones. En revolución, así como en la guerra, se aborrece más a los que se separan de nuestro campo que a los que nos combaten. Los suplicios habían empezado por los moderados: la República no pensó en sus enemigos, sino después de haber sacrificado a sus fundadores». (Lamartine «Historia de los girondinos»).

«Los grandes nombres de la Asamblea constituyente, parecían ser protestas vivas contra las teorías de la República. La monarquía constitucional, por ellos defendida, acusaba la tiranía según el comité de salud pública. La libertad legal, que habían hecho ver en perspectiva, formaba contraste con la dictadura de la Montaña. No podía dejarse vivir a aquellos testigos y acusadores, aunque mudos. Mirabeau ya no existía: el Pantheon lo había arrebatado al cadalso. Lafayette espía en los subterráneos de Olmutz el crimen de su moderación. Clement-Tonnerre había muerto degollado el 2 de septiembre; Cazalés y Maury se hallaban desterrados. Los Lameth vagaban por el extranjero, Sieyes callaba o afectaba dormir al pie de la Montaña. El lado derecho gemía en las cárceles. Barnave, Duport, Bailly; los constitucionales conservaban todavía la vida; naturalmente, se pensó en ellos. Un recuerdo de los jacobinos equivalía a la muerte. Desgraciado del nombre que se pronunciaba demasiado alto. El de Barnave resonaba aún en la memoria de los reformadores de la monarquía.»

Inútil es recordar que Barnave cayó al filo de la cuchilla de la guillotina, como Bailly y Madame Du Barry, la favorita de Luis XV, como el duque de Lanzú, trocado en el General Birón, y, como éstos, tantas otras víctimas sacrificadas al furor revolucionario. «Era el último día del año 1793; otras víctimas debían perecer en el día siguiente, primero de enero. La muerte no conocía ya calendario, y los años se confundían en los suplicios. La sangre no se detenía ya». Sólo en París esperaban su sentencia 4.600 presos. Fouquier-Tinville no podía bas-

tar a las acusaciones que extendía en masa, y casi al acaso. «Es interesante la reseña que, de la vida de este terrible y odioso fiscal de la Revolución nos ofrece Lamartine». Abrumado por el número de acusados y hostigado por la impaciencia del pueblo, ya no abandonaba el Tribunal donde redactaba sus acusaciones. Comía precipitadamente en la misma mesa donde firmaba las sentencias de muerte. Dormía en el mismo tribunal, sobre un colchón, y no tomaba descanso alguno. Se quejaba de no tener tiempo para ir a abrazar a su mujer e hijos. Consumíale el celo por la República, sin dejarle ver que era el *celo del exterminio*: ¡lo llamaba su deber! Creía ser el brazo del pueblo, el hacha de la República, el rayo de la Revolución. Una vida perdonada, un culpable olvidado, un acusado absuelto, le eran gravosos. ¡Extraña perversión del corazón humano por el fanatismo! Fouquier recibía todas las tardes del comité de salvación pública la lista de los sospechosos que era preciso encarcelar o juzgar. El mecanismo del terror era, por decirlo así, material. Fouquier-Tinville estaba cegado por la sangre que hacía derramar; pero, en algunas ocasiones, se consternaba él mismo del número prodigioso de ejecuciones que se le habían pedido, y de los nombres de las víctimas que había condenado. Una o dos veces le ocurrió abrir a los acusados una puerta de salvación, sugiriéndoles respuestas que pudieran hacerles aparecer inocentes. De este modo, salvó a algunos hombres de la magistratura, a quienes antes había conocido y respetado.»

Lamartine hace observar que, en varias ocasiones, la austera virtud de estas víctimas rechazó la vida que se le ofrecía al precio de una mentira. Puede, por lo tanto, muy bien asegurar que «la religión de la verdad tuvo sus mártires voluntarios». Y cita el caso del anciano Mr. Lengrand d'Alleray, que, acusado, como su esposa, de haber mantenido correspondencia con un hijo suyo emigrado, no quiso atender a las indicaciones y a los recursos que le presentaba Fouquier-Tinville para poder librarse de la muerte: «Te doy gracias por los esfuerzos que haces para salvarme—le dijo Mr. Lengrand—, pero sería preciso rescatar nuestra vida con una mentira, y mi mujer y yo preferimos morir. Hemos envejecido juntos sin haber mentido nunca; no mentiremos, pues, por salvar un resto de vida. Cumple con tu deber, nosotros cumpliremos con el nuestro. No te acusaremos a ti de nuestra muerte, sino a la ley...» Es muy posible que, como lo afirma el ilustre Lamartine, los jurados se enternecieran y llorasen, pero la justicia de los hijos de la Revolución no reconocían compasión alguna, y así, tales jurados enviaron al virtuoso anciano al cadalso.

Ya en la sesión del 5 de septiembre la Convención hubo de abrirse con un decreto terrible, anuncio de las medidas que iban a tomarse a continuación. En conformidad con la proposición (de Merlin de Douai), el tribunal revolucionario fué dividido en cuatro secciones, a fin de que los traidores y los conspiradores recibiesen lo más pronto posible el castigo de sus crímenes, según frase del proponente. Efectivamente, no tardó en iniciarse el sangriento período histórico, conocido en la His-

toria por la época del Terror: «coloquemos, dijo Robespierre, *el Terror a la orden del día. Los realistas quieren sangre. ¡Está bien! Tendrán la de los conspiradores, la de Brissot y la de María Antonieta.*»

Tratar de excusar la saña mortífera del Terror afirmando que, evidentemente, como lo había dicho muy bien Thuriot, *no tenía sed de sangre, sino que ella estaba «alterée» de justicia*, y que su justicia debía fatalmente revestir formas de una severidad excesiva, parece afectar los caracteres propios del cinismo. Y, efectivamente, las disposiciones no pudieron ser más resolutivas, pongamos entre ellas, como las más importantes: la organización de un ejército revolucionario, el establecimiento en estado de vigilancia de todas las personas agregadas a la anterior casa militar del rey, nueva presentación de Brissot, Geñonné, de Vergniaud, de Clavière y de Lebrun, delante del tribunal revolucionario, información sobre el decreto que prohibía las visitas policíacas durante la noche, entrega o alocación de una indemnización de tres libras por día a los miembros de los comités revolucionarios, y de dos libras a los que, no teniendo para vivir otro producto que el trabajo de sus manos, abandonaran sus talleres para asistir a las Asambleas seccionarias, fijadas para el domingo y el jueves en adelante. Tales fueron las medidas adoptadas por la Convención en esta sesión del 5 de septiembre.

Se ha dicho por algunos partidarios del Terror que, como puede verse, él no salió plenamente constituido del cerebro de tal o cual individuo: «El fué progresivo, llevado sucesivamente por las resistencias y las maquinaciones de todos los enemigos de la Revolución; nacido de las entrañas de la situación (1) estaba en las leyes de la Asamblea legislativa contra los emigrados y los sacerdotes, en las detenciones de la Commune; se encontraba en el aire, en todas partes, cuando los 8.000 enviados de las Asambleas primarias vinieron, según la expresión de Danton, a tomar la iniciativa en medio de la Convención. Tan sólo, a partir de este día, él afirmó ajustadamente su nombre. Los que lo maldicen en nombre de la humanidad o de la razón, la tienen, sin duda alguna, pero hablan a su gusto y acaso se hubieran visto en el trance penoso de obrar de la misma manera; lo que hay que maldecir también son las criminales maquinaciones que en esta ocasión hubieron de tramar, y, sobre todo, ese otro terror sin razón de ser, el *terror blanco*, que una vez pasado el peligro y salvada la patria se abatió sobre los republicanos y aniquiló una parte de los resultados de la Revolución.»

Argumentando de esta manera, no cabe en este mundo condenación posible; el criminal más perverso puede ser considerado libre de toda responsabilidad. Convencido, por lo visto, de la *justicia* de sus radicales determinaciones, el Terror reorganiza en el seno de la Convención el Comité de Seguridad General, ejecutor supremo de la función policíaca

(1) *Historia de Francia desde la Revolución hasta la caída del Segundo Imperio*, por ERNEST HAMEL.

de la República; tres días más tarde, el 17 de septiembre, adoptó la ley terrible de los vagos y sospechosos, en la que, muy bien pudiera decirse, estaban comprendidos todos los ciudadanos franceses que no pudieran ser incluidos de lleno en las filas de los «sans-culottes». ¿Qué tal sería esta ley cuando el mismo Hamel declara cómo *en esta ocasión la Asamblea había decretado el verdadero Código del Terror?*»

El 3 de octubre, bajo un informe de Saint-Just, la Convención decretó que el gobierno sería revolucionario hasta la paz. La Convención se colocó bajo la vigilancia del Comité de Salud Pública, con la obligación de rendirle cuenta de sus actos cada ocho días; los ministros, los generales y los cuerpos constituídos comprendieron cuánto, en estas críticas circunstancias, la unidad de acción era indispensable. Instaurado el calendario republicano, en el primer mes del año segundo había comenzado el segundo año de la nueva era francesa, que se consideraba iniciada el día del nacimiento de la República. Vencidos los austríacos por Jourdan en Watignies, sometido Lyon, vencida la Vendée, en este mes de octubre comenzaron a multiplicarse las venganzas revolucionarias. La sublevación de Tolón exasperaba el odio de aquella. Dictóse el decreto contra los extranjeros. El 16 de octubre, a las once de la mañana, la infeliz reina de Francia, la gentil María Antonieta, fué conducida al suplicio en una simple carreta, como los criminales comunes, y minutos después de las doce, en la Plaza de la Revolución, su cabeza cayó al grito de «Viva la República» en el césped ensangrentado de Sansón. Días después, en la mañana de octubre (10 Brumario del año II), 21 girondinos fueron conducidos al cadalso en cinco carretas también. Sobre su sepulcro la sensibilidad revolucionaria ha declarado: murieron todos ellos valerosamente, cruelmente castigados por la Revolución que, sin duda alguna, habían amado, pero que, igualmente, habían también gravemente comprometido.» «Durante el mes de Brumario del citado año II (octubre, noviembre) la Convención precipitóse locamente en la vía de las severidades implacables. Toda clase de personajes célebres cayeron bajo el filo de la guillotina: el Duque de Orleans, el General Coustard, miembro de la Convención, el antiguo procurador de la Commune, Manuel, acusado por Leonard Bourdon, por Barrère y por Fabre d'Englantine; el General Houchard y el General Brunet, que pagó con su cabeza la negativa a marchar, a pesar de las órdenes de Barras y de Fréron, contra los toloneses, en el momento en que aquéllos negociaban su traición; y Bailly, para el que se transportó el cadalso al Campo de Marte, donde, dos años antes, había hecho fusilar al pueblo; y la señora Roland, a la que no hubiese sido preciso pedir cuentas de los actos criminales de sus amigos.»

No hemos de relatar aquí las luchas desarrolladas en el seno de la Convención, que encontró, en el hebertismo, un enemigo peligroso; en el colmo de su exaltación, ésta, el 5 de diciembre (15 Frimario), acordó la publicación de un manifiesto contra los reyes, y no debía, a pesar de todo, estar muy segura la *armazón revolucionaria* cuando los jacobinos,

creyéronse en el caso de someterse a una depuración llevada a fondo, manifestándose en el seno de la Convención misma, algo así como los primeros chispazos de una guerra que hacía del Comité de Salud Pública, el objetivo de sus ataques. El 30 de Frimario (30 de Diciembre), bajo la presión de una muchedumbre de mujeres que habían acudido a aquélla para solicitar la libertad de sus padres, Robespierre propuso a la Asamblea instituir un Comité de justicia encargado de poner en libertad a todos los ciudadanos encarcelados sin razón justificada. Es curioso que la Convención hubo de votarla entusiásticamente.

Ha juzgado algún comentarista de este período histórico que, en todo cuanto acabamos de relatar se manifiesta, evidentemente, el hecho probable de una tentativa para salir del Terror sin comprometer la Revolución, mas si tal fué el propósito, éste resultó fallido. Y así, en virtud de los principios del gobierno revolucionario manifestados en la tribuna de la Convención por el Comité de Salud Pública, ella decretó que todos los generales acusados de traición, como Dummorey y Custines, serían enviados al Tribunal Revolucionario y que, en el plazo más breve, dicho Comité redactaría un informe sobre los medios de mejorar la organización de estos tribunales; en fin, que los socorros y recompensas concedidos a los defensores de la Patria heridos en combate por ella, o a sus viudas e hijos, serían aumentados en un tercio. Durante los meses de diciembre de 1793 y enero de 1794, la fracción de los jacobinos hubo de ser objeto de un fuerte ataque. Un duelo a muerte se había entablado entre los dantonistas y los herbertistas. La marcha de los acontecimientos a orillas del Rhin, en los que la conducta de Jourdan no satisfacía a la Convención, fueron causa de que marchasen al frente de las operaciones Saint-Just y Le Bas, provistos de poderes extraordinarios.

En los citados meses de diciembre de 1793 y enero de 1794, si la marcha de los acontecimientos no era favorable a la Revolución en el frente de los Pirineos orientales, en cambio la recuperación de las líneas de Wissembourg, la reconquista de Tolón y el castigo de cuantos habían tomado parte en las sublevaciones de Lyon y de La Vendés vinieron a satisfacerla plenamente. Esta había llegado al paroxismo de su locura destructora. Por una expresión imprudente proferida en la plaza pública, por cualquier suma de dinero enviada a un hermano, a un amigo, a un hijo desterrado en la emigración, una gran cantidad de desdichados hubieron de perder la vida entre las Tullerías y los Campos Elíseos. Pero si de esta suerte se rendía culto a la fraternidad humana y a la libertad de conciencia y de expresión, el 17 Pluvioso (5 de febrero) Robespierre presentó a la Convención un informe sobre los principios de moral que habían de regir, en adelante, cuantos actos llevara a cabo la joven República, tan sangrientamente instituída. Y el mes de Germinal del año II vió terminar en el cadalso a uno de los mayores enemigos de Robespierre: el grupo faccioso de los herbertistas. No tardarían mucho en experimentar igual destino Dantón y los suyos.

Resumiendo en un concepto general el estado de la Francia revolu-

cionaria, podemos declarar que, en tanto que el Comité de Salud Pública atendía a la defensa de la nación, guarneciendo a las fronteras amenazadas y enviando hombres y material a los frentes de combate, apagando la guerra civil y meditando ofrecer al país una legislación humana y moral, las masas revolucionarias, en París y en los departamentos, ofrecían el espectáculo de una Saturnal, en honor de la libertad. El delirio y el furor se habían hecho dueños del pueblo, que, en una verdadera borrachera de iniquidad y de sadismo, se entregaba a los más vergonzosos excesos contra las personas, las propiedades, los templos, los altares y las imágenes del culto antiguo, no respetando ni los sepulcros de los reyes. Entregada al más grosero ateísmo, la multitud se juzgaba estar ya absolutamente liberada de todo deber moral y exenta de toda responsabilidad criminal. Robespierre pretendió remediar el daño, instituyendo el culto a la Razón, diosa encarnada en una infeliz mujer pública, en la ceremonia inaugural de su instauración. El filosofismo, engendrado por las divagaciones de Juan Jacobo Rousseau, venía a producir sus frutos más espléndidos. El discípulo era digno del maestro. Era, por lo tanto, cosa obligada que el dominador de la situación rindiera culto también al filósofo de Ginebra, llevándose sus restos ceremoniosamente al Parthenon.

El año 1793 había concedido el triunfo completo de la Convención a través de toda clase de amenazas, tanto nacidas en el seno de la Asamblea misma como venidas de la calle; mas esta apariencia era engañosa, la realidad fué la de que estuvo constantemente influenciada por los mangoneadores de los Clubs y por la tristemente célebre Commune de París. Esta, que había ya puesto de manifiesto su intervención en la vida de las precedentes Asambleas, vino a convertirse en un poder preponderante en la de la Convención, y no es faltar a la verdad el declarar que su historia es, en realidad, la de los Clubs y de la Commune, que hubieron de dominarla. Y como puede comprenderse, dichos dos poderes revolucionarios no sólo la avasallaron, sino también a la Francia entera. Cual acontecía en París, numerosos pequeños Clubs provinciales, sometidos al mandato de los de la capital, vigilaban a los magistrados, denunciaban a los sospechosos y se encargaban de ejecutar todas las órdenes revolucionarias.

No había medio de poder contener la opresión de los poderes populares que hemos citado, y, así, cuando ellos habían decidido la publicación de determinadas medidas, obligaban a la Convención a votarlas en plena sesión. Si, en un gesto de dignidad, ésta trataba de resistir, pronto las bandas armadas, escogidas entre lo más bajo y feroz del populacho, la forzaban a cambiar de actitud y ceder humildemente a sus proposiciones.

A este respecto, conviene advertir que, en tanto que los convencionales se componían de hombres generalmente instruídos, los miembros de los Clubs y de la Commune, no eran, en su mayoría, otra cosa que, modestos comerciantes, trabajadores, obreros, incapaces de opiniones

personales y siempre sometidos a las inspiraciones de sus jefes o *líderes*. La Commune, sobre todo, constituía un verdadero gobierno popular, teniendo a sus órdenes un verdadero ejército revolucionario, compuesto de 48 Comités de guardias nacionales, ansiosos de ser lanzados a la carnicería, al robo y a toda clase de crímenes y excesos. Cómo había de ser, semejante tiranía, no es cosa difícil de comprender; bajo su terrible opresión, el martirio de los elementos de orden, y de los estimados como partidarios del antiguo régimen, fué espantoso.

Bastaría hacer observar que un zapatero, de nombre llamado Chalandon, fué encargado de la vigilancia de una parte de la capital, provisto de la facultad de enviar al Tribunal revolucionario, y, por consiguiente, a la guillotina, a todos aquellos que estimara sospechosos. En manos de semejante individuo, determinadas calles de París quedaron totalmente abandonadas y desiertas. Nada podía satisfacer la sed de destrucción de tal monstruo de maldad.

Si antes de la caída de los girondinos, la Convención se había sometido por completo a las instrucciones de la Commune, convertida en un poder popular inapelable, ésta, después de su caída, obligó a decretar la leva de un ejército revolucionario, seguido de un tribunal y de una guillotina encargada de recorrer toda la Francia, para ejecutar sumariamente a los sospechosos. A pesar de tales acciones, los conductores de las masas populares continuaban excitando al pueblo con el fin de lanzarlo contra la Convención. Durante los meses de Germinal y Preirial hubo de sufrir verdaderos sitios. Las delegaciones armadas lograron hasta hacer votar el restablecimiento de la Commune y la convocación de una nueva Asamblea, medidas que ella misma se apresuró a anular tan pronto hubieron de retirarse. Avergonzada de su miedo hizo venir a regimientos que operaron el desarme de los barrios y cerca de 10.000 arrestos. Veintiséis jefes del movimiento fueron pasados por las armas; y asimismo fueron guillotinado seis convencionales que habían pactado con el motín.

Sin duda alguna, la Convención no hizo otra cosa que entregarse a las veleidades de una falsa resistencia; y cuando no fué guiada por los Clubs y la Commune, obedeció ciegamente al Comité de Salud Pública, votando, sin discusión siquiera, sus decretos. De ella ha dicho H. William: «que no hablando nada menos que de hacer depositar a sus pies todos los príncipes y todos los reyes de Europa cargados de cadenas, era prisionera en su propio santuario por un puñado de mercenarios».

Mas no hemos de insistir acerca de estos juicios sobre la Convención. El terror fué su poderoso medio de gobierno. Comenzado en septiembre de 1793, reinó en Francia durante diez meses, es decir, hasta la muerte de Robespierre. Cuentan que algunos jacobinos como Danton, Camilo Desmoulin, Herault de Séchelles y otros varios trataron de ensayar la clemencia. El resultado de tales proposiciones no fué otro

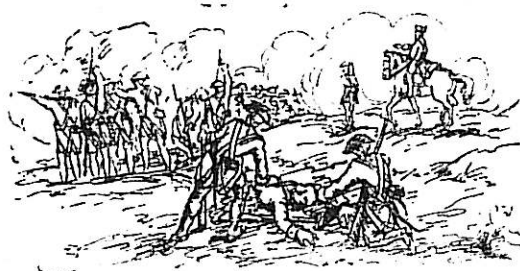
que el de enviar a sus autores al cadalso. Tan sólo la laxitud de la opinión pública puso fin a este régimen vergonzoso.

Terminaremos este capítulo transcribiendo fielmente lo que describe Lamartine en su bella «Historia de los girondinos» :

«El año 1794 se inauguraba, pues, con sangre. La guillotina parecía ser la única institución de la Francia. Danton y Saint-Just habían hecho proclamar la suspensión de la Constitución y el Gobierno revolucionario. No había otra ley que el Comité de Salvación Pública; otra administración que la voluntad de los comisionados de la Convención; otra justicia que la sospecha o la venganza; otra garantía que la delación, ni otro gobierno que el patíbulo. La Convención no podía dejar un momento de herir sin herirse a sí misma. La Francia, fusilada en Tolón, ametrallada en Lyon, ahogada en Nantes, guillotina en París, encarcelada, denunciada, secuestrada, aterrorizada por todas partes, se parecía a una nación conquistada y devastada por una de esas grandes invasiones populares que barrían las antiguas civilizaciones a la caída del Imperio romano, trayendo otros dioses, otros dominadores, otras leyes y otras costumbres a la Europa. Era la invasión de las nuevas ideas que, al encontrar resistencia, habían armado sus manos de hierro y fuego. La Convención no era ya un gobierno, sino un campamento; la República ya no era una sociedad, sino una matanza de vencidos en un campo de carnicería. El furor de las ideas es más implacable que el de los hombres, porque éstos tienen un corazón y aquéllas, no. Los sistemas son fuerzas brutas que ni aun compadecen lo que destrazan; hieren como las balas en un campo de batalla, sin elección, sin justicia, derribando el objeto que se les ha designado. La Revolución desmentía sus doctrinas con sus tiranías; manchaba sus derechos con sus violencias, y deshonoraba el combate con los suplicios. Así se ensangrientan las causas más puras; no lo decimos para excusar a los pueblos, sino para compadecerlos. Nada es más hermoso que ver brillar una idea nueva en el horizonte de la inteligencia humana; nada más legítimo que hacerle combatir y vencer las preocupaciones, los hábitos, las instituciones viciosas que se le resisten; pero tampoco nada más horrible que verle martirizar a sus enemigos. El combate entonces se cambia en suplicio; el libertador en opresor y el apóstol en verdugo. Tal era, involuntariamente en unos, teóricamente en otros, el papel de los miembros de la Montaña y del Comité de Salvación Pública. Sus teorías protestaban; pero sus arrebatos los arrastraban; dejaban llegar las venganzas del pueblo, los furores de la anarquía, la crueldades de los procónsules, hasta las rapiñas y asesinatos de Roma degenerada. El partido de la municipalidad compuesto de Hebert, Chaumette, Momoro, Ronsin, Vincent y los más desenfrenados demagogos excedía y arrastraba a la Convención.»

Triste situación la de la Francia republicana de los años 1793-94 y parte del 95: «El número y la barbarie de los suplicios, la inocencia de las víctimas, la partición de los despojos, la irrisión de los juicios, los

arroyos de sangre y los montones de cadáveres transformaban la nación en verdugo, y el gobierno, en una máquina homicida. Gobernar no era ya otra cosa que matar. La Francia presentaba el espectáculo de un pueblo que se diezmaba a sí mismo; el Gobierno no se atrevía a desasirse de la guillotina, temiendo que la volviesen contra él. Unicamente, abrigándose bajo el cadalso, podía conservar algunos días de poder. Un Gobierno de esta especie era imposible que subsistiese por más tiempo; era un asesinato prolongado; el crimen no es duradero en la naturaleza. No se consolida el furor, ni la venganza, ni la expoliación, ni la impiedad; ni se consolidan los asesinatos, se atraviesan estas calamidades; se sonroja uno y sacude de sus pies la vergüenza. Tal es el orden divino de las sociedades humanas. La revolución, armada para destruir antiguas y odiosas desigualdades y para marchar ordenadamente a la fraternidad democrática, no podía desnaturalizarse a sí misma impunemente y cambiarse en sanguinaria opresión. Después de haber destruido el trono debía buscar otro poder regular en el pueblo y organizarlo con instituciones y no con proscripciones. El terror no era poder, era la tiranía; y la *tiranía no podía ser el Gobierno de la libertad.*»



CAPITULO VI

El Alto Mando de los ejércitos Español y Francés durante la campaña de 1794 en los Pirineos Orientales.

EJERCITO ESPAÑOL

Ampliación a la Biografía del Excelentísimo Sr. Teniente General D. Luis Fermín de Carvajal y Vargas, Conde de la Unión, y Biografía de D. Tomás de Morla.



A campaña que vamos a describir, casi en su totalidad realizada en la zona septentrional de Cataluña, vino a poner de relieve la destacada personalidad de dos Generales: la del citado Conde de la Unión, como General en Jefe del Ejército de Cataluña, y la del General Jacobo Coquille Dugommier, que hubo de serlo del Ejército francés en los Pirineos Orientales durante la referida campaña. Dada la acertada actuación del primero como General a las órdenes de don Antonio Ricardos, juzgamos procedente hacer constar en el tomo II de nuestra obra «Campaña del Rosellón» una breve biografía del Conde que refleja sus principales características personales; mas habiendo sido designado al morir su General en Jefe para sustituirle en mando tan importante, nos vemos precisados a ampliar al presente los datos referentes a su personalidad y actuación profesional.

Ya en dicha reseña biográfica hubimos de poner de manifiesto las circunstancias de su muerte en el campo de batalla y los contradictorios y apasionados comentarios que acerca de las características de su mando hubo de motivar. De entre los desfavorables emitidos a este respecto ninguno resulta tan duro y categórico como el formulado por el General Morla en un informe que hubo de ser solicitado por un amigo suyo y vino a figurar en el archivo del Excmo. Sr. Duque de Ahumada, sucesor del Marqués de las Amarillas. En el apéndice núm. 2 ofrecemos a nuestros lectores copia literal del documento, que a nuestro juicio y por varios conceptos estimamos digno de ser conocido, tanto por los datos que facilita como por lo que de su texto puede inducirse.

El informe estaba ocasionado por la necesidad de responder, como hemos dicho, a la solicitud que, con insistencia, se le hacía a Morla para que manifestase su opinión sobre los cargos que se hubiesen hecho al Marqués de las Amarillas, y que habían motivado su separación del Ejército y su envío como preso a Zaragoza, pues así lo estimaba aquél, desde el momento que el arresto lo había sido bajo palabra de honor.

Del escrito parece deducirse que el solicitante del referido informe suponía de antemano que los cargos que se le hacían a dicho General por no conducir él mismo el ejército cuando éste hubo de retirarse del Rosellón y el haber abandonado la fortaleza de San Fernando, dejando en ella un Gobernador inepto que hubo de capitular en condiciones vergonzosas, eran de tal naturaleza que el acusado no podría evadirlos, y a esto responde el General Morla de modo que no puede calificarse de delicado o suave: «No me sorprende—escribe—ver este modo de pensar en usted que no es militar ni ha hecho otro estudio de esta profesión que el leer algunas obras con el objeto de divertirse, y que además ha estado a muchas leguas del ejército. Mas le aseguro que me admiré sobremanera cuando oí semejantes especies a militares de graduación, envejecidos algunos de ellos en la carrera, no mal conceptuados y que estaban en el ejército. Consideré entonces cuantas callejuelas halla el amor propio para distinguirse o elevarse, porque no me quedó duda en que en unos obraba, hablando así, el deseo de granjearse una reputación de que no eran acreedores, criticando las operaciones o disposiciones a que ellos anteriormente accedían, y en otros un espíritu de partido que entonces se figuraba, no sin motivo, que podía atraerle alguna satisfacción, a la que por otros medios no podían aspirar. Usted ve, desde luego, que no soy de su opinión; pero quiero que no solo usted, sino también todos los hombres sensatos, sean de la mía, y no pudiendo pretender que esto sea por simple adhesión a mis opiniones, me vea obligado a exponer las razones en que me fundo, pues a vista de ellas, si no está extremadamente preocupado, no discurre que a nadie pueda dejar de convenecerle. Usted no extrañará que alguna vez incurra en nimiedades y explicaciones que parecen fútiles porque suelen ser precisas para ser entendido de todos, ni tampoco el que me separe del estilo epistolar, o por mejor decir, no guarde ninguno, porque mi objeto es formar un papel convincente y no bien escrito, pues que esto suele ser a costa de su fuerza.»

Morla manifiesta que debería principiar por un retrato del Conde de la Unión, en donde estuviese bien figurado, mas la prudencia le dicta lo omita, aunque no vacila en exponer, sin atenuante de ninguna clase, que ni la teórica ni la práctica le habían hecho General, y que su presunción y amor propio exaltado le permitían acceder a las ideas de otros. Aquí está, sin duda alguna, el *nudo gordiano* de la cuestión; Morla, en su superior inteligencia, en su vasta ilustración, en su golpe de vista militar, que le habían hecho ser nombrado Maestro General, lo que dicho en términos modernos, como sabemos muy bien, era lo mismo que Jefe del Estado Mayor del Cuartel General, estaba acostumbrado a dar su parecer en toda ocasión y en casi todas ellas, como es lógico, había sido no sólo escuchado, sino, en cierto modo, obedecido.

«El Conde de la Unión—sigue exponiendo—llegó al ejército a últi-

mos de abril del 94, y fué recibido de él con grandes aplausos, que había ganado en la campaña anterior, no con sus acciones sino con su política y fingida dulzura; se estableció en Céret, teatro que había sido de sus aparentes glorias, que por lo tanto creía de la última importancia, aunque punto indiferente para los sucesos de la campaña, que debían depender del Boulou y la Trompeta, casi exclusivamente. El Cuartel Maestre General había expuesto por escrito que la defensa de toda la línea estaba en la Trompeta, que era como el cuello de la posición y que todo el ejército debía replegarse a su defensa en caso de ser atacada; mas Unión estaba ya preocupado contra este Oficial, que se había insinuado a sus expensas en la gracia de don Antonio Ricardos, que había obtenido en la anterior campaña toda la confianza de éste y que había criticado al mismo Unión su conducta, reconven- ciéndole algunas veces y opuéstose casi siempre a sus opiniones.»

La divergencia de opiniones, la contraposición de caracteres había por lo tanto de manifestarse desde el primer momento. Nos atreveríamos a asegurar que entre los dos Generales existía una franca antipatía. No es parco el General Morla en ir poniendo de manifiesto las numerosas veces en que hubo de entablarse de un modo descarnado la mutua oposición de ambos personajes. No era de esperar de Morla conmiseración alguna en su acerada crítica, y así no puede causarnos extrañeza que termine su informe con los juicios más duros y categóricos.

Reconocido, pues, que existía una profunda adversión entre ambos Generales, ello tiene que condicionar, como es lógico, la exactitud de los juicios que nuestro Cuartel Maestre pudiera emitir acerca de las cualidades militares de su General en Jefe y de la responsabilidad y significación de sus actos. Si es cierto que la Unión, siendo el más joven de los Tenientes Generales fué nombrado por Godoy General en Jefe, no olvidemos que, en el primer momento, dando pruebas de una sincera modestia, se negó por tres veces en aceptar semejante cargo que, por otra parte, el estado de indisciplina en que se encontraban las tropas, el abandono de las mismas por el Gobierno de Madrid y el conocimiento de los informes que había dado el General Ricardos a la Corte al finalizar la campaña anterior, no eran propicios a abrigar grandes esperanzas en alcanzar un éxito que, cuando menos, dejara a salvo el prestigio personal.

Porque en efecto, ya en septiembre de 1793 el General Ricardos había escrito: «Juro a V. E. que no haré la segunda campaña y, casualmente, sólo pienso en acabar ésta», y en enero de 1794 auguraba desastres para la campaña futura si no se hacía mejorar las condiciones materiales y morales en que se hallaba el ejército. A pesar de su innegable victoria, su parecer no podía ser más pesimista, y así la administración del gobierno, la actitud y calidad de los oficiales, el estado de las tropas merecían al General las más acerbos censuras.

Cualquiera que pudiera ser la valía del Conde de la Unión, es lo

cierto que las manifestaciones de alegría y aprobación del nombramiento no sólo hubieron de hacerse públicas de un modo entusiástico en Barcelona, sino que también lo fueron en el frente de la guerra, en la misma villa de Céret, pues el 27 de abril de 1794 acudieron a ella un gran número de Generales, Jefes y Oficiales, testimoniando al recién llegado, Conde de la Unión, sus felicitaciones más expresivas. (Véase apéndice núm. 2.) Ahora bien, indica Claudio de Chavy en sus *Excerptos históricos e colleção de documentos*: «Que si era sincero y lleno de esperanza el júbilo de las tropas generalmente afectas al Conde, en el que tenían plena confianza, en cambio eran engañosas y falaces las aparentes atenciones de algunos de sus subalternos, en cuyos corazones aguijoneaba, por el contrario, un sentimiento de disgusto por la elevación de un camarada cuyos méritos se estimaban inferiores a los suyos.»

«Fácilmente puede ser comprendido—sigue diciendo el escritor portugués—cuantos estorbos se originarían para la provechosa ejecución del mando supremo del ejército a causa de tales y tan poco dignas disposiciones, siendo esto por sí sólo poderoso para arrastrar al propio ejército a la disolución y a la ruina, viniendo a complicar, desgraciadamente, la ya de por sí demasiado árida situación del nuevo General en Jefe.»

En su noble afán de formular una opinión justa sobre el malogrado Conde, Chavy acude a testimonios diversos. Su deseo no puede verse satisfecho. En los juicios críticos emitidos, en tanto que en unos se le atribuye altas dotes de pericia guerrera y son consideradas sus desgracias como consecuencia de viles traiciones y de errores cometidos por sus subordinados, en otros se trata de hacerle responsable de los desastres del ejército, aunque siempre se le reconozca, como es de justicia, indiscutibles dotes de valor y sangre fría.

No nos podemos aventurar nosotros a expresar una opinión definitiva y categórica sobre la personalidad militar de nuestro biografiado; rero en nuestro ánimo no deja de pesar muy mucho lo que el ilustre Conde de Clonard, en su clásica obra «Historia de las Armas de Infantería y Caballería», manifiesta con aquella precisión y nobleza que le caracterizan en todos sus juicios:

«No era el General tan poco apto para sobrellevar la brillante y pesada carga que se le había impuesto—expone nuestro ilustre historiador—. A la verdad, el temple de su carácter era muy superior al de las Amarillas; audaz, valiente, activo como pocos, muy celoso de su honra, y más todavía de la gloria de su país, el Conde de la Unión hubiera podido figurar en alta esfera si las prendas del corazón fuesen las principales que deben concurrir en un General en Jefe. Sus talentos, empero, no estaban al nivel de sus atributos morales. Faltábale esa vista intelectual que penetra en el alma del enemigo, se apodera de sus planes y combina medios para destruirlos; ese vigor sintético, privilegio del verdadero genio, que sujeta las circunstancias más difí-

ciles a la voluntad de un hombre, y aun esa firmeza estoica que lucha frente a frente con la desgracia, sin otorgarle nunca más que aquellas concesiones absolutamente indispensables. Como todas las organizaciones muy impresionables, la suya se abatía con la misma facilidad que se inflamaba. Jefe de Detall, anhelaba verlo todo, imprimir a las operaciones más pequeñas el sello de su presencia, y estas funciones subalternas, que jamás corresponden a un General en Jefe, le hacían perder un tiempo precioso. Además, las condiciones puramente exteriores que rodeaban al Conde de la Unión no le eran favorables. Su promoción súbita había excitado en algunos Jefes españoles rivalidades poco dignas; de modo que la fuerza moral, elemento constitutivo del mando, venía a debilitarse en su persona.»

Ahora bien, ¿no hay para nuestro biografiado nada que atenúe su responsabilidad ni permita concederle una nota favorable de capacidad y acierto en su noble y difícil comisión? Rindiendo culto a la verdad y a la justicia, reconozcamos que, como declara Ossorio y Gallardo, no todo fué torpeza e inhabilidad en el mando del Conde de la Unión como General en Jefe del ejército de operaciones en Cataluña. Ya en páginas anteriores hemos indicado cómo en la historia de su mando dejó una huella imborrable y altamente simpática para el Principado con la resurrección del legendario somatén.

En su difícil y comprometida situación, don Luis de Carvajal percibió claramente que podía contar con un elemento seguro para el desempeño de su misión: «Vió claro en este punto desde el primer momento», como afirma nuestro escritor castellano. Comprendiendo cuánto valía en sus enemigos la fe, la pasión, el convencimiento personal y la imposición violenta sobre el vecindario vacilante o adverso, quiso imitar tales procedimientos y emular el fervor de sus contrincantes. Por eso, a los pocos días de tomar el mando, se dirigía al pueblo, diciéndole: «Que vea (el enemigo) a los catalanes prodigar contra él sus bienes y sus vidas para la defensa de su Rey y su constitución religiosa... Catalanes, yo seré, os lo prometo, vuestro compañero en las pruebas y en los peligros. Mas espero que todos contribuiréis a esta obra en la medida de lo posible, los unos, aportando a la resistencia de nuestro ejército el concurso de sus brazos vigorosos, los otros dando sus riquezas para sostener los gastos de la guerra...»

Juzgamos que, con cuanto acabamos de exponer, podrán nuestros lectores formarse una idea de la personalidad de este General español, que de tal modo hubo de representar un papel importante en el desarrollo de la campaña de Cataluña en el año 1794.

No fué su tarea fácil sino, por el contrario, muy difícil. Si en nuestro campo todo iba de mal en peor, en el francés era todo lo contrario. En vista de los muchos y frecuentes descalabros sufridos por las tropas de la República en este teatro de las operaciones por ella sostenido a lo largo de sus fronteras, la Convención se apresuró a remediar el daño y para ello reforzó notablemente los contingentes de tropas y

las proveyó de toda clase de armas y pertrechos militares, capaces de asegurar sus condiciones de orden y sus facultades de acción.

Las frecuentes mudanzas experimentadas en el Alto Mando habían hecho imposible todo mando sostenido y adecuado a las circunstancias. La Convención hubo de confiarlo al General Dugommier, cuya pericia y ascendente moral, ya consagrados en el sitio de Tolón, no tardaron mucho en hacerse conocer en el frente de los Pirineos Orientales.

Todo entraba en un nuevo orden de cosas y el cambio era radical y efectivo: y a mayor abundamiento, mientras en Francia la situación política caminaba a un nuevo período de rectificación y de orden, en España era cada vez mayor la desmoralización y el desequilibrio. Mientras el Alto Mando francés podía esperar mucho de su Gobierno, era muy poco lo que del suyo abrigaba el nuestro. La crítica histórica no puede olvidar este hecho importante al enjuiciar la actuación del Teniente General don Luis de Carvajal.

Don Tomás de Morla y Pacheco

Destacada es, por todos conceptos, aunque no siempre dignos de alabanza, sino todo lo contrario, la personalidad de este General entre los de su época.

Nació nuestro General en Jerez de la Frontera, el año 1748, y murió en Madrid el año 1811. Fecunda fué por todos conceptos su vida militar. Habiendo ingresado como Caballero Cadete en el Real Colegio de Artillería establecido en Segovia el año 1765, y rápida fué su ascensión, cuando en el cuadro del Estado Mayor General del ejército de operaciones de los Pirineos Orientales, con motivo de la guerra declarada por España a la Revolución francesa, el año 1793, figura como Cuartel Maestre General del mismo. Por sus brillantes cualidades mereció, desde el primer momento, la estimación y la confianza del General Ricardos, según hemos visto lo declara él mismo, en el informe que antes hemos expuesto. No obstante su manifiesta oposición y acaso antipatía al malogrado Conde de la Unión, y a pesar de la actitud, casi violenta, en que pudieran haberse colocado por esta contraposición de pareceres, y más aún de carácter, Morla siguió desempeñando su cargo de Cuartel Maestre o Jefe de Estado Mayor del ejército español de Cataluña, y al terminar la referida guerra, el año 1795, con motivo de la paz de Basilea fué ascendido a Teniente General y nombrado Capitán General de Andalucía.

No hemos de continuar la relación de las vicisitudes experimentadas por la vida pública de nuestro biografiado en los años posteriores durante la guerra de la Independencia. Su conducta como leal a sus compromisos y como patriota dejó mucho que desear. Corramos sobre su pasado un tupido y piadoso velo, pero el respeto a la verdad histórica nos impone el dar cuenta de algunos de los aspectos de su personalidad. Nos referimos al profesional y científico como artillero.

Dejó don Tomás de Morla diferentes trabajos que acreditan su alta competencia en las cuestiones técnicas del arma de artillería, por la que él manifestó siempre una entusiasta vocación. Como historiador militar dejó escrita la Campaña del Rosellón (1794); y, como escritor técnico, es una obra magistral la designada con el título «Tratado de artillería para uso de los caballeros cadetes», que trata de las principales funciones de los Oficiales de este cuerpo, en paz y en guerra, obra que se imprimió por primera vez en Segovia en 1784, publicándose, sucesivamente, en los años siguientes los cuatro tomos en 4.º de que consta, y luego, un Atlas.

Aunque acerca de la auténtica paternidad de este tratado de artillería se hayan presentado pruebas en contra, no parece que éstas hayan podido prevalecer hasta el día de hoy amenguando el mérito de nuestro biografiado, quien, además, escribió un folleto titulado «Manifestación que hace acerca de sus ideas el Capitán General de Cádiz don Tomás de Morla», y «Un arte de fabricar la pólvora», que apareció en Madrid el año 1800, compuesto de tres volúmenes en 8.º La obra maestra citada primeramente alcanzó pronto gran celebridad europea, siendo traducida al alemán por Hayer y publicada en Leipzig en 1821, y, según declara uno de los autores que ponen en tela de juicio la paternidad del autor de tan interesante tratado de artillería: «tal como hoy lo reconocemos es un libro de texto que puede calificarse de excelente, teniendo en cuenta la época en que fué escrito». Es curioso hacer observar que, según lo indica el Coronel de Artillería y Académico correspondiente de la Historia don Eduardo de Oliver-Copons, Morla fué promovido a Oficial de Artillería como Subteniente el 5 de octubre de 1765, correspondiéndole el último puesto. Es, pues, uno de los muchos casos que ponen de manifiesto las equivocaciones de la vida y de los hombres, aunque entren en la categoría de técnicos o superdotados. Ascendió a Coronel siendo Capitán de Artillería el año 1789, a Brigadier en abril de 1792, a Mariscal de Campo en julio de 1793 y a Teniente General el año 1795, como dijimos antes, en premio a sus brillantes servicios durante la guerra que estamos tratando.

Su postrer reconocimiento de la dominación francesa vinculada en la persona del hermano de Napoleón, el Rey José, empañó la brillantez de su conducta como militar y como patriota. La Junta Suprema le privó de todos sus honores, y sus postreros días lo fueron sumidos en el olvido y en la desilusión.

Como quiera que las biografías de los Generales Marqués de las Amarillas, que por segunda vez hubo de encargarse interinamente del mando Superior del Ejército, y la del General Urrutia, que vino a sustituirle en el mismo, han quedado expuestas en el tomo II, omitimos toda otra información referente a las mismas por juzgar bastante diseñadas tanto sus personalidades como las características de su actuación.

LOS GENERALES EN JEFE DEL EJERCITO FRANCES EN LA CAMPAÑA DE CATALUÑA

La campaña de 1794 en los Pirineos Orientales no fué pródiga en Generales franceses encargados del Alto Mando, como aconteció con la anterior en el Rosellón. Tan sólo los Generales Dugommier y Schérer hubieron de desempeñarlo, el segundo sucediendo al primero como consecuencia de su muerte en la primera batalla de las líneas de Figueras. Pondremos por lo tanto de manifiesto las características personales de ambos Generales; pero como quiera que en esta guerra figuran en los mandos subalternos otros como Augereau Dominique-Catherine Pérignon, Lamartillière, Claude-Victor Perrin, expondremos igualmente la biografía de estos Generales.

El General Dugommier

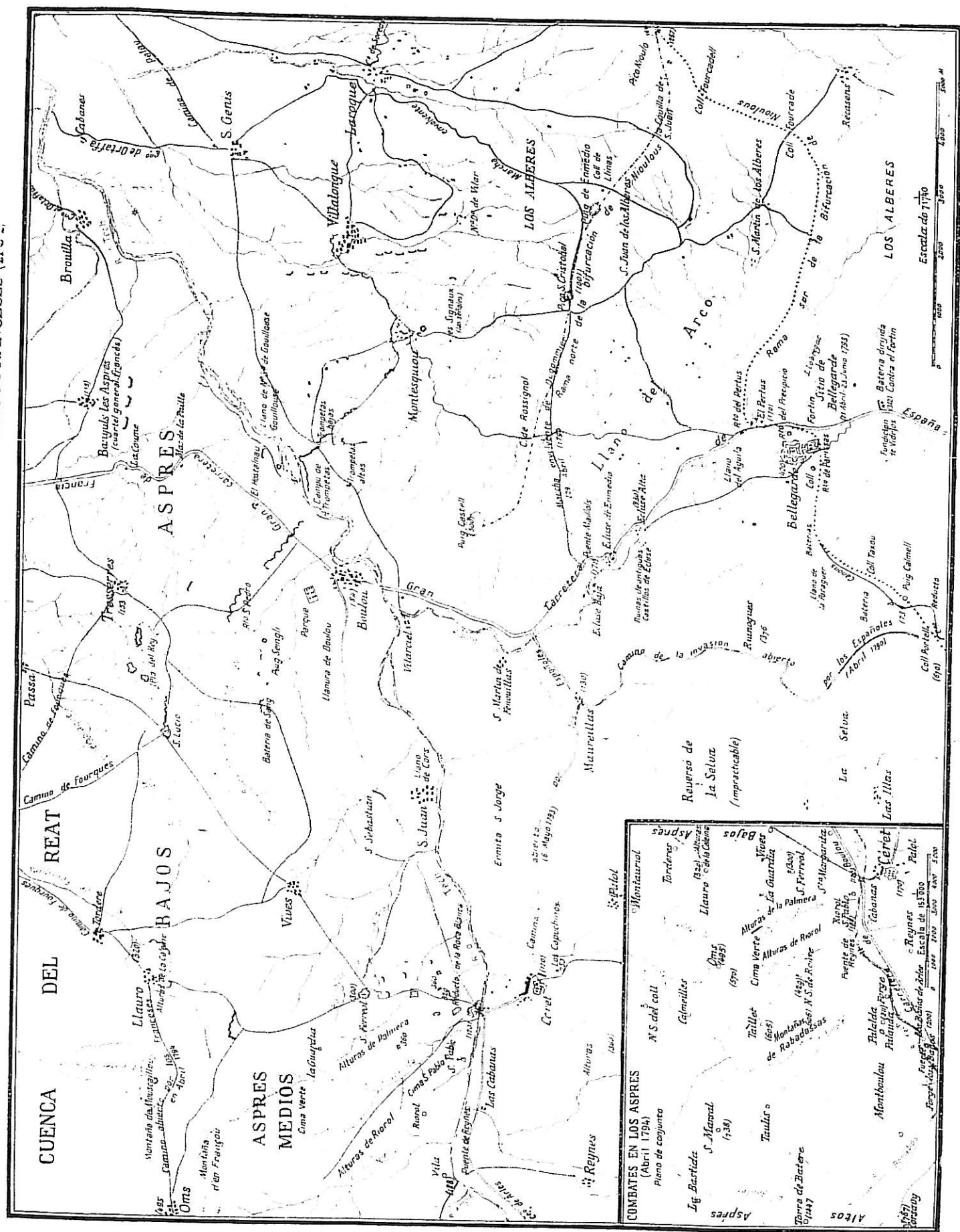
Este General francés, cuyo nombre ya unido al de la toma de Tolón, sublevado en favor de la Monarquía, y a la invasión de Cataluña en la guerra de España en la Revolución francesa, es una de las figuras más destacadas del Alto Mando francés en este agitado período de su historia, siendo uno de los pocos Generales que pudieron verse providencialmente libres del filo de la guillotina implacable segadora de las cabezas de tantos de ellos, víctimas de la justicia republicana que de modo tan generoso vino a premiar sus leales servicios. El historiador Fervel en su obra, tantas veces referida, nos ofrece un retrato perfectamente documentado del General Dugommier, en alto grado admirado por la mayoría de sus compatriotas. Y es verdaderamente digno de hacerse observar cómo por uno de esos caprichos del destino, al ser nombrado General en Jefe del ejército español de los Pirineos Orientales el Conde de la Unión, vinieron a encontrarse frente a frente al mando de los ejércitos beligerantes dos ciudadanos nacidos en América y entregados de lleno al servicio de la patria de sus mayores.

Dugommier como el Conde de la Unión era un auténtico criollo. El francés había nacido en la isla de Guadalupe, un tiempo española y española siempre por su designación; y el español en la ciudad de Lima, capital del Perú (la nueva Castilla), el año 1752. Por su manera de ser, por su caballerosidad, ambos eran dos verdaderos señores, dignos sin duda alguna de la mayor estimación. El primero podía considerársele como un entusiasta partidario de aquellos ideales que habían arrastrado a muchos hombres de buena fe al vano intento de establecer un nuevo orden político y social más justo y más adecuado al progreso y a la felicidad de los pueblos y de las naciones. El segundo, ferviente católico, leal vasallo de su Rey, amante de España y entusiasta por su profesión, merecía por todos conceptos el calificativo

diga en
 ció con
 y Sché-
 o como
 de Fi-
 s perso-
 ra figu-
 que-Ca-
 idremos

oma de
 le Cata-
 a de las
 o perio-
 udieron
 able se-
 publica-
 cios. El
 e un re-
 en alto
 rdadera-
 chos del
 l de los
 se fren-
 anos na-
 a de sus

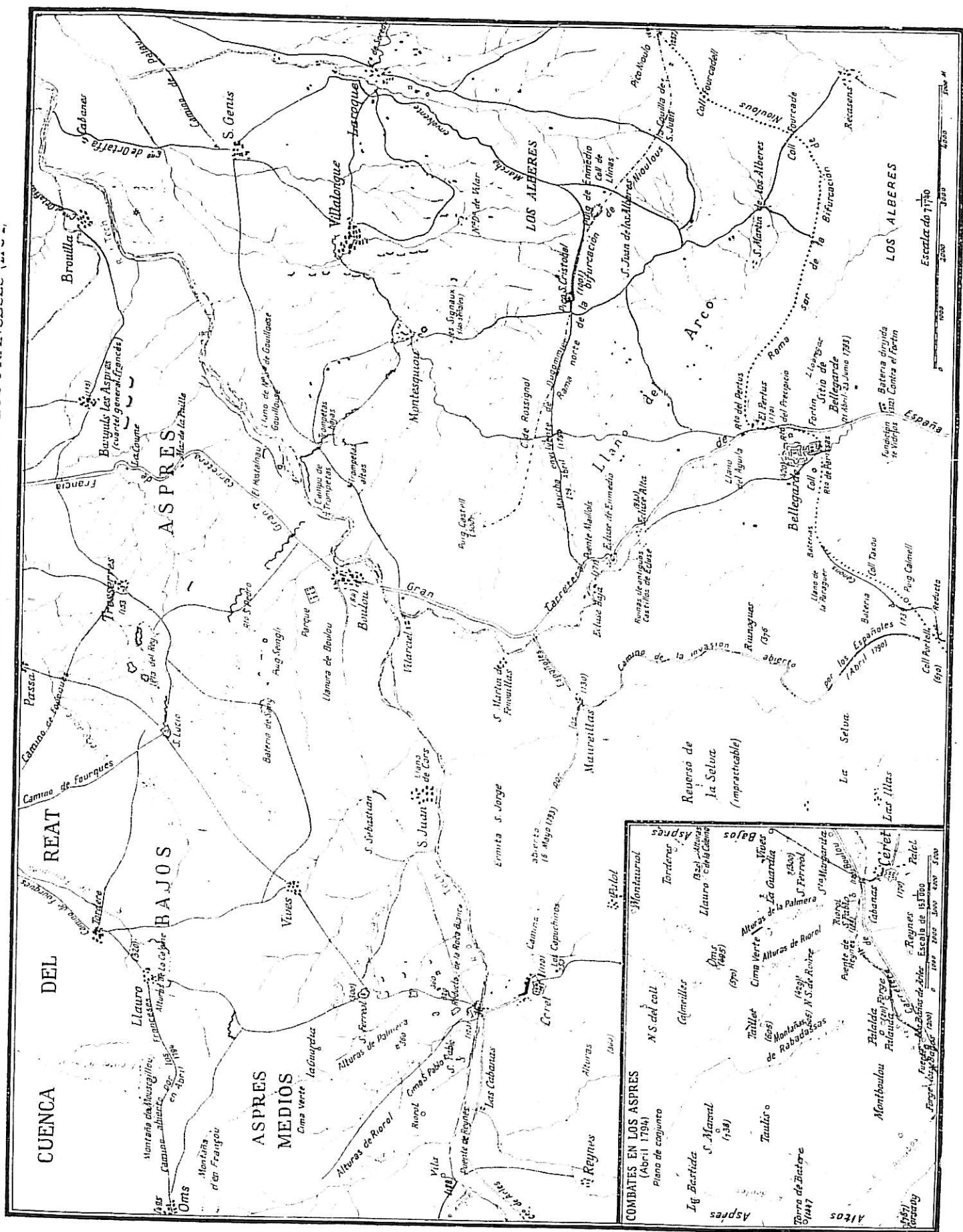
criollo.
 española
 udad de
 u mane-
 señores,
 o podía
 ales que
 tento de
 udeuado
 El segun-
 ña y en-
 lificativo



diga en
ció con
y Sché-
o como
de Fi-
s perso-
ra figu-
que-Ga-
dremos

oma de
le Cata-
a de las
o perío-
udieron
se-
publica-
cios. El
a un re-
en alto
rdadera
chos del
l de los
rse fren-
anos na-
a de sus

criollo.
española
udad de
u mane-
señores,
o podía
ales que
tento de
decuado
El segun-
ña y en-
lificativo



de un buen patriota. Uno y otro alcanzaron la gloria de una muerte digna y valerosa en el campo de batalla.

Para que nuestros lectores tengan la visión animada y calurosa del General Dugommier, dejaremos a un escritor tan brillante como Fervel la exposición de su biografía. Sería a nuestro juicio lamentable el tratar de sustituirla por otra cualquiera. Por ello la transcribimos fielmente a continuación :

«Dugommier reunía todo aquello que había faltado a sus predecesores : la experiencia del oficio, la pasión ardiente que se necesitaba para dominar en estos tiempos tormentosos, la autoridad de un buen carácter, en fin, su porción de soberanía, pues era miembro de la Convención.

»Ni su elevación ni desde luego sus eminentes cualidades eran los frutos prematuros de la ardiente atmósfera de las revoluciones, y antes de hacerse ilustre como General, había conquistado desde hacía largo tiempo, y en los grados inferiores de la jerarquía militar y en el cumplimiento de sus deberes de ciudadano, una honorable celebridad.

»Así como Dagobert, su compañero de gloria en los Pirineos Orientales, Jeans-François Coquille Dugommier, había nacido en 1736 y había hecho, aunque en otro extremo del mundo, la guerra de los Siete Años. En efecto, cuando en 1759, la isla de Guadalupe, su tierra natal, había caído en poder de los ingleses, él había tomado en su defensa una participación activa y distinguida. Tenía entonces veintitrés años de edad, y contaba ya con diez años de servicio. La cruz de San Luis y el grado de Teniente Coronel no tardaron en recompensar la precoz bravura del joven oficial criollo. Sin embargo, en la paz de 1763, el resentimiento de una postergación le hizo pedir su pase a la reserva. Vuelto así a la vida privada, se retiró a una magnífica vivienda que poseía en la Tierra-Baja; vivía en la opulencia y el reposo, gozando en paz de la alta consideración que bien pronto hubiera conciliado sus virtudes, sus buenas acciones, y principalmente su afectuosa humanidad hacia los esclavos, cuando, los gritos de guerra y de libertad que resonaron de una a otra orilla del Atlántico, vinieron a arrancarlo de la dulzura de la vida de los campos y a precipitarlo de nuevo en la carrera de las armas.

»Los disturbios que debían desolar las Antillas, comenzaron con el año 1790, y habían estallado en San Pedro de la Martinica; el partido oligárquico y el pueblo se degollaban. Esta desgraciada ciudad imploró los socorros de Guadalupe. Dugommier, miembro ya del Consejo Colonial, fué entonces aclamado Jefe de los guardias nacionales del país, y corrió a liberar a San Pedro. Pero su brusca partida de esta villa y el haber dado señales de nuevos excesos, hicieron que una nueva intervención fuera solicitada. Inmediatamente decidida y confiada de nuevo al digno Coronel, tuvo el éxito de la primera, gracias a la firmeza, moderación, y también a la elocuencia del negociador. No obstante, como éste, por no hacer sombra a nadie, permaneciera una vez más

en la turbulenta colonia; el tiempo necesario para restablecer el orden material, aún no estaba de regreso en la Tierra-Baja, cuando, el Gobernador de la Martinica, asociándose a los proyectos de los enemigos de la revolución, invadió a San Pedro, oprimiendo de nuevo la población patriota. Dugommier es llamado por tercera vez; corre y, con menos de 400 soldados o guardias nacionales, recupera la villa contra 6.000 bayonetas que la ocupaban militarmente. Pero fué pronto cercado por un ejército de negros y de mulatos, que el indigno Gobernador no se sonrojaba en mandar personalmente. La plaza, sitiada de improviso, se encuentra sin aprovisionamientos; no importa. Su intrépido Comandante sabrá desafiar los horrores de un hambre que va a devorar una parte de su guarnición, y esperará seis meses a que una escuadra francesa venga a liberarlo.»

«Cumplida su misión, Dugommier volvió a Guadalupe el 26 de marzo de 1791. Ardientes simpatías, odios de los apasionados y, sobre todo, más poderosos, aún le siguieron; de suerte que, a las ovaciones de sus partidarios, pronto sucedieron persecuciones que le obligaron a abandonar su morada, y a errar por algún tiempo sin asilo, por una tierra en la que acababa de ser llevado al triunfo. Al fin logró embarcarse para Marsella, y llegó a París a comienzos de 1792.»

»Tres meses después, el 4 de abril, habiendo decretado la Asamblea legislativa el envío a las Antillas de una nueva expedición, solicitó Dugommier el peligroso favor de acompañarla; pero él no cosechó de sus solicitudes más que negativas y disgustos. No obstante, reunía sus últimos recursos para ir aisladamente a tomar parte en las nuevas desgracias que amenazaban a Guadalupe cuando la guerra marítima vino a cerrarle el Atlántico.»

»No pudiendo servir ya al otro lado del mar, la *causa por la cual él habría volado hasta el fin del universo*, Dugommier tuvo, sin embargo, el consuelo de ver cuál era la estimación de sus compatriotas al abrir a su voluntad de servicio una vía nueva: fué nombrado representante de las Antillas, en la Convención Nacional. Pero prefiriendo, a la ingrata misión de velar por el Gobierno de Francia, un puesto de combate para defenderla, obtuvo, en septiembre de 1793, no sin muchas diligencias y dificultades, y sin que el azar viniera en su ayuda, el ser enviado como General de Brigada al Estado Mayor del Ejército de Italia. Este rico colono, dos veces millonario, se hallaba entonces en tal desnudez que se vió obligado a pedir a la Convención mil escudos para hacer sus equipajes. Sufrió una brutal negativa; pero, sin desalentarse, vendió los restos de su valija (1) y, según se asegura, se incorporó, yendo a pie, a su destino.»

»Apenas había pasado algunos días en el Ejército del Val, del que mandaba el ala izquierda, cuando el mérito contraído en dos hechos brillantes, los combates de Guilette y de Uteille, le merecieron el ho-

(1) O, sea de su maleta de viaje (valise). También pudiera traducirse por equipaje.

nor de dirigir una empresa que entonces dominaba todas las preocupaciones de la República: el sitio de Tolón.»

»Los recuerdos tan populares que rodean esta página de la vida del General, nos dispensan de entretener a nuestros lectores con su relato. Recordemos tan sólo aquello que caracterizó a nuestro hombre, la enérgica actitud, tan poco frecuente entonces, que supo tomar frente a los Comisarios de la Convención, encargados de vigilarle y hasta de gobernarle, y cuyas órdenes despiadadas no temía a veces atemperar. No menos celoso, en efecto, de responder a las nobles traiciones de Francia que de alcanzar el triunfo de sus tropas cada vez que hubo de verse en trance de mantener el honor nacional puesto en juego, siendo cuestión, bien de ahorrarle cualquier ofensa en nuestros campos, su último asilo, o incluso el de realzarlo a los ojos de un enemigo cuyo comportamiento autorizaba nuestras violencias oficiales, el caballero, Diputado de las Antillas empenó, sin vacilación, su responsabilidad. Es así cómo incurrió en la censura del Comité de Salud Pública, por haber tratado con las consideraciones debidas a los enfermos, al General inglés O'Hara, hecho prisionero en una salida donde él mismo había sido herido. Treinta y cuatro años antes Dugommier había caído en poder de O'Hara, y él pensaba, escribía a sus acusadores, que *quienes estaban expuestos a las represalias tienen algún interés en hacerlas lo menos duras posibles*. El Comité le respondió: *Toma en compensación tu victoria y tu herida*. Sin embargo, profundamente ofendido por estos extraños reproches, y no menos sensible a aquellos otros en que pronto incurrió, cuando, después de la toma de Tolón, trató de hacer oír la voz de humanidad, el bravo y buen General, no queriendo asistir durante más largo tiempo a las espantosas ejecuciones que deshonoraban sus victorias, pidió, el 24 de diciembre, ir de nuevo a ocupar su puesto de Legislador. Recibió por respuesta la orden de ir a tomar, interinamente, durante la enfermedad de Doppet, el mando superior del Ejército de los Pirineos orientales.»

Mas, a pesar de todo, si hemos de atenernos a las propias indicaciones del escritor francés que esto expone, la revolución no se manifestó muy solícita en recompensar el mérito contraído por quien, con tanta lealtad y entusiasmo la servía. «Tales eran los antecedentes del hombre a quien se había regateado durante tanto tiempo la espada de General, que se prodigaba entonces en tantas manos desconocidas e inexpertas, esta espada que Dugommier debía empuñar con tanto honor y brillantez.» Esto expone Fervel.

Este General franco-americano ha merecido de Napoleón el más cumplido honor. «Tenía—dicen las «Memorias de Santa Elena»—todas las cualidades del hombre que ha envejecido en el oficio de las armas, una entereza a toda prueba, el amor de los valerosos, la sangre fría y obstinación en el combate. Añadamos que, por un privilegio muy raro, sabía aliar a un recto sentido, a un gran amor por el orden y la justicia, una extremada vehemencia, hija del ardor de su sangre criolla,

sobreexcitada, además, por las pasiones contagiosas de la época. Esta vehemencia le había atraído las recomendaciones de Marat; pero se hallaba tan bien atemperada por la franqueza, por la elusión de sus pronto retrocesos que, lejos de manchar algunos de los actos de su carrera política, servía, al contrario, para dotarlos de ese encanto que procede siempre del contraste entre las inclinaciones dulces, la severidad de los austeros deberes, y los transportes efímeros de un natural afectuoso. Esta feliz oposición de cualidades tan diversas, la vivacidad, una firme hombría de bien, la inteligencia, irradiaban a la vez en sus ojos penetrantes y sobre su amplia frente, que realzaba una espesa cabellera blanca; pues ya tenía, a los cincuenta y siete años, con la frescura de la edad madura, el imponente aspecto de un viejo. De modo excelso poseía todos los dones exteriores que imponen la veneración, y que se admiran tan de buen grado en los retratos de las ilustraciones de otro tiempo.»

»El Ejército de Tolón, en la embriaguez de su triunfo, era capaz de las mayores cosas. Su Jefe propuso dirigirlo a marchas forzadas, y en masa, sobre Perpiñán, para asaltar de improviso a los españoles, apenas establecidos en sus cuarteles de invierno. Esta brillante combinación reunía todas las probabilidades posibles de éxito; no obstante fué rechazada, y el Gobierno cometió la falta de dividir su Ejército victorioso entre los Pirineos y los Alpes, sin querer comprender que el mes de enero en los Alpes oponía a toda operación militar obstáculos, de los cuales no se hubiera encontrado la menor traza en la llanura tan templada del Rosellón. Resultó de ello que Dugommier no pudo llevar con él más de 10.500 hombres, que aún fueron entresacados en provecho de la frontera italiana. *Había puesto en movimiento—escribía al Comité al abandonar Tolón—las tropas destinadas a reforzar el Ejército de los Pirineos Orientales. Yo había juzgado que convenía llevarlas allí, más en calidad que en número, y me halagaba llegar con medios eficaces; pero los representantes han suspendido, súbitamente, el trabajo de escoger el personal de los batallones que habían de componer el refuerzo. No obstante, me parece que nada hubiera sido más sencillo que reunir nuestros esfuerzos para arrojar al enemigo del territorio. Creo poder asegurar, hubiera dado buena cuenta de ello de haberme enfrentado con él al mando de los batallones que había elegido. Es así cómo Dugommier vióse privado, bien a pesar suyo, del joven Comandante de artillería que, positivamente, había sido el alma del sitio de Tolón, y con el cual contaba para el futuro ataque a Collioure, habiendo previsto su destino inmortal de no haberlo, acaso, predicho.»*

Juzgamos que cuánto queda expuesto retrata, en sus trazos generales, la personalidad de este ilustre General de la Revolución.

Al quedar vacante la Alta Dirección del Ejército francés en los Pirineos Orientales, a la muerte de Dugommier, fué nombrado para desempeñar este cargo el General que se cita, descendiente de una noble y antigua familia francesa, y que había nacido en Grenade, cerca de Toulouse, el 31 de mayo de 1754. En hora feliz, llevado de su afición al oficio de las armas, entregóse a él voluntariamente, y, fiel cumplidor de sus deberes, y destacándose entre sus compañeros con el entusiasmo con que aquéllos eran cumplidos, bien pronto ascendió a Capitán Ayudante Mayor del Regimiento de Granaderos Reales, Guienne. A la reforma siguiente a la paz de 1783, fué nombrado Ayudante de Campo del Conde de Pressac. Esta posición era una sincura que, en cierto modo, relegaba a su titulario a la vida privada. En el retiro, y en medio de sus conciudadanos, de quienes merecía la mayor consideración y afecto, después de haber sido elegido Juez de Paz, éstos, por mayoría de sufragios, le enviaron en seguida a la Asamblea Legislativa, como el más legítimo representante de sus aspiraciones e intereses. El valiente Capitán de Granaderos tomó asiento al lado de los monárquicos más avanzados. Por ello, después del 10 de agosto, triste fecha del asalto al Palacio Real, creyóse en el caso de emigrar para poner a salvo su vida.

Una circunstancia puramente casual, de esas que, no obstante, influyen de un modo tan trascendente en la vida de los hombres, hizo que el destino de Dominique Pérignon fuera muy diferente del que él pensaba tomar. Buscando la salvación, internándose en nuestra Patria, al atravesar la frontera tuvo la dicha de encontrar un antiguo amigo que hubo de aconsejarle desistiera de sus propósitos y se entregase sin vacilación al servicio de la causa revolucionaria. Quedó convencido nuestro biografiado y ofrecióse a los poderes dueños de la situación francesa, quienes, reconociendo sus méritos militares y sus profundos conocimientos en la administración militar, fué bien pronto encargado de organizar, en Auch, la Legión de los Pirineos Orientales, a la cabeza de la cual debía comenzar esta segunda parte de su vida militar. Destinado al Ejército operante en tal sector, pronto llegó a ser promovido a General de División (23 de diciembre 1793), pues, como dejamos consignado en nuestro Tomo II, al tratar de la campaña del Rosellón, él salvó a Perpiñán, y una vez ya en España las tropas revolucionarias, distinguióse en La Junquera, venciendo a las nuestras, tomando Bellegarde y mercediendo, después de la batalla de la Montaña Negra, al caer el General en Jefe del Ejército republicano, el mando supremo que éste ejercía (18 noviembre 1794). Tras la victoria obtenida en Escolá sobre los nuestros, la conquista de Rosas (1795), a costa de trabajos gigantescos para vencer la heroica resistencia de esta plaza, constituyó su timbre militar más glorioso. A partir de aquí no

nos interesa la personalidad de Pérignon que, como la casi mayoría de los Generales formados por la Revolución, llegó a ser Mariscal de Francia, con Napoleón; Par de Francia, cuando la restauración borbónica, y ya que no Duque, por lo menos, Marqués. Murió el año 1818.

Bartolomé Luis José Schérer

No fué en la campaña de 1794, en Cataluña, sino en la siguiente de 1795, cuando este General fué encargado del mando supremo del Ejército francés, al cesar en el mismo, por disposición de la superioridad, el General Pérignon. Al revés de lo que sucedía con Pérignon, Dageobert, de Flers, Daux y otros semejantes, Schérer era hijo de un carnicero y tenía por hermano al maestro o encargado del hotel del Duque de Richelieu; fué, pues, un producto netamente revolucionario o, mejor dicho, popular. Después de haber servido once años en las tropas austríacas, entró, en 1780, en el Ejército francés, obteniendo, gracias a la influencia de su hermano, en el Regimiento de Artillería de Estrasburgo, el grado de Capitán. Con el grado de Mayor, cinco años más tarde, pasó a una Legión que formaba el Comandante Mallebois para el servicio de Holanda.

En 1791 abandonó esta nación para volver a Francia, entrando como Capitán en un Regimiento de Infantería y siendo nombrado, en su día, Ayudante de Campo de los Generales Eikmeir, Despres-Crassier y Beauharnais. Habiéndose distinguido en las guerras de la Revolución, en 1795 fué designado para el mando superior del Ejército francés de los Pirineos Orientales, en el puesto de Pérignon. Poco pudo hacer en este sector el prestigioso General, pues, como sabemos, en agosto de este año de 1795 hubo de celebrarse la paz de Basilea, que dió fin a la guerra de que estamos tratando.

El curso posterior de la vida de Schérer viene a ofrecer vicisitudes muy semejantes a la de los demás Generales de la Revolución, aunque no siempre alcanzara el benenlácito de los poderes superiores, viéndose algunas veces en el caso de tener él mismo que solicitar su dimisión, y, en otras, de verse privado del mando que ejerciera, y así, nombrado Ministro de la Guerra el 26 de julio de 1797, su administración fué vivamente atacada, a pesar de lo cual Schérer pasó a desempeñar el alto mando en el Ejército de Italia en 1799. No fué muy afortunada su actuación en este nuevo destino, y, aunque destituido y reemplazado por Moreau y nombrado Inspector General de las tropas francesas en Holanda, fueron tales las acusaciones lanzadas contra él, tachándolo de incapaz como General y de malversador como Ministro, que Schérer volvió a París y escribió unas memorias para justificarse. El golpe de estado del 18, de Brumario, distrajo la atención pública de la campaña desarrollada contra él y, por ello, pudo reti-

rarse a Chancy a terminar pacíficamente su vida. Es, por lo tanto, de los pocos que no llegó a Mariscal ni fué nombrado título por voluntad de Napoleón.

Pierre-Francois-Charles Augereau

Aunque no desempeñase el mando superior de los Ejércitos franceses en las campañas que estamos estudiando, es oportuno indicar algo acerca de la personalidad de este General, una de las figuras más destacadas en las guerras del Imperio Napoleónico. Augereau es otro de los magnates surgidos de las capas sociales inferiores y encumbrado, dicho sea en honor suyo, en virtud de su férrea voluntad y de la posesión de algunas brillantes cualidades personales. Nació en París el año 1757, hijo de un matrimonio obrero del faubourg de Saint-Marceau; su padre era albañil y su madre vendedora de frutas. Todavía muy niño, alistóse en la Caballería borgoñona. Mas prontamente fué expulsado por una falta que, a tener otra edad, le hubiera acarreado un castigo más severo. Mas, a pesar de todo, este fatal antecedente no le impidió entrar de nuevo en el servicio, pues, gracias a su buena presencia un Coronel de Carabineros lo acogió de manos de un reclutador para alistarle en su Regimiento. Más tarde, trasladado a Nápoles fué ascendido a Sargento Instructor, y eso que, con anterioridad, el joven Augereau hubo de desertar, en Suiza, para convertirse en un maestro de esgrima, poniendo así de manifiesto su ingratitud para con aquellos que habían olvidado su anterior falta, al acogerle en las filas del Ejército.

Los trastornos de 1792 purgaron su contumacia, y a principios del año 1793 partió para la Vendee como voluntario con un Batallón de parisinos, que no tardó en mandar. Pocos meses más tarde fué ascendido a Ayudante General, siguiendo al General Tourreau al ser destinado a los Pirineos de General en Jefe. Fué, por lo tanto, nuestra Patria la pila bautismal donde hubo de purificarse de su pecado de origen Augereau, iniciando en ella aquel período de su vida que había de encumbrarle a figurar con Napoleón como Mariscal del Imperio, y Duque de Castiglione; y con Luis XVIII, Par de Francia.

Su nombre tiene para los españoles un recuerdo doloroso. El fué el que tomó a Gerona, tan heroicamente defendida por nuestro ilustre General Alvarez de Castro, y si no mostró en su vida política una gran lealtad, que digamos, tampoco parece que en esta ocasión supiera hacer honor a su palabra. Murió en el año 1816, retirado en una de sus haciendas.

Se ha dicho de este General, soldado de fortuna, que poseía gran talento e intrepidez irresistible; pero se descorazonaba fácilmente, aun en la misma victoria. Su carácter no fué siempre honorable. La historia le reprocha todavía sus dilapidaciones; todo el Ejército conocía las faltas de Augereau. «Les fourgons d'Augereau».

Napoleón, que tan bien debía conocer a este General suyo, ha formulado, en sus «Memorias de Santa Elena», el siguiente juicio acerca de él: «Augereau, todo al contrario de Massena, quedaba fatigado y como descorazonado por la propia victoria; le bastaba con ella. Su talla, sus modales, sus palabras, le daban el aspecto de un bravucón, lo que él estaba muy lejos de ser, cuando se encontró ahogado de honores y de riquezas, las cuales, en un principio, hubo de adquirir por toda clase de procedimientos y de amañes. Era incapaz de dominarse, carecía de instrucción, poca elevación en su espíritu, poca educación; pero mantenía el orden y la disciplina entre sus soldados, de quienes era amado. Distribuía bien sus columnas, colocaba bien sus reservas, se batía con intrepidez; pero todo esto no duraba más que un día; vencedor o vencido, quedaba la mayor parte de las veces abatido a la tarde, fuese ello debido a la naturaleza de su carácter o al poco cálculo y penetración de su espíritu.»

Claude-Victor Perrin

Este general había nacido el 6 de diciembre de 1763 en Lamarche, pequeña aldea de la antigua Lorraine. Alistado voluntariamente, a la edad de diecisiete años, en el Regimiento de Artillería de Grenoble, fué licenciado sirviendo en él. Más tarde, en 1792, fué llamado al Tercer Batallón de la Drome en calidad de Suboficial Ayudante; pero a la disolución del Ejército, hubo de ser elegido Teniente Coronel, Segundo Jefe del Segundo Batallón de las Bocas del Ródano. Cuando fué destinado al Ejército de los Pirineos Orientales, por su brillante comportamiento en el sitio de Tolón, había merecido ascender dos grados más.

La Martillière

Había nacido en 1732 y entró a servir en 1757 como Subteniente, y como tal, y luego como Teniente hizo la Guerra de los Siete Años. Destinado luego a la isla de Guadalupe, distinguióse en cuantos servicios hubo de prestar. Su amor al estudio le llevó a perfeccionar sus conocimientos durante la paz, sobrevenida en las colonias americanas, y entre sus notables trabajos figuran unas memorias sobre las fundiciones militares. Por esta razón, ya antes de la revolución, el Coronel La Martillière era tenido por uno de los mejores oficiales de un cuerpo que el Rey Federico el Grande reconocía como uno de los más instruidos y mejor organizados de Europa. En la batalla de Peyrestotes fué uno de los heridos, y siéndolo igualmente el 27 Brumario en el ataque a la Montaña Negra, figurando en ésta ya como General de brigada, a cuyo empleo había ascendido el 12 Germinal, o sea el primero de abril de 1794.

En un mensaje que el 25 Frimario del año 10 envió Napoleón al Senado resumió el elogio de este veterano glorioso en los siguientes términos : «La Martilliére ha mandado constantemente durante toda la guerra de la libertad la artillería en diferentes ejércitos : no ha querido darse reposo en tanto que existieran enemigos a quien combatir.»

Como lo hicimos anteriormente y dada la intervención e influencia que los comisarios de guerra tenían en los ejércitos de la República, vamos a exponer, aunque sea brevemente, la biografía de dos representantes de l'Auvergne : Milhaur y Soubrany, que, por decreto del 2 nivoso, fueron destinados a los Pirineos Orientales, en substitución de los tres diputados del país, Cassanyes, Fabre y Gaston.

Milhaur

Nació en Arpajon (Cantal). Fué destinado a esta delicada misión cuando contaba 27 años, pero después de haber desempeñado con éxito dos misiones semejantes en las Ardenes y en el Rhin. No desmereció en nada por su violencia y crueldad de su colega Soubrany, pero su amor a la carrera de las armas le movió a dejar pronto este puesto de comisario. Milhaur llegó pronto a General de Caballería, alcanzando justa y gloriosa reputación, y murió en Aurillac en 1833.

Soubrany

Fué este revolucionario uno de aquellos tantos nobles que, traicionando sus timbres de nobleza y en posesión de un apreciable capital, hubo de aceptar, con extraño entusiasmo, la causa de la revolución, operando ésta en él una transformación tal en sus ideas y en sus maneras que los propios amigos de su juventud difícilmente podían reconocerle en su nuevo cargo de representante del pueblo ; tan completa había sido su metamorfosis. Nacido en Riom en 1750, revestido de un carácter austero y sombrío, su exaltación no reconocía límites, siendo ella la causa de que, tanto en los ejércitos de la Mosela como en el de los Pirineos Orientales, se hiciera notar por su autoridad e incansable entusiasmo. No hubo, en cambio, de señalarse por su oratoria ni su intervención en las sesiones de la Convención, adoptando en ellas un mutismo casi absoluto ; ahora bien, eso sí, en la tristemente célebre sesión en que se sometió a votación la muerte de Luis XVI, él fué uno de los muchos que votaron su muerte sin apelación ni recurso alguno. Y en la terrible jornada del 1.º prairial, por primera vez, hubo de dirigirse a la masa amotinada que acababa de proclamarle inopinadamente jefe del ejército parisino, con el fin de calmarla y hacerla entrar en orden.

Mas esta designación y algunas palabras proferidas imprudentemente hubieron de perderle, y así, en compañía de su compatriota Romme y los restos de la Montaña, vino a ser comprendido en un decreto de acusación por su conducta sospechosa a la vida de la República. Adver-

tido de la publicación de este decreto, antes de ser arrestado, aprovechó de este conocimiento para correr a su casa, pero, denunciado por un emigrado al cual él había dado asilo, cayó en manos del verdugo.

Quiso sustraerse al sacrificio de la guillotina apuñalándose, pero, menos feliz que la mayoría de sus infortunados compañeros, no pudo lograr su intento, y de este modo fué conducido al cadalso, anegado en su propia sangre, pero conservando siempre aquella actitud, erguida y fiera, que había mantenido durante toda su vida.

Para finalizar nuestra información biográfica damos a continuación un cuadro de los Generales en jefe, y todos aquellos otros que figuraron en la campaña que vamos a estudiar, y que aparecen en la reseña ofrecida por Fervel en su clásica obra.

Generales en Jefe

Dugommier, Pérignon y Schérer.

Estado Mayor

Lamer, jefe. Cosson, Grézieux, Jomard y Caffarelli.

Generales de División

Augereau, Charlet, Dagobert, Doppet, Dugommier, Dugua, Hacquin, Labarre, Lamer, Marbot, Pérignon, Sauret, Schérer y Vouland.

Generales de Brigada

Banel, Beaufort, Bellón, Beyrand, Bon, Bonnet, Boutarel, Causse, Chabert, Chrétien, Coste, David, Davin, Déspinoy, Fustemberg, Guillaume, Guieux, Guillot, Lasalcette, Legrand, Lemoine, La Martillière, Martin, Menard, Micas, Mirabel, Motte, Pelletier, Perrier, Perrin (Victor), Point, Quesnel, Robert, Sol y Tisson.

Ayudantes Generale Jefes de Brigada

Ausenac, Beaupoil, Boisignard, Boissière, Caffarelli, Clausel, Clément, Cosson, Dastier, Destaing, Desvaux, Duphot, Eberté, Frère, Garin, Gilly (vieux), Gilly (jeune), Grézieux, Labarriére, Lagrange, Lamarque, Lannes, Porte, Presvot, Rusca, Soulié, Vauchot y Verdier.

Ayudantes Generales Jefes de Batallón

Barthe, Boyer, Bréda, Compans, Dallemagne, Doyen, Dufour, Dugommier, Gaspard, Geoffroy, Hubert, Lapenne, Pelleuk, Pornain, Poux, Raman, Rondel, Rousseau, Sicard, Sizanne, Spelle, Stabourath.

CAPITULO VII

Los contingentes militares y la organización y estado
de los ejércitos al iniciarse la campaña de 1794.

EJERCITO FRANCES

Estado del mismo en los primeros meses del año 1794.



DEJEMOS al testimonio francés la descripción de este estado. «El invierno había suspendido las hostilidades durante este corto alto, cuando frente a una Europa que recobraba su ánimo nuestros catorce ejércitos que el combate no había caldeado más sentían, en fin, todo el peso de la terrible responsabilidad que pesaba sobre sus cabezas; cuando, a pesar de las enseñanzas que les habían reanimado al final de la última campaña por todas partes todavía, en torno de ella el horizonte estaba tan denso y sombrío, que muy bien puede figurarse cuál debía ser la situación del único ejército que entre todos ellos, después de cuatro meses, no había podido entrever el menor resplandor de esperanza, el único que entre todos quedaba enterrado bajo un montón de ultrajes continuos y oficialmente denunciados a toda Francia: la situación tan excepcional del Ejército de los Pirineos Orientales» (Fervel).

En efecto, el 4 de enero del año que citamos, o sea el 14 nivoso, la situación del ejército de la revolución era el siguiente:

Tropas disponibles

Vanguardia	8.714	
División de la derecha	5.858	
Idem de la izquierda	10.513	
Caballería	1.958	
Total de tropas disponibles	27.043	27.043

Tropas acantonadas o destacadas

Saint-Laurent de la Salenque	1.060	
Pezilla	1.860	
Torrelles	1.000	
Saint-Estève et Cornelia	387	
Quillan	164	
Col Ternère	1.549	
Cerdagne	1.817	
Vallée d'Aran	2.950	
L'Aveyron	1.242	
Total de tropas acantonadas o destacadas	12.029	12.029
TOTALES		39.072

Si la consideración de las cifras anteriores no daba lugar a forjarse grandes esperanzas de victoria, como lo pregunta el historiador militar francés que citamos: «¿Podía todavía darse incluso el mismo nombre de ejército a los restos de unos batallones sin armas o bandas de hombres medio desnudos, presos del hambre y del tifus, que marchaban

errantes en busca de un asilo entre los restos del campo medio destruído de la Unión y los muros derruídos de Perpignán?» A estos males, asaz reales, consecuencias inevitables del rigor del clima, la desorganización de los servicios administrativos, añadía a mayor abundamiento miserias facticias. En fin, lo que había evitado la anarquía, los conflictos morales venían a causarlo. Estos buenos jacobinos que se mandaban iterativamente para *evangelizar* los Pirineos Orientales y que, fieles a su misión, llenaban u ocupaban todos los empleos y amontonaban obstáculos al Estado Mayor. Estos *apóstoles cívicos* iban propagando por todas partes el descorazonamiento de que sus almas, no menos pusilánimes, se hallaban infectadas, y esta otra peste causaba más estragos todavía que la epidemia. Todas las miradas estaban vueltas hacia Tolón, de donde se esperaba al vencedor de los ingleses, que España también conocía ya por los fugitivos de su escuadra: el ilustre y virtuoso Dugommier.»

Y no era ciertamente una afirmación gratuita la de declarar que los soldados de la revolución eran presos del hambre. En efecto, la recolección del año 1793 se había perdido en casi toda Francia, pero sobre todo en las comarcas del mediodía. Para remediar a estas desdichadas provincias el gobierno había recurrido a los productos de la regencia de Argelia, comprometida a enviar trigo a Marsella. Pero roto el tratado por las intrigas de un agente inglés, intrigas a las que, según el parecer de Fervel, se remontaba el origen de la querella que en el año 1861 hubo de valer a los franceses la posesión de Argelia, tan infortunadamente abandonada por España, y que, desde el 25 de mayo de 1830, fué objeto de las expediciones armadas durante los reinados de Carlos X y de Luis Felipe de Orleáns.

Hemos de hacer observar que este calificativo de *apóstoles cívicos* había sido adoptado por los propios representantes, pues así en una carta dirigida a los jacobinos el 21 fluvióso Milhaud y Suobraný escribían: «Se solicita *iterativamente* un socorro de *apóstoles cívicos* que evangelicen a los habitantes del país y les hagan entrar en la vía de la salvación de la Patria». Y como recordaremos, en el tomo anterior hicimos constar cómo a fines del año 1793 el representante Gascón hubo igualmente de escribir a la famosa sociedad revolucionaria solicitando *cien buenos jacobinos*.

El juicio emitido por el historiador francés que nos ocupa acerca de los responsables de tan desdichada situación no puede ser más categórico: «Una parte de los males o desgracias de esta frontera podían imputarse a los que habían ejercido el mando. Los unos, totalmente incapaces o aturridos por su brusca elevación, no habían acusado en sus cortas apariciones en el alto cargo más que el triste testimonio de su impericia; los otros, hombres instruídos y experimentados, pero por ello mismo tanto más preocupados cuanto mayor era la anormalidad de su extraña situación, no habían, ni prontamente visto, ni suficientemente comprendido en toda su amplitud cuáles eran los recursos que

podían improvisar con aquellos elementos que la tormenta revolucionaria arrojaba en sus manos. He aquí la razón por la cual, a la expresión tumultuosa en nuestros campamentos de un entusiasmo que ellos no compartían alarmando sus severos hábitos de disciplina y a los impulsos que, no obstante, encerraban el germen de nuestra salvación, ellos no respondiesen más que con la frialdad y el desdén, dejando el campo libre a la presuntuosa ignorancia de jefes extraños a la profesión de las armas, pero revestidos del único título entonces respetado: el título de representante.» No somos nosotros, sino un historiador francés, el que expone cuanto acabamos de transcribir; dicho por nuestra cuenta hubiérase estimado como una apasionada aseveración hija de la ligereza y del prejuicio.

Pero hay que reconocer que la Convención, tan censurable por tantas razones, no lo fué en el campo de su actividad desempeñando una labor de organización verdaderamente admirable, aunque haya que reconocer también que la inmensa mayoría de sus disposiciones no llegaron a encarnar en la realidad. El 4 de abril de 1794, según estados de fuerza transcritos en las propias historias francesas, se señala para el ejército republicano en el sector de los Pirineos Orientales un contingente de 55.730 hombres, que el 15 floreal, o sea el 4 de mayo, había ascendido a 72.285. Esta primera masa de combate tenía a retaguardia fuerte reserva, que daban al ejército de la revolución una fuerte consistencia.

Este ejército en vías de reorganización no necesitaba más que un hombre, un jefe, un caudillo que lo pusiese en orden y le comunicara aquella disciplina y aquel espíritu militar, sin los cuales es imposible alcanzar la victoria. La Convención tuvo el acierto de designar de entre sus generales el más capaz para llevar a cabo esta reorganización. Como sabemos, éste no era otro que Dugommier, el vencedor de Tolón, el que había tenido el acierto de dejarse guiar en ocasión oportuna por las indicaciones de aquel joven oficial de Artillería que desde el primer momento acreditaba su extraordinaria competencia y raro talento; el que un día, elevado a la dignidad imperial, recorrería con sus tropas victoriosas no sólo las comarcas europeas, sino también, y ya desde un principio, los secos desiertos del Africa oriental.

Al ser destinado a mandar el ejército francés del Rosellón, Dugommier quiso llevar consigo todas las tropas que habían quedado libres después de la destrucción de Tolón, pero el Gobierno de París no accedió a tales pretensiones, y queriendo reforzar también el ejército de los Alpes, envió la mayor parte de las fuerzas disponibles a este teatro de la guerra. Dugommier no pudo de este modo contar más que con 10.500 hombres, que todavía fueron seccionados en beneficio de la frontera que acabamos de indicar.

Damos a continuación la

DESIGNACION de los cuerpos que componían el ejército de los Pirineos Orientales en 1793, 1794 y 1795

VOLUNTARIOS

(Por Departamentos)

Departamentos	Núm. de los batallones	Números
Alpes (bajos)	1	1.
Alpes (altos)	1	1.
Ardeche	5	2, 3, 4, 5 y 6.
Ariege	7	1 a 7.
Aude	9	1 a 9.
Bocas del Ródano	2	1 y 2 de granaderos, más un escuadrón de dragones.
Cantal	1	1.
Correze	1	1.
Corse	1	4.
Dordogne	2	6 y 8.
Drôme	2	3 y 9.
Card	2	1 y 2 de granaderos, y el resto de fusileros (estos batallones eran los más numerosos del ejército).
Garonne (alta)	9	2 a 10.
Gers	2	1 y 2.
Gironde	3	5 (1.º del Bec d'Ambez), 6 y 8 (2.º del Bec d'Ambez).
Herault	8	1, 2 y 3 de Montpellier; 1 y 2 de Beziers; 1 y 2 de Saint-Pons; 2 de Lodeve; más una treintena de dragones.
Loire (alto)	1	3.
Loire (inferior)	1	El batallón de Nantais.
Lot	3	3, 4 y 5.
Mont-Blanc	5	1 y 5, formando la legión de los Allebroges.
Moselle	1	Un batallón de cazadores.
Pirineos (altos)	2	1 y 2.
Pirineos Orientales	5	1, 2, 3 y 4, formando la legión de los Pirineos orientales y el batallón de los Corbieros; más 150 miqueletes de Collioure y 340 jinetes.
Seine	1	3.
Tarn	3	1, 3 y 4; más 240 caballos.
Vaucluse	2	1 de cazadores y 5 fusileros.
Viene (alta)	2	3 y 5.
CUERPOS IRREGULARES		
Voluntarios de las costas marítimas	7	1, 6, 7 y 12.
Legión de la Montaña	7	1, 2, 3, 4, 5, 6 y 10.
Vengeurs	1	1.
Cazadores montañeses	1	1.
Cazadores flancos	1	1.

Nota.—De estos cuerpos irregulares y de los cazadores departamentales se formaron primero 6, después 12 batallones de cazadores que llegaron a formar lo más escogido del ejército.

TROPAS DE LINEA.—Infantería Ligera: Tres regimientos; números 1, 8 y 29.

Infantería de Línea: Diecinueve regimientos o medias brigadas, números 3, 5, 6, 7 (Champagne); 10, 17, 20, 27, 28 (del Rhin); 35, 39, 53, 61 (Vermandois); 70, 79, 86, 122, 130 y 147.

Seis compañías de veteranos, de menos de 50 hombres cada una; números 5, 15, 17, 34, 37 y 77.

CABALLERIA.—Siete regimientos: 1.º húsares (Berchini); 14.º, 18.º y 22.º cazadores; 14.º y 15.º dragones, y 27.º regimiento de línea. Gendarmería de Versalles, del Gard, etc.

ARTILLERIA.—Baterías destacadas de los regimientos números 2, 4 y 5.

INGENIEROS.—5.º batallón de zapadores.

EJERCITO ESPAÑOL

Triste y lamentable era la situación del ejército español, encerrado en sus cuarteles de invierno en los primeros meses del año 1794. Las enfermedades, más aún que el fuego del enemigo, habían disminuído en proporciones aterradoras el número de nuestros soldados y apenas si podían contarse para las atenciones de línea tan extensa como la que ocupaba nuestro Ejército con unos 20.000 infantes, aún incluyendo entre ellos los de la división portuguesa y 5.000 caballos, de los cuales 4.000 habían tenido que trasladarse a Cataluña para librarlos de enfermedades, por lo general, fatales. Hubo de prometerse al General Ricardos, por parte del Duque de Alcudia, 40.000 hombres que habían de reforzar el personal de nuestros cuerpos, tan diezmados por las enfermedades y tan desprovistos de toda clase de pertrechos de guerra. Con esta cifra, apenas si podía realizarse tal propósito, pero, para mayor desgracia, no pudo, en modo alguno, lograrse su recluta, pues, ni el procedimiento de la quinta había de proporcionarlos, ni faltó ya de entusiasmo el pueblo, se presentaban voluntarios, como en un principio de la guerra.

Fervel, fundándose en no sabemos qué fuente de información, señala en 27.300 hombres combatientes los componentes de nuestro Ejército, distribuídos en la siguiente forma: 2.000 portugueses en el Vallespir, 3.200 españoles en Céret, 6.400 en el campo del Boulou, 5.700 en la orilla opuesta del Tech, entre las Trompetas y Montesquieu, y 5.500 en Argelés y Port Vendres. El historiador militar fija también en 5.000 el número de los caballos del Ejército español, indicando igualmente que, la mayor parte de ellos, continuaban todavía en Cataluña. Estas eran, en el caso más favorable, las fuerzas que España podía presentar ante los 70.000 hombres del Ejército de la revolución. Pero si desde el punto de vista material tan desfavorable era nuestra situación respecto de la del enemigo, desde el punto de vista moral, no era mucho más favorable que digamos. Es un principio de psicología militar, manifiesto por casi todos los tratadistas profesionales que, la pasividad, la quietud, el abandono en el esfuerzo, produce una debilitación de la energía bélica sembrando el desconcierto, la desmoralización de las tropas que más tarde o más temprano vienen a caer en la indisciplina y en el desorden. El lamentable estado de nuestras tropas en sus campamentos de invierno, según hemos ya anteriormente expuesto; el conocimiento que a ellas llegase de las modificaciones que

iba experimentando el Ejército enemigo, debían causar una impresión sumamente desfavorable, abatiendo una moral ya de por sí tan amenazada; no eran por lo tanto, muy halagüeños los auspicios bajo los cuales había de iniciarse la campaña próxima a emprenderse, tan pronto permitiese el tiempo el desarrollo de las operaciones.

Con referencia a cuanto venimos exponiendo interesante juzgamos transcribir aquí lo que el portugués Claudio de Chavy dice a propósito de la situación de la división portuguesa e igualmente de nuestro Ejército al comenzar el año 1794:

«Toda a divisão auxiliar portuguesa, e uma consideravel, parte do Exercito hespanhol, como já dissemos, em muito pouco poderam aproveitar do necessario descanso, de que tanto careciam, nos quartéis de hinvverno».

«A grande extensão da linha occupada pelo Exercito alliado; o diminuto numero de tropas que a guarneciam; a distancia de pouco mais de trinta kilometros a que se achava o inimigo, e que nao era sufficiente para assegurar as posições dos peninsulares de um ataque inopinado, tudo determinava que fosse grande a vigilancia, e consequentemente, muito violento o trabalho das nossas tropas, mais activo na esquerda e no centro, nos postos de Arlés, Céret, Pagés, Boulou, e outros que não tinham, como na direita, o abrigo das fortificações de Saint-Elne e Collioure».

«1794 fevereiro.—Tinham os hespanhoes nos eus hospitaes por este tempo, mais de onze mil homens; victimas não só das doenças, mas do mau tratamento que recebiam n'aquellas funebres habitações, que segundo a phrase que encontramos em um escripto d'onde extrahimos estas desconsoladoras noticias, com maior rigor, deviam antes denominar-se, depositos de esqueletos».

«Estes valentes soldados tanto de coração devotados ao serviço do rei e da patria, tâc hobres campeadores pela honra das suas bandeiras, tornavam-se o ludibrio de todos os horrores, se a desventura determinava que fossem tocados pela enfermidade. Entravam aos centos nos pessimos hospitaes, e aos centos finavam tambem todos os dias; sendo tal o desarranjo, a incuria e a completa ausencia de bons desejos, no que respeitava ao interessante ramo do serviço de saude do Exercito, que em grande quantidade concluiam a existencia os miseros enfermos, privados de remedios e de alimentos!».

«Como não se prestassem já por falta de espaço os denominados hospitaes para a accumulacão dos doentes que se multiplicavam por maneira espantosa, tinham em consequencia alguns d'aquelles infelizes, de esperar a sua vez de admisão, gemendo sem socorros durante quatro ou cinco dias. Outros comínham a pé, ou transportados em carros, a distancia de quarenta ou cincenta kilometrô, para os hospitaes do interior; succedendo expirarem muitos ao desamparo em meio das estradas, não chegando aos seus destinos para serem, como aquelles que o conseguiam, tornados em espectaculo de horror, pela falta de cui-

dados, alimentos, remedios, e assistencia de facultativos e enfermeiros; e pelos tristes estímulos de rapacidades, dos que, especulando com a desgraça, se opulentavam á custa de tão precioso objecto, como é a conservação do soldado. Por esta fórma recrescia todos os dias a numero das victimas da negligencia de un deploravel governo, que na miseria d'aquellas circunstancias, não via os elementos da demonstração in-controversa da sua negativa capacidade».

Pero si tan lastimosa era la situación del Ejército español, no era mucho más favorable la francesa, según el testimonio que nos ofrece el historiador portugués:

«Eram tambem no Exercito fracez pessimas as condições sanitarias. A mortandade e a deserção, causavam ao mesmo tempo, un inmenso desfalque nas suas fileiras. Alem d'isto, o lamentavel estado em que se achavam os negocios de Paris, contribuia para que mais fosse reduzido o Exercito, pela marcha de tres mil homens, que Dagobert fez dirigir para aquella capital, em socorro do seu sanguinario governo».

«Em Perpignan, e em todo o Exercito, reinava a anciedade e o des-animo; achando-se muito abatidas as tropas francezas, pelos revezes da passada campanha».

Para terminar este capítulo ofrecemos a continuación un estado de fuerza del Ejército del Rosellón a principios del año que nos ocupa:

<i>Brigadas</i>	<i>Cuerpos de Infanteria</i>	
	Cinco batallones de expedicionarios con of.	4.313
	Tres Idem de expedicionarios vol.	1.410
Grans. Provinciales	División de Castilla	1.449
	Idem de Andalucía	1.478
Brigada del Príncipe	2.º Batallón del Príncipe	658
	Regimiento de Granada	1.518
	1.º Batallón de Extremadura	672
Saboya	Regimiento de Saboya	1.436
	Idem de Navarra	1.484
	Dos batallones de Málaga	763
Soria	Regimiento de Soria	1.644
	Idem de Valencia	1.442
Córdoba	1.º Batallón Córdoba	698
	Idem Zaragoza	763
	Regimiento de Murcia	1.493
	1.º Batallón de Jaén	732
Guadalajara	Regimiento de Guadalajara	1.206
	Idem de Burgos	1.330
Sevilla	Regimiento de Sevilla	1.251
	Idem de España	1.461
Tropas ligeras	1.º de Cataluña	979
	Tarragona	902
	3.º de Barcelona	794
	2.º Idem	831
	Legión de los Pirineos	500
	Voluntarios de Vallespin	123
	Dos de Ceuta	51
	Fuerzas irregulares	60
	TOTAL	31.498

<i>Regimientos de Caballería</i>	<i>Hombres</i>	<i>Caballos</i>
Caravana Ros.	577	532
Príncipe	400	392
España	530	449
Algarbe	457	384
Voluntarios de España	160	135
Almansa	477	384
Pavía	432	364
Sagunto	469	386
Numancia	472	368
Lusitania	411	403
TOTALES	4.385	3.797

NOTAS.—En el Apéndice número 3 encontrarán nuestros lectores estados de situación del ejército francés de los Pirineos Orientales en las diferentes épocas de las campañas de 1794 y 1795.

Es curioso hacer observar que en 26 de mayo del año 1710 el General Stañhope, que mandaba el Cuerpo expedicionario inglés en España cuando la guerra de Sucesión, escribía al Duque de Malbroug: «En llegando al campo aquí, he encontrado las tropas inglesas en excelente estado; y aunque en diferentes épocas hayamos tenido más tropas en Europa, no hemos tenido jamás un ejército tan bueno. Atribuyo este resultado sobre todo a que las tropas actuales han sido desembarcadas en una estación favorable y que han podido pasar el invierno en el país para habituarse al clima antes de entrar en campaña.

»La experiencia de toda esta guerra (después de 1704) nos ha demostrado que los hombres desembarcados en la primavera o en verano han sido diezmados rápidamente por el calor y las enfermedades, cuando se les ha hecho entrar en campaña en seguida. Si la guerra debe prolongarse, me gustaría ver erigir en regla general que ningún inglés fuese enviado a España en otra estación que no fuera el comienzo del invierno.»

Como puede verse por esta nota, la epidemia que diezmaba a ambos ejércitos en la guerra de que estamos tratando tenía ya su precedente.